

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE POSGRADO DE LA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

LA NUEVA POLÍTICA EXTERIOR DE MÉXICO HACIA CENTROAMÉRICA
DE 1979 A 1989. EL CASO DE NICARAGUA

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTORA EN RELACIONES INTERNACIONALES
P R E S E N T A:

ROSAMARÍA VILLARELLO REZA

ASESOR: DR. HÉCTOR CUADRA

CIUDAD UNIVERSITARIA

FEBRERO DE 2004



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Mircea, mi hija.

Por todo lo que ella me ha enseñado;
sobre todo, el valor de la vida.

LA NUEVA POLÍTICA EXTERIOR DE MÉXICO HACIA CENTROAMÉRICA DE 1979 A 1989. EL CASO DE NICARAGUA

TABLA DE CONTENIDO

	Pág.
Introducción y marco analítico	1
1. Modernidad y política exterior	11
1.1. Una visión de la política exterior	18
1.2. El mundo en desarrollo en la modernidad	22
1.3. La “nueva” y tradicional política exterior	30
1.4. De la política declarativa, a la política activa de lo nuevo	34
1.5. El cambio como elemento transformador	36
1.6. El petróleo como elemento modernizante y de progreso	37
2. El mito moderno de la revolución	42
2.1. Revoluciones referentes	45
2.2. Tradición, modernidad y mito	48
2.3. La ruptura histórica de Nicaragua y el héroe mítico	54
2.4. Otra gran revolución: la sandinista	61
3. Nicaragua en el cambio de la política exterior	67
3.1. El contexto centroamericano	68
3.2. Nicaragua como punto focal	77
3.2.1. La cooperación modernizante	84
3.2.2. El gobierno de la revolución sandinista	90
4. La dimensión internacional de la política exterior	99
4.1. Los primeros ajustes	101
4.2. El Grupo Contadora: la modernización de la participación regional	106
4.3. Esquipulas: continuación de Contadora	118
4.4. Expresiones de solidaridad de México en apoyo a la paz	123
5. La retracción de la moderna política exterior	128
5.1. El impacto de la globalización	129
5.2. La derrota de la revolución sandinista como proyecto de la posmodernidad	142
5.3. Las elecciones democráticas como respuesta a la revolución	147
Conclusiones	152
Bibliografía	155

Introducción y marco analítico

Las Relaciones Internacionales como disciplina están unidas a la etapa contemporánea del capitalismo y su consolidación como campo de reflexión especializado, es sincrónico del concepto occidental de la modernidad; de ahí que a ésta se le liga con la racionalidad y con la idea de que la evolución de occidente tiene alcances universales.

Es por eso que el campo de las Relaciones Internacionales se abre y amplía sus enfoques para revisar la historia a través del pensamiento moderno.

Sin embargo, el concepto de modernidad ya había sido empleado como sinónimo de cambio desde Heráclito (540–480 a.c), todo cambia, nada se mantiene igual, y ya para los griegos el cambio social y político era cíclico como lo presenta varios siglos después Paul Kennedy –aunque aplicado a las grandes potencias– en cuanto a que el establecimiento de un poder tiene su auge y su caída, o simplemente, carece de una dirección fija.

Antes del siglo XVIII, se pensaba que el designio divino condenaba a los mortales a un orden social, político y económico determinado, porque era parte de la naturaleza misma. La idea del cambio como elemento de transformación positiva, como progreso, nació en Europa con la revolución científica y la duda sistemática como base del conocimiento.

Durante más de dos siglos, el debate de la modernidad ha permeado el pensamiento y las acciones que se desarrollaron en este lado del mundo, cuando inclusive, en el otro, en Europa, la modernidad había entrado en la dinámica de su crisis o desaparición posmoderna.

En el siglo XX, sobre todo después de la II Guerra Mundial, la modernidad va a identificarse con la modernización; esto es, la innovación tecnológica, el comercio, la economía, la revolución de las comunicaciones, la urbanización; en fin, con el progreso y muchos años más tarde, de la modernización política. Las

* La frase original anónima la modifiqué y la resumí para adaptarla al sentido de que cada quien interpreta el pasado de manera distinta.

contradicciones se comienzan a producir cuando la modernización se sobrepone a las sociedades tradicionales.

Para el estudio de las Relaciones Internacionales, era insuficiente tratar de analizar e interpretar los sucesos en el nivel de las grandes ideologías únicas, de los paradigmas existentes, o únicamente a través de la confrontación Este–Oeste.

El pensamiento capitalista comenzó a competir con el pensamiento idealista de los socialistas, hasta que hacia el fin del siglo pasado, el primero volvió a reafirmar su confianza en el realismo de su visión de cambio futuro, a la caída de la Unión Soviética. Ante el fracaso del socialismo real, la modernidad por la vía revolucionaria que venía manejándose desde la Revolución Francesa, perdió efectividad. Desde esta perspectiva, Estados Unidos como cabeza de la modernidad contemporánea la interpretó como la cúspide de la evolución social, por lo que consideró que ya no era necesario transformar el sistema, sino extenderlo a través de la globalización.

Este nuevo episodio histórico llamado posmodernista, pasó a ser un justificante del estado de cosas existente, fuera el que fuera; pero en otra interpretación ya que también el “post” del posmodernismo es un “pre”, significa que la lucha debe continuar ante las injusticias e iniquidades mundiales que prevalecen.

En la época actual, en el campo del pensamiento social, el posmodernismo implica que ya no tiene sentido insistir en la interpretación de las relaciones internacionales a través de las grandes teorías, sino que se pueden tomar parcelas teóricas que expliquen fenómenos sociales y políticos reales, pero sin un sentido predeterminado de la realidad.

De lo que se trata, es de explicar una realidad pasada con nuevas herramientas para conocer una realidad mundial en permanente mutación. “Los intentos de comprender la sociedad siempre son posteriores a los acontecimientos reales y se apoyan en la retrospección”, nos dice el español Florencio Gudiño** y continúa afirmando que la modernidad entendida como eclecticismo es el “tercer debate” dentro de las Relaciones Internacionales que sucede a las controversias

** Florencio Gudiño, “Nuevos problemas teóricos de las Relaciones Internacionales; una visión desde América Latina”, en Raúl Navarro García, coordinador, *Sistemas políticos y procesos de integración económica en América Latina*, Escuela de Estudios Hispano–Americanos, España, 2000, pp. 21–33.

entre realistas e idealistas y entre *tradicionalistas* y *cientificistas*; se integran nuevos hechos a parámetros clásicos.

La fragmentación de la política mundial nos remite irremediabilmente hacia ese eclecticismo para ‘desestructurar’ el marco dentro del cual hasta ahora se han analizado –e incluso se han construido– las relaciones internacionales y las categorías a la luz de las cuales aparecen los intereses involucrados en ella y los actores encargados de manejar esos intereses.***

Como consecuencia, el área de la política exterior debe recibir un tratamiento similar al de las relaciones internacionales. La primera es sustantiva de la segunda y la segunda determina el papel de la primera junto con los procesos internos que se producen al interior de cada nación o grupo de ellas.

Por lo mismo, la política exterior de México no tiene por qué no ser reconstruida de manera diferente, a través de nuevas corrientes que no han sido suficientemente exploradas con nuevas luces sobre acontecimientos pasados, por más que la misma se haya conducido por caminos que se consideraban inmutables.

La tradicional política exterior mexicana también puede ser analizada a través del enfoque de la modernidad y dentro del pensamiento posmoderno; es más, desde mi lectura de acontecimientos anteriores, esta política atravesó por diversas etapas que la hicieron ser moderna aunque se le haya denominado *nueva* o *actual*.

Al final de cuentas, esta política y en especial el período que analizo respondió a su propia *Tradición*, como elemento indispensable de toda modernidad. Pero para ello fue necesario que tuviera un referente y una proyección que la significó la Revolución sandinista de Nicaragua. El proyecto internacional en esos años hacia la región centroamericana y bajo las circunstancias especiales que atravesó esa revolución, se impuso como un proyecto modernizador basado en la tradición mexicana de solidaridad y apoyo a los movimientos identificados con la Revolución mexicana.

La modernidad en México, que se ha reinventado permanentemente, alcanzó su máxima expresión en el siglo XX con la Revolución Mexicana y como consecuencia de ella, a lo largo de más de setenta años. Los revolucionarios vieron

*** L. Tomassini. *La política internacional en un mundo posmoderno*, en Florencio Gudiño, *Ibidem*, p. 81.

el devenir histórico nacional y mundial como un proceso que marchaba hacia alguna parte, pero lo que los distinguió, de los liberales del siglo XIX, fue el destino que pretendían.

Para los modernos revolucionarios, la búsqueda de la justicia social y el nacionalismo requería de un Estado fuerte e interventor, pero no se consideró que iba a conducir a la nación a un autoritarismo de un partido de Estado. Resulta paradójico, a 100 años de la gesta revolucionaria, que las ideas liberales de la modernidad de aquel entonces hubieran regresado reinterpretados y transformados a fines del siglo XX.

Hace más de 25 años no teníamos la certeza de que la sociedad internacional ya estaba viviendo de manera cualitativa y radicalmente diferente y que de la modernidad pasábamos a la posmodernidad.

El Plan de Estudios de la Licenciatura de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de 1997, plantea acertadamente “el carácter abierto y flexible de la disciplina... y su esencia interdisciplinaria con otras disciplinas sociales y las humanidades, debido a dos vertientes: la que se deriva de los fenómenos y procesos históricos concretos internacionales con una multiplicidad de actores y factores... y la que se deriva de fenómenos y procesos que para su estudio requiere el manejo integral de conocimientos, teorías y técnicas... Pero el aspecto central se enfoca en la diversidad intelectual y académica que prevalece en el desarrollo epistemológico de las Relaciones Internacionales...” ****

En el posgrado de la misma disciplina, aprendimos que lo importante era innovar la interpretación de las relaciones internacionales. El estudio de la modernidad que se introdujo hace pocos años en los programas académicos nos permitió a muchos tener una puerta de salida a las inquietudes que no lográbamos concretar por lo cerrado de la Teoría.

Así es que este trabajo se desarrolla partiendo de la premisa que afirma la posibilidad de utilizar el eclecticismo como herramienta teórica. Esta investigación no hubiera tenido el mismo enfoque si hubiera concluido hace diez años y menos hace

**** Las cursivas son mías.

veinte. De ahí que en efecto, el pasado se puede ir reinterpretando y/o reestructurando, máxime cuando todavía es parte de nuestro presente.

La nueva política exterior de México hacia Centroamérica de 1979 a 1989. El caso de Nicaragua, abarca tres etapas cronológicas: los años previos inmediatos de la política exterior a 1979; el inmediato posterior, de 1979 a 1988 que comprende dos administraciones presidenciales y, la última, las acciones que continuaron en 1989 hasta los resultados electorales de las elecciones en Nicaragua en 1990 y donde se vio de nueva cuenta un cambio de posición de la acción internacional de México.

De ahí que las líneas hipotéticas giran alrededor de que la nueva política exterior de México hacia Nicaragua durante la revolución sandinista, se debió a la modernidad de dicha política. De manera inherente, los planteamientos que se desprenden son que: a) la conceptualización de nueva, actual, activa, aplicada a la política exterior mexicana, es sinónimo de modernización; b) la continuidad de la tradición de la política exterior de México fue un elemento indispensable de la modernidad; c) los principios tradicionales de la política exterior surgidos de la Revolución de 1910, fueron una fuente sustancial del apoyo ideológico a Nicaragua; d) los mitos revolucionarios en ambos países, inspiraron los cambios; e) el cambio fue consustancial de lo moderno; f), la Revolución sandinista fue sinónimo de cambio y por consiguiente, apoyarla, fue moderno; y, g) la terminación de la revolución por la vía electoral, se debió a la modernidad inacabada o fue parte del proyecto de la posmodernidad.

Por lo tanto, en este período, se da un traslape de etapas muy claro donde la política exterior se encuentra entre dos corrientes y momentos de pensamiento. Por un lado, todo el impulso ideológico representado por un gobierno “emanado de la revolución” con un profundo sentimiento nacionalista y por el otro, un gobierno cuyo mandato se vio comprometido con las transformaciones mundiales que ya se avizoraban en el horizonte y que ya no necesitó de la Revolución para justificarse.

Una de las características de la investigación, es que la mayoría de las principales figuras de la política exterior durante el período que nos ocupa, vive y permanece en activo. Pocas oportunidades hay de revisar la historia cuando la mayoría de los actores centrales y sus analistas y críticos, forman aún parte de las

vivencias de aquellos años, incluyendo a Luis Echeverría Álvarez como antecedente de la orientación “tercermundista”; José López Portillo y Pacheco, quien hizo de la Revolución su eje político de apoyo a otras revoluciones en el mundo, porque al identificarse con ellas, consideraba que era el camino para la liberación de los pueblos; Miguel de la Madrid Hurtado, quien se movió entre dos momentos claves de la política internacional y que sin abandonar su extracción como miembro de una generación producto de la primera revolución social del siglo XX, interpretó que el camino de México ya no podía seguir siendo el mismo; y que, al apoyar la pacificación del área centroamericana, lo hacía en función de que así fortalecía la seguridad nacional de México. La otra figura fue Carlos Salinas de Gortari, cuyas convicciones alejadas de sus antecesores, distaron de la concepción del desarrollo basado en principios que vio poco compatibles con las transformaciones mundiales.

En el nivel de los ejecutores de la política exterior, se encuentran personajes como los encargados de despacho, principalmente los de Relaciones Exteriores, que se movieron en medio de crisis internacionales en circunstancias que les permitieron ser claves para la aplicación de una política exterior de Estado: Jorge Castañeda de la Rosa (fallecido hace algunos años), Bernardo Sepúlveda Amor y Fernando Solana Morales.

Vale destacar a otras personalidades visibles que se distinguieron sobre todo en el periodo de Miguel de la Madrid, cuando México desplegó toda una serie de acciones para cooperar en el desarrollo de Nicaragua, como Ricardo Valero y Víctor Flores Olea. Por supuesto que hubo una gran cantidad de personajes también involucrados que no sólo fueron testigos sino que a través de sus responsabilidades gubernamentales actuaron en consecuencia de esa política de Estado configurada; entre ellos, Eduardo Pesqueira Olea, ex secretario de Agricultura y Recursos Hidráulicos y el exembajador en Nicaragua, Gilberto Ruiz Almada.

Mis fuentes de consulta provienen de las obras, discursos, conferencias de esos mismos personajes señalados con posiciones oficiales, y de académicos mexicanos ligados o identificados intelectualmente a las acciones del Estado en su política exterior y con una visión casi única: el propio Jorge Castañeda, Mario Ojeda, Olga Pellicer, Rosario Green, Bernardo Sepúlveda, Ricardo Valero, Víctor Flores Olea, Fernando Solana.

En este mismo sentido habría que subrayar que las demás fuentes de consulta son académicos e intelectuales latinoamericanos (algunos también mexicanos) la mayor parte considerados con posiciones de izquierda. Esta precisión me parece importante debido a que la política exterior de México en esos años fue calificada por todos los que se adentraban en ella, como de las más progresistas y de avanzada no nada más en Latinoamérica, sino en todo el mundo.

Quise seguir esa línea de consulta para la mayor parte de la investigación con autores de esta parte del mundo, porque considero que ellos representan una corriente de pensamiento y estudio de la época, sobre todo en lo que se refiere a los análisis de las políticas exteriores de los países de la región; de ahí que prevalece la lengua castellana en las obras seleccionadas.

En cuanto al enfoque de la modernidad, recurrí a varios de los autores clásicos del tema, sin ser los únicos, como Habermas o Lyotard, así como a Berman, Hoppenhayn, Giddens, Huntington, ya que fueron imprescindibles para contextualizar la concepción de lo nuevo y actual de la política exterior en el panorama histórico mundial y nacional, y de las relaciones internacionales. Asimismo, fue muy importante toda la corriente latinoamericana que ha hecho estudios sobre el tema en los países en desarrollo y sin ellos hubiera sido más complejo aplicar la visión “occidental” a los procesos que tuvieron lugar en las década de los decenios setenta y ochenta y entender los cambios en América Latina. En este mismo sentido, las referencias a Octavio Paz me llevaron a la conclusión que la modernidad y la posmodernidad son parte intrínseca de las transformaciones intelectuales de la humanidad, cuando cada uno de nosotros vislumbra horizontes más amplios.

Con todas esas referencias para la investigación, me resultó apasionante encaminar mi trabajo a un tema como es el la nueva política exterior de México hacia Nicaragua en el periodo entre 1979 y 1989 y sobre todo entender las revoluciones mexicana y nicaragüense como parte precisamente de una concepción moderna y de la modernidad de la gran tradición, pero que la última resultó ser un proceso inacabado al entrar en declive el siglo XX y su épica revolucionaria.

Uno de los motivos principales que me impulsó a llevar a cabo este trabajo, fue el que debido a mis actividades profesionales como internacionalista, las desarrollé por más de 20 años en la administración pública federal o en comisiones políticas cuando precisamente al partido mayoritario se le identificaba como partido de Estado; por ende, la línea internacional era la misma. Tuve la oportunidad de colaborar en tres secretarías de Estado muy cerca de gobiernos centroamericanos tanto de Nicaragua, El Salvador y Guatemala, en pleno apogeo guerrillero, en actividades de cooperación internacional y en muchas ocasiones en tareas encomendadas que rebasaron los apoyos técnicos para convertirse en apoyos políticos. Mi paso como consultora en el Consejo Mundial de la Alimentación de la ONU fue fundamental para vivir de manera muy cercana los grandes problemas que ocasiona la pobreza y su vinculación con las reacciones de violencia de los pueblos que la sufren.

Mi visión en esos años es de quien creyó en que la aplicación de los principios tradicionales mexicanos era suficiente para ayudar a contrarrestar las actividades contrarrevolucionarias apoyadas por Estados Unidos dentro y fuera de esas naciones. Con el tiempo, con una posición más realista y menos ideologizada, mi interpretación y análisis variaron al grado tal, que entendí que ningún proceso, suceso y precepto son permanentes.

Contenido del capitulado

Me parece importante señalar que el análisis de los principios tradicionales de la política internacional era innecesario en esta investigación por ser del dominio general de los internacionalistas mexicanos, por lo que sólo hago mención a ellos de manera general, y de manera particular, cuando la referencia así lo amerita.

Por otro lado, recorro a lo que se conoce como flash back en casi toda la presentación, debido a que consideré obligado estar haciendo alusiones a sucesos pasados para interrelacionarlos con los que en su momento fueron presentes y futuros, aunque éstos últimos, ahora, en el siglo XXI, ya pertenezcan nuevamente al pasado.

El capítulo 1, Modernidad y política exterior, trata del concepto de modernidad, sus referencias históricas revolucionarias y su interpretación en los procesos internacionales, y su equivalente con nociones como nuevo, actual; así como su analogía con lo transformador y lo mutable en la política exterior. Se hace mención al Tercer Mundo como movimiento de cambio y su influencia en la corriente mexicana de pensamiento. Asimismo, se presenta el progreso representado por un recurso estratégico, el petróleo, como elemento indispensable de la modernización del Estado mexicano.

El capítulo 2, El mito moderno de la revolución, presenta a la Revolución mexicana como el movimiento que permitió recoger las vivencias del pasado y plasmarlas en lo que serán los principios tradicionales de la política exterior como la gran tradición. Se hace referencia a otras revoluciones y cómo éstas se convirtieron en mitos como la misma Revolución en Nicaragua, sus antecedentes en la lucha de Augusto César Sandino y su rescate ideológico en los años sesenta y setenta.

El capítulo 3, Nicaragua en el cambio de la política exterior, hace una semblanza de la relación de México con los países centroamericanos y se enfoca a Nicaragua como centro del cambio de la diplomacia, a través del apoyo a la Revolución sandinista. Se ubica a la cooperación mexicana como uno de los elementos principales de vinculación con el gobierno emanado del movimiento revolucionario y factor intrínseco para la búsqueda de caminos para el desarrollo y progreso de esa nación.

El capítulo 4, La dimensión internacional de la política exterior, versa sobre los cambios que se producen en la visión de las relaciones de México con Nicaragua, en el contexto de la crisis de la región centroamericana y las transformaciones mundiales del decenio de los años ochenta. La prioridad en este período, va a ser la participación de México en los procesos de paz indispensable para la seguridad nacional, a través de nuevos mecanismos de apoyo para la solución de conflictos, como lo fueron el Grupo Contadora, y el reconocimiento a los Acuerdos de Esquipulas que destrabaron la crisis de Centroamérica.

El capítulo 5, La retracción de la moderna política exterior, trata básicamente del giro que tiene el quehacer internacional de México con respecto a Nicaragua, conforme a los signos imperiosos de la globalización y ante la derrota del

sandinismo por la vía electoral. La modernidad de la diplomacia del gobierno mexicano, se convierte de nueva cuenta en el factótum de una nueva etapa enmarcada en el sentimiento posmodernista.

Mis agradecimientos:

Al Lic. Miguel de la Madrid Hurtado, al Lic. Fernando Solana Morales y al Ing. Gilberto Ruiz Almada, por las invaluable entrevistas que me concedieron y enriquecieron este trabajo.

A mi querido maestro, el Dr. Héctor Cuadra Moreno, quien rompió con los cánones conservadores de la enseñanza, y con mano suave e inteligente, a través de su cátedra, me ayudó a descubrir que los elementos con los que hace diez años contaba para la justificación teórica de mi trabajo, no eran suficientes. Por medio de sus recomendaciones de lecturas encontré que las teorías tradicionales de las relaciones internacionales eran asaz parciales y que mi enfoque era incompleto y para mi, insatisfactorio. En sus clases del posgrado, donde abordaba el estudio de la modernidad, descubrí que mi eclecticismo me impulsaría a interpretar la política exterior de México con una visión distinta.

A mis queridos maestros Edmundo Hernández Vela, Leopoldo González Aguayo y Jorge Basurto Romero por sus doctas observaciones que influyeron, sin duda, a replantear aspectos básicos de la tesis.

A las doctoras Cristina Puga Espinosa, Silvia González Marín y Lourdes Sánchez Mendoza, cuyas precisas reflexiones me ayudaron a fundamentar y hasta encauzar mis enfoques.

Como siempre, a la Universidad Nacional Autónoma de México.

Todos los hombres y mujeres del mundo comparten hoy una forma de experiencia vital: *la modernidad*

M. Berman

1. Modernidad y política exterior

En este primer capítulo se presenta la política exterior de México dentro del enfoque de la modernidad, bajo los conceptos de “nueva”, “activa”, “moderna” como va a ser calificada por los diferentes actores que la llevan a cabo y la analizan. La modernización nacional se impone como paso previo a los cambios que se presentarán en el período que nos ocupa.

La Revolución Mexicana aparece ya como el arranque de la modernidad del México del siglo XX, que va a dar la pauta para la aplicación juricista de los principios y apegada a los cánones de la gran tradición, como elemento indispensable y consustancial de las bases del comportamiento internacional del país, en el periodo del decenio de los años setenta, cuya proyección se hace evidente hacia el istmo centroamericano.

“Ser modernos es encontrarnos en un medio ambiente que nos promete aventura, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, lo que sabemos, lo que somos... puede decirse que la modernidad une a toda la humanidad. No obstante esta unión es paradójica, es la unión de la desunión... Ser modernos es parte de un universo en el que como dijo Marx: ‘todo lo que es sólido se desvanece en el aire’”¹.

Aplicar el enfoque de la modernidad a un tema como el elegido, la política exterior mexicana y sobre todo en un periodo determinado, implica un reto ya que no existen

¹ Marshall Berman, “La modernidad en discusión”, en Nicolás Casullo (comp.), *El debate modernidad–posmodernidad*, Punto Sur, Argentina, 1989, p. 67.

hasta ahora en nuestro país, estudios previos en estricto sentido, sino únicamente referenciales.

El concepto de “modernidad” en su concepción actual, fue aplicado principalmente a las diversas manifestaciones artísticas como la literatura, la pintura, la escultura o la arquitectura y es hasta épocas recientes, cuando la “modernización política” como categoría de análisis² es considerada como un enfoque en los estudios de las ciencias sociales, e inclusive enfocada al concepto de progreso . Durante un largo periodo de la historia se habló de la “tradicición de la modernidad”, que cuando se rompe, se convierte, como lo señala uno de sus máximos exponentes, Jurgen Habermas, en “un proyecto incompleto”.³

De entrada, es interesante que Habermas, hable de “tradicición”, pero no como contrario a la modernidad como otros han pretendido, sino como uno de sus sustentos principales.

Berman señala que muchas personas han padecido de la modernidad desde hace 500 años, aunque muchas de ellas la han sentido como una amenaza radical a su historia y sus tradiciones; en el curso de cinco siglos, nos dice, ella, la modernidad, desarrolló una historia fértil y una tradición propia.² Lo que si viene a contraponerse al término de moderno o que pertenece a la modernidad, no es la tradición, sino el concepto de antiguo.

Había sido común considerar que sólo existió la modernidad en una época de la historia y lo que existe ahora, es una nueva corriente llamada posmodernismo, como sinónimo de antimoderno. Sin embargo, “el concepto de lo ‘moderno’ es recreado una y otra vez a partir de referentes temporales y criterios que se renuevan en la medida que el tiempo avanza, en que las fronteras del conocimiento se redefinen y en que los valores universales se modifican)³.

La palabra latina *modernus*, según H.R. Jauss,⁴ fue usada por primera vez en el siglo V para distinguir ese presente cristiano, del pasado romano pagano. “El término

² Cf. Cristina Puga, “Modernización política” en Laura Baca Olamendi et.al. (comp.) *Léxico en política*, FLACSO–SEP–FCE, México, 2000, pp. 444–449.

³ Jurgen Habermas, “La modernidad: un proyecto incompleto” en *La posmodernidad (explicada a los niños)*, GEDISA, México, p. 19.

² Berman, *Op. Cit.*, p.67.

³ C. Puga, *Op.cit.* p. 444.

⁴ Habermas, en Casullo, *Op.Cit.* p131

‘moderno’, con un contenido diverso, expresa una y otra vez la conciencia de una época que se relaciona con el pasado, la antigüedad, a fin de considerarse a sí misma como el resultado de una transición de lo antiguo a lo nuevo”... Específicamente, la idea de ser ‘moderno’ dirigiendo la mirada hacia los antiguos cambió con la creencia, inspirada por la ciencia moderna, en el progreso infinito del conocimiento y el avance infinito hacia la mejoría social y moral. Otra forma de conciencia modernista se formó a raíz de este cambio”⁵.

Desde el siglo pasado, “la señal distintiva de las obras que cuentan como modernas es ‘lo nuevo’, que será superado y quedará obsoleto cuando aparezca la novedad del estilo siguiente... lo que está simplemente de moda, quedará pronto rezagado, lo moderno conserva un vínculo con lo clásico... la obra moderna llegará a ser clásica porque alguna vez fue moderna... La relación entre ‘moderno’ y ‘clásico’ ha perdido una referencia histórica fija”⁶.

En Habermas se encuentran completamente vinculados los conceptos de moderno, nuevo y clásico y es en el siglo XIX cuando surge una radicalización de la conciencia de la modernidad. Sin embargo, es interesante destacar su concepto de ser contemporáneos de la modernidad del siglo XIX o de cualquier otra época. Es por eso que lo clásico tiene que estar relacionado con la tradición forzosamente, aunque la “modernidad se rebela contra la función normalizadora de la tradición; ... lo moderno se alimenta de la experiencia de su rebelión permanente contra toda normatividad”⁷.

Junto al desarrollo de la conciencia de la modernidad de los años decimonónicos, cuando la vida espiritual y material no se vinculan, las ideas de modernización y modernismo, surgen y se desarrollan a partir de esa dicotomía; esa sensación que proviene de venir de dos mundos al mismo tiempo.

En el siglo XX el proceso de modernización se expandió para abarcar todo el mundo y la cultura del modernismo logró triunfos espectaculares en el arte y en el pensamiento y poco a poco se va introduciendo como enfoque de estudio de muchas de las ramas sociales y políticas y ya no meramente artísticas.

⁵ Habermas, en Lyotard, *Op. Cit.* p. 20.

⁶ *Ibidem*, p. 21.

⁷ Habermas en Casullo, *Op.Cit.* p. 133.

De acuerdo con Habermas y Benjamin, este modernismo ya en los años setenta, originó respuestas muchos más débiles que en el pasado: “la vanguardia de 1967, repite los gestos de 1917” (Octavio Paz, citado por H. Habermas).

Este proceso sin embargo, crece y se fragmenta y pierde gran parte de su vitalidad, resonancia, profundidad y mucho de su capacidad para dar un sentido a la vida de la gente. Como consecuencia, en esos años modernos, como “centro de una época moderna, perdió contacto con las raíces de su propia modernidad”⁸.

En México hay una tradición de considerar “modernista” a todo cambio que se ha producido y que va a evolucionar una época para pasar a otra y que tiene sus rasgos distintivos; con ese sentido que Juan Jacobo Rousseau lo inventó en el siglo XVIII e inclusive fue usado para definir a las revoluciones francesa y norteamericana.

A principios del siglo XX, Porfirio Díaz fue considerado un modernista y su régimen moderno; la Revolución mexicana fue un movimiento moderno; y cada uno de los regímenes institucionales consecutivos, a sí mismos se consideraron como tales.

La historia de la política exterior de México, tiene un *continuum* desde la Revolución hasta el decenio de los setenta. A partir de esos años, sobre todo ya cercana la nueva década de los ochenta, la respuesta a ese modernismo, fue precisamente el rompimiento de los cánones establecidos hasta ese momento, a través de la interpretación de los principios tradicionales aplicados a las nuevas circunstancias y a la evolución de los acontecimientos internacionales y en especial a los relacionados con Centroamérica.

Las respuestas débiles a las que se refieren Habermas y Benjamin y sobre las cuales parece estar de acuerdo Paz, en este caso aplicadas a la política exterior mexicana, las podríamos interpretar a la luz de que no se da un rompimiento total, sino que se pasa a otra etapa que deja hasta cierto punto atrás un pasado modernista. En realidad, no se vuelve al pasado, sino que se reinterpreta y se vuelve a inventar y es cuando tradición y modernidad se confunden frente a los cambios muchas veces acelerados preñados de incertidumbre y desconfianza.

Hacia fines de los años setenta, no se da un cambio drástico en la escena nacional mexicana, a excepción de lo que significó la explotación de nuevos yacimientos

⁸ Berman, en Casullo, *Op. Cit.*, p. 69.

petroleros; pero sí presenciamos las bases de una transformación en el ámbito planetario que va a ser determinante en los siguientes años, con el surgimiento del neoliberalismo que va a originar toda una serie de modificaciones a la estructura económica del país y a sus relaciones con el exterior. A partir de entonces, México quedó inserto en una serie de transformaciones que no necesariamente buscó, sino que se vio inmerso en un remolino que lo arrastró a un cambio profundo y acelerado.

Berman señala que la modernidad “nos arroja a un remolino de desintegración y renovación perpetuas, de conflicto y de contradicción, de ambigüedad...”⁹. Es en este sentido, que la política exterior de México en los años 70–80, en los inicios de su renovación, se enfrenta ante una serie de cambios conflictuales que van a ser calificados ya iniciados los ochenta, como el resultado de una política de desequilibrios y contradicciones.¹⁰

Sin embargo, los conflictos de la época eran parte de los desequilibrios del sistema internacional, entre otros, por el crecimiento del armamentismo, el enfrentamiento Este–Oeste y de las posiciones tan opuestas del diálogo Norte–Sur. Estos desequilibrios repercutieron inevitablemente sobre la política exterior mexicana.

Al ver hacia atrás, en una retrospectiva, se puede colegir que tales conflictos estaban generando los cambios del propio sistema internacional como lo apreciamos con la desintegración de la URSS y la caída del Muro de Berlín, que dieron paso a una nueva conformación mundial y regional. En este sentido, la “angustia” a la que se refiere Berman como parte de la modernidad, fue sentida en todos lados.

México no fue la excepción y de alguna manera la renovación y las contradicciones de su política externa *vis a vis* de la política internacional, respondió al mismo cambio que estaba enfrentando el mundo y que hacia fines de los setenta no era tan evidente.

Desde esa perspectiva, la política exterior de México ingresó en una dinámica de “contradicciones” que son el germen de su propia entrada a la modernidad, al introducirse en un laberinto de una continua expansión, en la “ambigüedad” de sus principios tradicionales y la respuesta a las transformaciones del último cuarto de siglo.

⁹ *Ibidem*, p. 67.

¹⁰ Humberto Garza, “Desequilibrios y en la política exterior de México”, *Foro Internacional*, 1984, vol. XXIV, no. 4 pp. 443–457. El autor explica en su artículo lo que para él son los desequilibrios.

En otros lares como el Istmo centroamericano, con un mayor grado de subdesarrollo que México combinado con la inestabilidad política y social que a la mayor parte de la zona la tenía en un estado de guerra permanente, que por lo mismo no le había permitido pasar a otro estadio de desarrollo y modernidad, sí se presentaron por estas causas, elementos drásticos de conflicto, de ruptura de ese *status* hasta entonces mantenido.

La política exterior mexicana en la región centroamericana se basó en el criterio de que sus conflictos y desequilibrios emanaron en primer lugar de su propia pobreza, de las pocas o nulas oportunidades para acceder a otro estadio de desarrollo por el mismo sistema político y la iniquidad en las relaciones Norte-Sur. Es en esta línea que se entiende el porqué México se jugó a un cambio de su política tradicional y como una forma de apoyar acciones revolucionarias que ayudaran a la transformación de la zona, como un acto de modernidad.

Fue la Revolución sandinista en Nicaragua el parte aguas tanto para México como para ese país y su extensión a las otras naciones centroamericanas, entre la “modernidad” del México revolucionario, institucional, que se rebelaba contra la función normalizadora de la tradición y la modernidad que quería irrumpir en Nicaragua, alimentándose de la experiencia de su rebelión permanente contra toda normatividad.

No es extraño que Nicaragua, apoyada en la mayoría de su población, haya optado por un rompimiento con su pasado premoderno, a través de una rebelión armada a cuatro lustros de que terminara el siglo XX, cuando en la mayor parte de América Latina, las revoluciones habían tenido lugar mucho tiempo atrás, como fue el caso de México a principios del siglo. Era como si el ciclo histórico revolucionario del continente, estuviera completándose como parte de su destino irremediable. Y así lo percibió México: la necesidad de Nicaragua de triunfar sobre una “normatividad” que hasta entonces la oprimía.

Muchos movimientos en Latinoamérica no fueron tan significativos para Nicaragua, como la experiencia de la Revolución mexicana de 1910 y los cambios que se produjeron a partir de ella, que fueron un referente histórico para los revolucionarios nicaragüenses. La Revolución cubana, significó el marco “novedoso” y de “moda”, inmediato al presente vivencial de todo revolucionario “moderno”. La revolución se

convierte así, en el único camino posible para buscar la modernidad en Nicaragua y el fundamento central del apoyo de México a la misma.

Walter Benjamin construye la relación de la modernidad con la historia y para ello recuerda la Revolución Francesa. “La revolución citaba a la Roma antigua, del mismo modo que la moda cita un vestido viejo. La moda tiene el olfato de lo actual, incluso moviéndose en la espesura de lo que alguna vez lo fue. En este sentido la Roma antigua era, para Robespierre, un pasado cargado de revelaciones actuales”¹¹.

Lo mismo sucede en 1979 y en los siguientes años: México recurrió a las enseñanzas de su propia revolución, a pesar de los errores que ya para entonces eran evidentes, para apoyar otra revolución, la sandinista, como alguna vez los insurgentes de 1910 invocaron a la Revolución francesa como símbolo de la modernidad. A la vez, los insurrectos nicaragüenses, se “agarraron” de las semejanzas proporcionales del movimiento social mexicano de principios de siglo, para justificar el suyo. El propio César Augusto Sandino, en los años treinta, –quien inspiró a los guerrilleros de los setenta–, alimentaba su inconformidad pensando en la experiencia mexicana y en los que consideraba sus héroes modernos: Emiliano Zapata y Francisco Villa.

Si la Revolución mexicana pretendía una mejora social y moral, ¿por qué no seguirla si uno de los móviles fundamentales fue la necesidad de modernizar sus estructuras? Era como la famosa ‘querrela de los antiguos y los modernos’ que nos narra Habermas, en que el término moderno aparece y reaparece en Europa cuando se forma “la conciencia de la nueva época a través de una relación renovada con los antiguos y, además, siempre que la antigüedad se consideraba como un modelo a recuperar a través de alguna clase de imitación”¹².

México, como parte de su “nueva política activa” hacia la región a fines de los setenta, consideró que era totalmente moderno apoyar los cambios en Centroamérica. Su concepción de creerse uno de los países más democráticos en América Latina – ausencia de una dictadura formal– con un desarrollo más avanzado, influyó directamente en la innovación de su propia política; de ahí que la calificó como actual en su significado moderno, ya que anteriormente no se había involucrado de manera tan directa en los procesos revolucionarios de ninguna parte del mundo. No habría que

¹¹ Benjamin, citado por Berman, en Casullo, *Op.cit*, p. 68

¹² Habermas en Lyotard, *Op.Cit.*, p. 20.

perder de vista el hecho mismo que esa nueva política activa mexicana, estaba basada en la tradición como un proceso dialéctico y que “retroceder” haya sido una manera de ir hacia delante: “apropiarse de las modernidades de ayer”, para construir las de mañana y pasado mañana”, como lo propone el mismo Berman y citando a Marx: “todo está impregnado de su contrario”¹³.

En este sentido tendríamos que inferir que la política exterior mexicana es tradicional de la modernidad, por lo que encontramos la explicación de su actuación frente al significado de las revoluciones en Centroamérica.

Por el otro lado, en Nicaragua y El Salvador, se utilizó el término de “modernidad”, con el surgimiento de sus guerrillas y revoluciones, ya que argumentaban que se había formado una “nueva” conciencia que permitió los alzamientos y rompían con la premodernidad de las dictaduras; aunque esas mismas revoluciones, ahora, en el siglo XXI, pueden considerarse premodernas.

Los revolucionarios nicaragüenses, percibieron la “modernidad” en una nueva época histórica en el momento de su levantamiento, al imbuirse en cierta forma de la “antigüedad” mexicana, pero también encontraron una nueva “era ideal” para liberarse, por sus propias condiciones particulares, de los vínculos históricos específicos de ese mismo pasado.

De ninguna manera pretendo sostener que la Revolución sandinista fue una copia de la de 1910. Nada más lejos de ello. Pero la mexicana fue fuente de inspiración doctrinal para los revolucionarios, y los principios de la política exterior de México fue la aplicación moderna de la tradición revolucionaria que le va a permitir a nuestro país, ser reconocido en el mundo como uno de los principales apoyos ideológicos en una primera etapa, de las transformaciones políticas de Nicaragua.

1.1. Una visión de la política exterior

En la historia moderna de las Relaciones Internacionales, la existencia de una política exterior se contemplaba únicamente desde la visión “unívoca” de los países desarrollados y los que no lo eran, debían acatarla. Se daba por un hecho que todos los

¹³ Berman en Casullo, *Op. Cit.*, pp. 88–89.

estados percibían una visión única de la *realidad* que obligaba a considerar al mundo entero, que esa era la realidad. Se tomaban en cuenta factores de carácter geográfico, económico, político, técnico, pero no se consideraban las diferencias históricas y culturales; se enfatizaba la interacción estatal, dejando poco espacio para la libertad de decisión.

Los países desarrollados contaban con todas las posibilidades para alterar el medio externo, gracias a sus grandes recursos que les permitía gran capacidad de decisión, con lo que no contaban los países en desarrollo.

El campo de las investigaciones en política exterior se concretaba a historias diplomáticas o estudios de caso descriptivos con una sola concepción de las relaciones estado-céntricas que se reflejó en dos escuelas de pensamiento prevaecientes hasta el siglo XX: idealismo y realismo. “Ambas encontraron las determinantes cruciales de la acción estatal en la naturaleza del sistema internacional, aunque ninguna enfatiza la necesidad de estudiar la política exterior... lo que deja a esta última más en calidad de factor determinante que de factor determinado en las Relaciones Internacionales... El idealismo, inspirado por las nociones liberales... trató de superar la anarquía por medio de la cooperación internacional. Las principales tareas de los seguidores de esta corriente fueron la construcción de mecanismos internacionales para la resolución de controversias y la promoción de la democracia... (por su parte) el realismo llegó a dominar la teoría de las Relaciones Internacionales; no obstante, quedaron vestigios de idealismo. ‘Los realistas se distinguen de los idealistas por el énfasis en lo que las Relaciones Internacionales son, en vez de cómo deberían ser...’¹⁴.

Sin embargo, el problema estriba en si es correcta la percepción de esa realidad, aunque los países desarrollados poco se han preocupado de investigarlo. Para ellos, todo lo que no está acorde con sus puntos de vista, está fuera de la realidad, por lo que la toma de decisiones resultó un nuevo punto de referencia para analizar las Relaciones Internacionales.

La aparición del enfoque realista de la política del poder se da junto con el ascenso a potencia hegemónica de Estados Unidos, situación comprensible si tomamos en cuenta que ese fue un medio para que este país dominara el medio internacional de

¹⁴ William Hazleton “Los procesos de decisión de las políticas exteriores” en Manfred Wilhelmy, *La Formación de la Política Exterior. Los países desarrollados y América Latina*, GEL, Argentina, 1987, p. 18.

la posguerra. Roger Fisher, por ejemplo, llegó a referirse a la necesidad de crear teorías que ‘fueran útiles para alguien que tuviera que tomar una decisión’¹⁵. Se establecieron así, categorías en las que pudieran acomodarse los resultados de la investigación empírica de las que surgirían teorías generales.

En esa medida, la corriente realista se apropió de conceptos centrales como poder e interés nacional desde un enfoque de los países desarrollados sin que se pudieran definir objetivamente; por lo menos, tampoco ese era el objetivo de países como Estados Unidos.

Ello dio lugar a un nuevo comportamiento de los estados a raíz de la II Guerra Mundial. Por una parte los desarrollados y por la otra, los subdesarrollados. Los primeros optaron por seguir las líneas establecidas por Estados Unidos quien se arrogó, al igual que sus investigadores de la *policy maker*, lanzar el realismo político y económico de acuerdo a sus propios intereses. Los segundos, con una visión idealista de la política, tomaron para si y casi en exclusividad esta corriente de pensamiento que mantuvieron la mayoría de ellos, hasta la década de los ochenta y que durante muchos años aunque de manera diferente, compartieron con los socialistas.

La nueva estructura mundial aunque dividida entre dos polos de poder, el socialista y el capitalista, separó también al mundo en dos proyectos de pensamiento teórico de la concepción de las Relaciones Internacionales y a la política exterior como un medio para lograr los objetivos.

Los “tercermundistas”, quienes por su propia historia y condiciones económicas, optaron por seguir una serie de principios que los rigiera y los “protegiera” de los embates de las grandes potencias y sobre todo, de la confrontación Este–Oeste. Ellos asumieron de otro modo su visión del interés nacional que fue el motor que los impulsó a crear su propia corriente de pensamiento basada en el “derecho” del más débil. Varios estados respaldaron sus acciones de política exterior en el derecho internacional como fue el caso de ciertas naciones latinoamericanas; otros eligieron el camino del reagrupamiento de posiciones como una forma de manifestar en conjunto sus inconformidades, y muchos más, optaron por las vías violentas para enfrentarse a los

¹⁵ “International relations theory an the policy maker” citado por W. Hazleton, *Ibidem*, p. 22.

más fuertes como una forma de hacerse escuchar y luchar por un lugar dentro de la comunidad internacional. Varios, usaron todos esos medios.

El jurisdicismo fue la fuente principal del “idealismo” con el que manejaron sus relaciones internacionales países en desarrollo como México y fue la constante que mantuvieron durante los siguientes años frente al poder de las grandes potencias. Desde esa perspectiva fue realista y moderno el derecho internacional, porque se adelantaba e iba más allá de lo que se esperaba.

Varios autores sostienen que el avance que muchas naciones en desarrollo tuvieron en materia política, se debió a que por un lado, buscaron abstraerse de participar en los conflictos internacionales y regionales creando una especie de caparazón, coincidiendo en la escena internacional con la pérdida de fuerza de Estados Unidos y su declive en los años setenta.

En los años en los que principalmente se centra esta investigación, los setenta y ochenta, el escenario internacional fue zigzagueante y cambiante por el paso mismo que representó el inicio del fin de la posguerra fría; es decir, el desgaste de las bases mismas del sistema internacional hasta entonces imperante.

La lógica de la época, es la que contraponía a dos sistemas, a dos superpotencias que en ese momento parecían estar a la par en poder. Toda una serie de acontecimientos locales y propiciados por la lucha por el poder entre los dos grandes, llevó a Estados Unidos a cambiar su percepción de su estrategia mundial. Dentro de este esquema, surgieron diversas iniciativas internacionales de los países periféricos.

La estrategia de México fue la de mantener aún en la Guerra Fría, sus principios fundamentales de autodeterminación de los pueblos y de no intervención; condenó las injerencias militares de cualquier país en otro y respaldó el derecho de los pueblos a escoger libremente sus instituciones políticas y promover su desarrollo económico y social. En la solución pacífica de las controversias jugó un papel relevante en el ámbito internacional, posición que también se reflejó en su activismo para el desarme mundial y en concreto en América Latina.

Las diversas iniciativas mexicanas tenían como fondo el interés nacional determinado por su frontera con la primera potencia mundial, en defensa de la soberanía de los estados. La posición que siempre asumió ante las crisis

internacionales, constituyeron su esencia misma dentro de sus relaciones interamericanas.

A lo largo de su vida independiente, mantuvo una posición congruente con el interés nacional de la época y el nacionalismo que caracterizó todo el largo periodo posrevolucionario, “ya que más allá de la exaltación retórica, (los principios) no han tenido una aplicación rígida y uniforme y que, en todo caso, en tanto que principios evolutivos, han sido interpretados de manera pragmática ante las diversas coyunturas enfrentadas por el país y a la luz de las condiciones cambiantes en el escenario internacional”¹⁶. De esta forma, México permanentemente se estaba modernizando políticamente al mantener su “*Tradición*”, pero adaptándola a las circunstancias.

1.2. El mundo en desarrollo en la modernidad

Durante los años sesenta, aunque con antecedentes que datan desde el periodo de entreguerras del siglo XX, se gestó el movimiento que más tarde se conocería como “tercermundista” iniciado principalmente por los países asiáticos y africanos. En 1955 el Primer Ministro de la India Jawaharal Nerhu, en la Conferencia de Bandung, Indonesia, propuso a los estados afroasiáticos que se ‘adhirieran a una tercera fuerza internacional que favorecería la coexistencia entre el Este y el Oeste’.

Los latinoamericanos se adhirieron a él –y no todos por igual– ya avanzada la década de los setenta, aunque algunos de los personajes de la región estrecharon vínculos con los principales líderes del Grupo de los “No Alineados”. México se pronunció como uno de los miembros del Tercer Mundo durante la administración presidencial de Luis Echeverría (1970–1976) cuando inclusive alcanzó su punto máximo de identificación con todas las causas que motivaron dicho movimiento. Es hasta la década de los ochenta, cuando comienza a declinar el ímpetu tercermundista frente al liberalismo global, encontrando su fin con la desintegración de la Unión Soviética y que en México se representó con el régimen de Carlos Salinas de Gortari.

¹⁶ Claude Héller, “Los principios de la política exterior a la luz del nuevo contexto internacional” en Rafael Fernández de Castro (coord.), Cambio y continuidad en la política exterior de México), Ariel-ITAM, México, 2002, p. 79.

El Tercer Mundo dentro del orden mundial surgido de la Segunda Guerra Mundial, la posguerra fría, marcó el inicio de una nueva era en las relaciones internacionales, cuando el planeta se había dividido entre dos polos de poder: el capitalista y el socialista. Fue entonces cuando los países subdesarrollados del sur, al no sentirse identificados con ninguno de los dos buscaron crear su propio modo de ser, como una forma de identificación entre ellos.

Hay voces como la de Edmundo Hernández Vela que sostienen que el Tercer Mundo como una posición alternativa no existió realmente, puesto que todos los países en vías de desarrollo estaban alineados de una o de otra manera a los capitalistas o a los socialistas, y que el término en sí es “absurdo e inapropiado”; sobre todo, que los países aludidos lo hayan tomado con orgullo ¹⁷.

Sin embargo, es un hecho que tales países asumieron actitudes que no habían tenido anteriormente a la época posterior a la segunda gran conflagración mundial, y que su resentimiento poscolonial, en toda la expresión de la palabra, los hizo anhelar otra salida.

¿Por qué los hombres que forman el Tercer Mundo se saben de una o de otra manera diversos de los hombres que forman el sistema socialista y el sistema capitalista? Pregunta que hacía Leopoldo Zea a principios de los años ochenta y expresaba que lo “que (parecía) dar sentido y por lo mismo cierta posibilidad de agrupación entre los pueblos tercermundistas (eran) sus negaciones. Se expresan, no por lo que son, sino por lo que no son, pero quieren ser. Se definen por su carencia. Carencias que se hacen expresas en lo que parece ser su preocupación central, el desarrollo...con su contrapartida, el subdesarrollo”¹⁸. Si retomamos precisamente que el cambio es revolucionario, la conformación del bloque tercermundista tuvo una connotación de modernidad, al querer pasar al mundo de los desarrollados. Si ninguno de los otros dos bloques o mundos, el primero y el segundo, ofrecían posibilidades de desarrollo al tercero, entonces ¿por qué no agruparse y formar otro para no continuar

¹⁷ Cf. “Tercer Mundo... referido maliciosamente al conjunto de países subdesarrollados como constituyentes de un ficticio mundo ajeno, independiente y autónomo, no alineado a ninguna de las dos superpotencias en sus respectivos bloques y por lo tanto, no socialista ni capitalista”. Edmundo Hernández Vela, *Diccionario de Política Internacional*, Porrúa México, 2002, dos vol. 1296 pp. “T

¹⁸ Leopoldo Zea, *Latinoamérica, en la encrucijada de su historia*, UNAM, México, 1981, p. 178.

siendo víctimas de la fatalidad?. Y esta fue precisamente la lógica de su formación; la búsqueda de una “tercera vía” que les permitiera salir del subdesarrollo.

Cada país por sí mismo era incapaz de enfrentarse a los actores del Norte (salvo excepciones como Cuba) ya que sus capacidades de poder de la mayoría de ellos en el ámbito económico y militar, difícilmente alterarían la conducta de las grandes potencias. Fueron precisamente la debilidad política y la vulnerabilidad económica, fuentes fundamentales de la conformación del Tercer Mundo, ya que como estados del Sur, no podían ejercer influencia en las acciones internacionales, pero lo intentaron.

Estas naciones pobres que tuvieron que afrontar su propia fragilidad, tomaron la estrategia de acercarse a los regímenes que los respaldaran en sus demandas, pero también buscaban poder y riqueza; salir del subdesarrollo y dejar de ser un instrumento de los países imperialistas que desde la colonización los había subyugado impidiéndoles durante los tiempos siguientes entrar al círculo de los desarrollados; o por lo menos así lo veían ellos. A la vez, pertenecer a un tercer grupo era significarse diferente con respecto a los socialistas. Por lo tanto, el Tercer Mundo se definió por lo que buscaba, por lo que sólo fue una “expresión transitoria”, según Zea y que sin embargo, con todo y sus contradicciones existió y no fue una quimera como este mismo autor lo afirma.

Una de esas formas de conseguir dar ese paso al desarrollo, era a través de la modernización de sus estructuras pero para ello necesitaban romper con la carga del pasado colonial que los había mantenido sojuzgados por tanto tiempo. Un camino para hacerlo, era que los países lograran su independencia que todavía en los años setenta no la habían alcanzado y los que ya la habían conseguido formalmente, tenían que encontrar otras opciones como fueron las propuestas de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) que pretendían cambiar el estado de cosas establecido por las grandes potencias; esto es, que hubiera reformas estructurales en donde las ganancias provenientes del orden internacional establecido, también fueran distribuidas entre las naciones en desarrollo. Por eso mismo el mundo industrializado se puso a la defensiva ante el rechazo de las políticas liberales por parte del Tercer Mundo que se manifestaron principalmente en los foros de la Naciones Unidas, como fue la creación del “Grupo de los 77”.

Este amplio grupo de países autonombrados del Tercer Mundo intentó y en gran medida logró cambiar la correlación del poder existente en la escena internacional. Su papel de “tercera fuerza”, vino a transformar la política internacional y a jugar un papel central en los organismos multilaterales.

“La variable final que permitió al Tercer Mundo creer que había logrado el éxito, fue acompañada de la declinación de Estados Unidos”, aunque fue en los últimos años de su poder hegemónico que los estados débiles tuvieron la mayor oportunidad de atacar el orden prevaleciente.¹⁹ De hecho, ya no volvió a ver otra oportunidad como la que se presentó en los setentas y a finales de esa década, el mundo en desarrollo no supo leer los mensajes del liberalismo, por lo que en muchos sentidos se quiso seguir actuando como al principio de la misma. Ocasión única además, por el factor sorpresa que vino a romper un orden por la búsqueda del cambio. Las condiciones futuras ya no serían iguales además por el propio desmembramiento del Tercer Mundo como fuerza homogénea. Fue el periodo en que este amplio bloque “controló” los foros internacionales por lo que el *boom* de la política exterior de muchos países entre ellos la de México, tuvo una relevancia especial, porque fue parte de su modernidad; lo conservador hubiera sido no haber participado en los esfuerzos del Tercer Mundo.

Para Krasner, la interpretación de la conducta de los países del Sur se basa en un enfoque estructural o de “tercera imagen” de la política internacional, enfoque que sostiene que ‘la conducta de los estados está determinada por sus capacidades de poder relativas. Estos estados se comportan de la misma manera en que se han comportado los demás estados: intentan maximizar su poder, su capacidad de controlar su propio destino. Los reclamos del “Grupo de los 77” se basaron en la igualdad de los estados soberanos y fueron hechos por el Estado y sólo por el Estado...’²⁰. Y fueron precisamente esos estados tercermundistas los que trataron de alcanzar lo que en el mundo occidental existía, pero que a ellos los hacía inexistentes. “En su preocupación por el desarrollo como pueblos y la liberación como individuos está expresa su

¹⁹ Stephen Krasner, *Conflicto Estructural. El Tercer Mundo contra el Liberalismo Global*, GEA, Argentina, 1985, p. 20.

²⁰ *Idem.*

preocupación por ser parte del Primer Mundo. Siéndolo naturalmente, dejarían de ser ese transitorio Tercer Mundo”²¹.

Una de las cuestiones que afectaron la capacidad de los países en desarrollo, fue la firmeza de sus argumentos ideológicos utilizados para justificar sus demandas. Para ellos, la reestructuración de los regímenes era una estrategia a falta de una mayor capacidad de poder nacional para quebrantar la hegemonía del Norte; estaban más preocupados en alterar los regímenes liberales internacionales por lo que buscaron nuevos principios, normas y procedimientos para la toma de decisiones. Los argumentos ideológicos por poderosos que estos fueran como una forma de legitimar sus preferencias, no fueron suficientes ante la carencia de fortaleza militar y económica. En este sentido, los “tercermundistas” confundieron su “revolución de conciencia”, la modernidad de sus planteamientos, frente a una verdadera carencia de modernización económica justificada ante la falta de recursos.

Las revoluciones, al igual que los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, fueron mecanismos o formas para tratar de influir en el Norte. Era una llamada de atención, un S.O.S. de los países en desarrollo para intentar cambiar la naturaleza de los regímenes internacionales y así a la vez, incrementar el flujo de recursos materiales para un entorno más estable y predecible. Por eso mismo, pero en sentido contrario, hubo países en desarrollo que desde entonces trataron de aplicar políticas liberales e insertarse en esa nueva corriente ya a principios de los ochenta. En México, ello se comienza a manifestar iniciada la década, con el gobierno de Miguel de la Madrid.

Parte de esa vulnerabilidad no percibida por los subdesarrollados, se manifestó con el mismo fracaso de los movimientos revolucionarios que aunque gestados con anterioridad, irrumpieron en esa época. Al irse complicando cada vez más su transformación como estados individuales, recurrieron a formas diferentes de organización para la defensa de sus intereses en conjunto, a través de la formación de “Grupos” como el Grupo de Contadora, el Grupo de Amigos de Contadora, el Grupo de los Seis, el Grupo de los 15, entre otros.

²¹ Zea, *Op. Cit.* p. 181.

Ello estuvo fuertemente relacionado con la posición de los países en desarrollo de luchar por el NOEI que no pudieron concretar por la dependencia con respecto a las economías industrializadas, ante los cambios económicos que se avecinaban en el mundo en la década de los ochenta y por la misma debilidad de las instituciones políticas de los países en desarrollo, la inestabilidad de los gobiernos, la pobreza, las explosiones de violencia y la lejanía de procesos democráticos.

Ante este panorama, los estados en desarrollo pretendieron que sus iniciativas para cambiar el estado de cosas, era a través de su unión y hacer un frente común en los organismos internacionales, donde tuvieron un relativo éxito, pero no contemplaron realísticamente que sus intentos tendrían una respuesta aún más exaltada por parte de los países poderosos. Cuanto mayor el éxito del Tercer Mundo en su intento de cambiar los regímenes en contra de las preferencias del Norte, tanto más probable se tornó que el Norte interrumpiera las prácticas existentes por medio del retiro de su respaldo.²²

El Tercer Mundo fue entonces, concebido como un agente de reclamo de cambios ya fueran “legítimos o ilegítimos” dentro del conjunto normas existentes, del primer mundo. Hacia el interior, por la misma debilidad de las instituciones políticas de la mayoría de la comunidad pobre, se producían otro tipo de cambios no constitucionales que con frecuencia arrastraba hacia la violencia doméstica, aunado a la vulnerabilidad de los cambios del entorno económico internacional que las “negociaciones” del Sur con el Norte, no resolvieron de ninguna manera.

El choque directo de los intereses entre los estados, es la característica básica de la vida internacional, sobre todo cuando esos intereses han sido históricamente opuestos como ha sido el caso de los del norte con los del sur. Al no ajustarse los segundos a las demandas de los primeros, éstos han buscado destruir regímenes que resulten antitéticos para sus intereses. Ejemplos de ello los encontramos en todas partes del mundo y fue una constante en América Latina, sobre todo en los países centroamericanos, en especial en Nicaragua, por parte de los Estados Unidos.

Dada la debilidad de los países en desarrollo, éstos han tenido dificultades para introducirse en las transformaciones mundiales y se han obstinado en cuestionar el orden económico internacional. Inclusive, más adelante, cuando se comenzó a

²² Krasner, *Op Cit.* pp. 34–36.

resquebrajar el sistema bipolar, la mayoría de los países del Tercer Mundo tampoco tuvieron la capacidad para adaptarse a las nuevas condiciones que se avecinaban, a tal grado que en el siglo XXI es cuando más se han comenzado a resentir los efectos del desmoronamiento de dicho sistema.

En pleno auge del tercermundismo sus integrantes adoptaron una orientación ideológica y personalista a través de sus líderes que, entre otros, les permitió atribuir su subdesarrollo al funcionamiento y operación del sistema internacional y que en su momento les sirvió a los gobiernos para legitimarse: “Un líder que trate de ampliar el respaldo doméstico por medio de la retórica internacional, rechazará los principios, normas, reglas y procedimientos de toma de decisiones liberales... muchos líderes no han adoptado políticas exteriores basadas en la defensa de las posiciones del Tercer Mundo, pero ninguno se ha aliado con el Norte en la defensa del orden existente”²³.

Es evidente que esa apreciación del comportamiento de los líderes de la década de los setenta se puede tomar como una constante pero no fue uniforme, ya que casos como el de México lo exceptúan, por lo menos en el sentido de que los diferentes gobiernos mexicanos hasta mediados de la década de los ochenta, mantuvieron un camino recto en el sentido del amplio apoyo dado a sus similares. Sin embargo, en efecto, en la medida que el escenario internacional comenzó a variar con el posicionamiento del neoliberalismo a la caída del socialismo real, el estado de cosas empezó a cambiar de manera drástica al momento en que los países pobres ya no tuvieron alternativa entre los dos sistemas.

México, para muchos estudiosos, es el que mejor ilustra los dilemas del Tercer Mundo en la década de los setenta. Por una parte como ya se apuntó, fue uno de los pilares de esa amplia mayoría de países pobres que, aún durante su mayor auge económico de principios de esa década, fue un sustento muy importante ideológicamente y un cuestionador del orden existente. Y eso fue precisamente lo novedoso de la administración del ex presidente Luis Echeverría, considerado por muchos, como el principal impulsor del NOEI y quién le da un vuelco a la política exterior mexicana. “Esto fue una ruptura con la política pasada. La conducta de Echeverría estaba profundamente arraigada en los problemas estructurales, domésticos e

²³ *Ibidem*, p. 55.

internacionales. Lo que pesó sustancialmente (fue) la cada vez más fuerte dependencia de los Estados Unidos”²⁴.

El tercermundismo como ya se hizo referencia, tuvo sus raíces aparte de las causas domésticas, en el largo pasado colonial de todos los que lo sufrieron. México fue uno de los países que quizá, ante la gran civilización que imperaba antes de la llegada de los conquistadores españoles, resintió de manera especial la colonización y aunque logró conservar su cultura y adoptar la europea en un mestizaje, no se pudo sobreponer política y económicamente, cuando tuvo que enfrentarse a un nuevo colonialismo: el estadounidense.

La cultura mexicana y su tercermundismo se permeó por ese sentimiento anti norteamericano, se reforzó por el movimiento armado de 1910 y éste a la vez, dio origen a una ideología revolucionaria que fue un vehículo de conexión entre las masas y los regímenes posrevolucionarios. En lo correspondiente a la política exterior, esta ideología fue perfectamente compatible con los tiempos modernos y con los movimientos surgidos tanto en Asia como en África y en general en América Latina, que se vivieron todavía al finalizar la década de los setenta.

La prominente defensa de los reclamos de los países subdesarrollados, fue la forma de estimular la legitimidad doméstica porque tenía ecos dentro de la ideología mexicana tradicional y por lo tanto “moderna”, la cual fue asumida por los líderes políticos.

A comienzos del decenio de los años ochenta, a pesar de los esfuerzos políticos, los países del Tercer Mundo fracasaron en sus intentos de lograr un orden más justo y equitativo y su propia debilidad los tornó más vulnerables a los cambios sistémicos que se comenzaron a hacer patentes en el resto del mundo y que por supuesto, no pudieron controlar.

El relativo éxito que tuvo el amplio grupo de naciones pobres, fue el reconocimiento de su igualdad jurídica frente a los demás estados poderosos y ese éxito estuvo en el poder declinante de los Estados Unidos, y su coherencia ideológica; esta última cuyos orígenes datan de la época anterior a la Segunda Guerra Mundial y que fue la opción por la que se inclinaron los más pobres.

²⁴ *Ibidem*, p. 56.

Este movimiento proporcionó una base racional para atacar a los regímenes existentes, facilitó la formulación de una coherente posición frente a determinados temas y debilitó aunque fuera temporalmente la posición del Norte porque algunos grupos de los países industrializados aceptaron las argumentaciones de mundo en desarrollo, como el hecho precisamente de aceptar su condición de cambio en el que con la voluntad de los fuertes, seguirían bajo la condición del no cambio.

Lo que es más importante, proporcionó una identidad subjetiva que unió al Tercer Mundo en un efectivo bloque político; en pocas palabras, lograron una auto identidad. “Sin una visión común del mundo, que explicara por qué todos los países del Sur eran similares a pesar de sus diversos atributos nacionales, les hubiera sido imposible actuar como una fuerza unificada en las organizaciones internacionales”²⁵.

“Sé como el camaleón: con un ojo ve el pasado y con el otro el futuro”

Proverbio malgache

1.3. La “nueva” y tradicional política exterior

En el decenio de los años setenta, al contrario de lo que sucedía entre los países capitalistas –nos dice Luis Maira²⁶ en el amplio grupo de los países en desarrollo, los liderazgos se sucedieron de una forma casi natural ante sus circunstancias. En América Latina era claro que México estaba destinado a ser uno de ellos y más allá de las fronteras regionales por varios motivos: su historia, su lucha contra las intervenciones y sobre todo la defensa de su soberanía frente a los Estados Unidos. La política exterior de México constituyó su proyección ante el mundo, sobre todo por lo renovado de sus posiciones frente a los acontecimientos internacionales.

²⁵ *Ibidem*, p. 62.

²⁶ Luis Maira, “Los escenarios internacionales y los procesos de formación de las políticas exteriores” en Manfred Wilhelmy (edit), *La formación de la política exterior. Los países desarrollados y América Latina*, GEL, Argentina, 1987, pp. 393–430.

En la “nueva” política exterior mexicana de esos años y los subsiguientes, el concepto nuevo ha tenido una connotación por un lado, de sustitución de lo viejo, antiguo, de renovación, de actual. Pero por el otro, un carácter efímero que a cualquier cambio se convertía en obsoleto, pasado de moda, para dar lugar a algo otra vez “nuevo”. En México sin embargo, se ha abusado del término. Así tenemos que cada una de las etapas históricas determinantes en la vida del país, inclusive cada administración sexenal, ha sido considerada como nueva, como consecuencia del desarrollo nacional colocándose cada una de ellas en la modernidad. Ya aplicado el término nuevo a la política exterior mexicana, puede ser contradictorio –si se considera como perecedero–, por el largo tiempo de existencia y permanencia de sus principios.

Se debe tomar en cuenta que esta política exterior tiene sus antecedentes en el difícil camino que tuvo que recorrer México desde antes de su vida independiente para consolidarse como nación soberana, cuyos principios fueron plasmados a partir de la Revolución Mexicana. Sus elementos provienen de una referencia intrínseca a un cambio de actitud de México frente al entorno nacional e internacional, que la llevó hasta cierto punto a permanecer estable.

Mucho se ha hablado de los enfoques jurídico normativos de la política exterior en los años sesenta, en tanto la difícil historia de la región frente al exterior, en este caso de México, donde los diplomáticos actuaban de manera empírica y hasta cierto punto "realista" utilizando sus conocimientos prácticos para proponer medidas al Estado, sobre todo de cómo enfrentar a las grandes potencias. Ello tiene que ver directamente que como factores condicionantes, estaban la influencia del Estado y la presencia geográfica e histórica de Estados Unidos en la vida de México.

Algunos estudios de la época resaltan más ese enfoque, que el que tiene que ver con los aspectos sociales, políticos y económicos como los de Jorge Castañeda y Modesto Seara Vázquez. En su momento, a ambos también se les calificó por sus estudios como vanguardistas y por consiguiente, la visión de la política exterior mexicana era tanto en el país como en el resto de Latinoamérica, considerada como una política declarativa de principios: aunque “tomaban posturas totalmente acríicas frente a

la acción del estado y asumen que la sociedad mexicana está unívocamente de acuerdo con la postura del estado”²⁷.

En este contexto, la política exterior mexicana había permanecido hasta los años setenta sin transformaciones, porque en “esos años, México estaba concentrado en promover su propio desarrollo y, en consecuencia, el involucramiento en problemas externos se consideraba una distracción del esfuerzo interno... Esto era la continuación, en el ámbito exterior, de un proceso deliberado de ‘despolitización’ de la política que siguieron los gobiernos posrevolucionarios”²⁸. Además de que ante la propia Guerra Fría, México prefirió “aislarse” para no sufrir las consecuencias directas de la confrontación Este–Oeste.

Durante esos años, México pudo consolidar uno de los motores tanto en su política interna como externa: el nacionalismo. Años atrás, Jorge Castañeda señaló que éste era uno de los fenómenos que contribuyó como pocos a la formación de la conciencia nacional, como una especie de “introspección”. “El país empieza a cobrar conciencia de sí mismo, de sus potencialidades y de sus limitaciones”²⁹.

Sin embargo, el análisis que se inició de la política exterior mexicana a principios de los años setenta, se realizó a través de “nuevos” enfoques, o diversificación de los mismos, como las teorías de la dependencia y la interdependencia, por la mayoría de autores académicos, a través de un universo más acotado y preciso que el de etapas anteriores, con clara preocupación por hacer “teoría empírica”; donde se aprecia un esfuerzo mayor por “construir teoría desde la periferia”³⁰.

Internacionalistas como el propio Castañeda, Ojeda y Olga Pellicer, marcan el periodo presidencial de 70–76 como el inicio de una política más abierta. Y así fue. El nacionalismo que había sido el eje de la jurídicista política exterior mexicana, es lanzado hacia afuera.

La febril actividad internacional del presidente de la República, Luis Echeverría, llevó a México a lugares inclusive sin relevancia para los intereses nacionales. Pero a consecuencia de su nacionalismo, se lanzó a estrechar relaciones con países que

²⁷ Arturo Borja, *Enciclopedia de la política*, FCE, México, FCE, p. 90.

²⁸ Mario Ojeda, *México, el surgimiento de una política exterior activa*, SEP, México, 1986, pp. 30–31.

²⁹ *Ibidem*, p. 14.

³⁰ Vid R. Rusell, *Enfoques Teóricos y Metodológicos en el estudio de la política exterior*, GEL, Argentina, 1992, pp. 14,15.

habían comenzado a tener, años atrás, un peso específico dentro de la comunidad de naciones llamadas del Tercer Mundo. México alcanzó un liderazgo entre ellos que le dio un prestigio adicional a nivel mundial y en especial dentro del seno de los países latinoamericanos. Por la gran vitalidad de la política exterior mexicana y de la amplia apertura de relaciones diplomáticas, se utilizó una vez más los términos de “nuevas” y “modernas” para calificar las relaciones internacionales durante esos años.

Hubo significativos hechos de la administración echeverrista que la legitimaron entre sus pares regionales y en el contexto mundial. Adquirieron especial relevancia las negociaciones y la aprobación final por mayoría en el seno de la ONU, la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, que tuvo como antecedente la propuesta del entonces presidente de Argelia en una reunión de los países “No Alineados”. Por otra parte fue notable el apoyo al gobierno del presidente Salvador Allende, así como el asilo que otorgó el gobierno de Echeverría a cientos de chilenos perseguidos por la dictadura pinochetista.

En este último sentido, varias decenas de sudamericanos, entre ellos, argentinos, uruguayos, brasileños, también fueron acogidos ante la amenaza de sus vidas a causa de los regímenes militares.

Los primeros dos años de la administración de José López Portillo, su actividad externa se vio sumamente reducida, sobre todo por las severas crisis que le heredó el anterior gobierno. Todo hacía pensar que la política exterior había pasado a un segundo plano, pero lo que en realidad sucedió fue que el Presidente palpó la necesidad de terminar con el tercermundismo echeverrista, “símbolo de la retórica populista”, causante, para gran parte de la población mexicana, de las represalias de Estados Unidos por las posturas internacionales de México, que en gran medida eran consideradas por los estadounidenses y principalmente por el empresariado mexicano, como muestras de una cierta alineación hacia el bloque socialista. No descuento de ninguna manera el hecho de que cada nueva administración pública hacía un corte con la anterior y poder así legitimarse; tenía que romper con el pasado.

Las crisis económicas hicieron que el gobierno tuviera desde sus inicios un acercamiento con Washington, con el fin de allegarse los fondos que en ese momento exigían los compromisos financieros de México. Son conocidas las negociaciones que se hicieron con Estados Unidos, con el fin de restablecer la credibilidad del sector

financiero, lo que parecía ser que la dependencia aumentaría con respecto a ese país y que se abandonarían las “antiguas” prácticas populistas. Lo que hasta ese momento había sido novedoso, moderno y de avanzada, en pocos años se convirtió en viejo, obsoleto.

Es una hipótesis comprobada, que la ayuda de Estados Unidos se debió a que para entonces ya se conocían los yacimientos petroleros del sureste de México, además de que a todas luces el vecino del norte tenía interés en alejar cualquier otro intento de radicalismo de izquierda. Al conflicto Este–Oeste, aún le quedaban varios años por sucumbir. “La única carta de negociación era entonces la propia debilidad de México surgida de la crisis y el temor –preocupación constante de Washington– de que ésta pudiera afectar la estabilidad política del país”³¹.

A este cambio de posición del presidente López Portillo respecto al Tercer Mundo, pero sobre todo a su fresco acercamiento con los Estados Unidos, algunos sectores nacionales lo consideraron como “realista”, alejado del idealismo anterior, pero sobre todo con ingredientes “novedosos”, en cuanto a la negociación de la deuda con los organismos financieros internacionales. Para muchos más, ello significaba claudicar con una tradición de apoyo y solidaridad que a lo largo de su vida revolucionaria había llevado a cabo.

A pesar de ello la política exterior mexicana seguía siendo reconocida como una política de principios a tal grado que se le llamaban “principios tradicionales”. Tal fue por ejemplo el apoyo que López Portillo dio a la firma del Tratado del Canal de Panamá en 1977, entre los gobiernos de Omar Torrijos y James Carter, para la devolución de su soberanía para el año 2000. “Este caso no significó desviación alguna respecto a la política exterior tradicional y constituyó más bien un gesto de solidaridad expresado junto con el resto de los países latinoamericanos hacia el ejercicio de un derecho indudable que daba por terminado un enlace colonial de los EUA”³².

Vale la pena señalar que esta solidaridad de México no produjo ningún enfrentamiento con Estados Unidos, ya que desde un principio Carter dio muestras de su disposición de negociar la devolución del Canal, condicionada a que se aceptara su responsabilidad para su defensa, en caso de ser necesario. Un silencio de México –

³¹ Ojeda, *Op. Cit.* p. 105.

³² *Ibidem*, p. 110

imposible en ese tiempo— no hubiera sido bien visto por ninguna de las partes, ya que inclusive en ese momento el presidente estadounidense consideraba este acto de devolución del Canal, como de reconciliación con América Latina. Por su parte, México lo veía como un acto “revolucionario” y de justicia, logro que se atribuía al líder panameño, Omar Torrijos.

1.4. De la política declarativa de los principios, a la política activa de lo nuevo

Mario Ojeda introduce en sus estudios el término de “activa” a la política exterior, con el cambio de actitud del presidente López Portillo frente a la escena internacional. “La gravedad de la situación no dejó otra alternativa”, señala Ojeda, y no es de dudarse, como lo expuse líneas arriba, que EEUU ya conocía las reservas del hidrocarburo mexicano.

Con independencia a las polémicas que originó el asunto del petróleo, ello permitió al presidente en su Segundo Informe de Gobierno, en septiembre de 1978, manifestar que: “Hemos programado metas que definen el Plan Global de Desarrollo nacional en tres etapas bianuales: los dos primeros años, de superación de la crisis; los siguientes dos, consolidación de la economía y los últimos, crecimiento acelerado. La primera etapa, superación de la crisis, está por concluir”.

Con la seguridad misma que le daba a López Portillo “el colchón” financiero, su presencia internacional comenzó a ser diferente. Por una parte había un gran reconocimiento a su persona y a las políticas instrumentadas para salir de la crisis en que estaba sumido el país. Por la otra, debido también a su fuerte personalidad, se puede interpretar que el proceso de transformación la sintió el Presidente como la forma de hacer cumplir los designios establecidos por el movimiento revolucionario y su consolidación en la Constitución de 1917, que marcaban a los recursos naturales, en concreto al petróleo, como la gran reserva de los mexicanos para satisfacer sus requerimientos internos y ayudarlos a hacer frente en el exterior.

Con el activismo de la política exterior, surge una variante teórica que conceptualiza al país como una “potencia media”. “En este periodo se conjugan ‘la voluntad de actuar, la ampliación del poder económico y de la importancia estratégica y la apertura de nuevos espacios de acción regional’”³³. Esta cita en gran parte refleja la opinión que muchos mantenían de la actuación del gobierno y se adelanta a justificar la importancia político–estratégica para México, de la región centroamericana.

Jorge Castañeda en su toma de posesión como secretario de Relaciones Exteriores, declaró; “México actúa en los foros internacionales como potencia media, debido a los recursos energéticos con que el país cuenta; por esta razón nuestra política ha pasado a ser activa”³⁴.

Habría que hacer énfasis en que esta declaración del nuevo canciller la hizo justo el día anterior a que el presidente López Portillo formalizara el “rompimiento de relaciones” con el gobierno nicaragüense de Somoza; o sea que el mismo Castañeda dio su propio veredicto en el sentido de que se pasaba a otro momento de la política exterior mexicana, hacia un papel más activo de la política internacional y no necesariamente como una desviación de los principios tradicionales que había sustentado el país.

1.5. El cambio como elemento transformador

Los autores que hemos estado señalando, consideran que en estos años iniciales de López Portillo, se dieron pasos sustanciales para el “cambio” de política. El hecho mismo que a partir de entonces la comunidad la nacional se sintiera en otro status económico, significó un giro radical en el comportamiento de todos.

El cambio de país subdesarrollado a “potencia media” fue difícil, como lo demuestran las sucesivas crisis económicas por las que atravesó nuestro país y sus severas consecuencias, pero fue considerado como el elemento transformador. Al ser “transformador”, la sociedad mexicana no tuvo empacho en aceptarlo, puesto que así, se transitaba a otro estadio de desarrollo hasta ese momento desconocido. En pocas palabras, se comenzaba a insertar a México en la “nueva” modernidad.

³³ G. González, en O. Pellicer, *La política exterior de México: los desafíos de los ochenta*, CIDE, México, 1983, p. 68.

³⁴ Ojeda, *Op. Cit.*, p. 135.

Cuando la relación con Estados Unidos evolucionó hacia una mejoría, por lo menos en la formalidad, tranquilizó a muchos de los sectores que en el pasado habían pugnado por un mayor acercamiento con ese país. Llama la atención que esta “nueva política activa” y “moderna” se le consideró así, por algunas acciones como las ya señaladas: la solicitud de un financiamiento de México a Estados Unidos, el cierto distanciamiento del país de la política tercermundista, el descubrimiento de otros yacimientos petroleros.

Sin embargo, ninguno de los académicos, diplomáticos y menos los políticos, particularmente el presidente de la República, conceptualizaron en su momento esa política activa, transformadora y de cambio, como un “proyecto de modernidad”, aunque sí de modernización, a partir del “proyecto de desarrollo de las fuerzas productivas, como proyecto decididamente innovador del medio social y cultural”³⁵.

Como valores de la modernidad, el desarrollo, el crecimiento, la evolución o el progreso, sobre todo desde la idea de la “occidentalización del mundo”, se identifican con la idea de modernización al igual que las nociones de cambio de expectativas, socialismo, reformas o revoluciones en niveles nacionales, regionales y mundiales.³⁶

No obstante sus ideas modernizantes, se vio en la política del presidente López Portillo, un intento de renovar íntegramente la continuidad del pasado, ya que se mantuvo fiel, aún dadas las condiciones de la mitad de su mandato, a declarar que la política exterior mexicana mantenía sus principios tradicionales emanados de la Revolución Mexicana, como poco tiempo después lo demostró en otros ámbitos.

En esa dirección, Habermas se preguntó en su exposición sobre La presencia del pasado, “¿Por qué en esencia, nace hoy, un poco por doquier, esta necesidad de ajustar las cuentas del modernismo? De dónde viene y sobre todo, a dónde va el intento de renovar íntegramente la continuidad con el pasado, esa continuidad que la cultura de lo moderno, había si no anulado seguramente vuelto menos explícita?”³⁷

1.6. El petróleo como elemento modernizador y de progreso

³⁵ Tomás Maldonado en Casullo, “El movimiento moderno y la cuestión ‘post’ en Casullo, *Op.Cit.*, p. 259.

³⁶ O. Ianni hace un análisis de la modernización–occidentalización en *Teorías de la globalización*, 59–73.

³⁷ Maldonado, *Op. Cit.*, cita a Habermas, p.260.

Octavio Ianni inclusive habla de una “teoría de la “modernización” del mundo como una “teoría de la occidentalización”, en el sentido de que la primera sustituye a la segunda, inspirando la percepción “etapista” de que las sociedades periféricas deben reproducir el modelo de las sociedades más avanzadas.

De esta forma, México, al “cambiar” su política económica y lanzarse a una nueva etapa de desarrollo con los recursos con los que ya contaba, se acerca, en el discurso, a los países industrializados, e inclusive apostando al mejoramiento de vida no sólo de México sino de otros a los que pudiera hacer llegar los beneficios del progreso. Por eso mismo, en el “ámbito de la modernización... conviven varias y contradictorias temporalidades. Son diversos los pasados, próximos y remotos, presentes en el curso de la modernización”³⁸.

En 1979 tiene lugar un acontecimiento que va a cambiar como nunca antes, la futura relación de México con el istmo centroamericano. Ese acontecimiento es la Revolución Sandinista en Nicaragua. En el pasado, México había tenido una política pasiva en el área, aún en el sexenio de Luis Echeverría. La excepción al aislamiento de México respecto a sus vecinos del sur, la constituyó el viaje que años atrás había realizado el presidente Gustavo Díaz Ordaz, que con el tiempo, no tuvo mayores repercusiones en un mayor acercamiento con la zona.

Los gobiernos posrevolucionarios habían querido centrar su atención, en buscar la estabilidad y el desarrollo internos y porque consideraban que era una forma de evitar enfrentamientos que no les afectaban de manera directa. Además, México no se sentía identificado con los gobiernos de la región centroamericana, a quienes consideraba a la mayoría de ellos, producto de golpes de estado y de corte militar. La fama de México era de un sistema democrático, que aunque emanado de una revolución, había sobrepasado las tentaciones de regirse por militares; era una etapa de pleno “civilismo”.

Al tiempo, México, como “potencia intermedia” o “país de reciente industrialización”, “connota no solamente una realidad de poder político, sino también, y sobre todo, una voluntad política para actuar como tal”³⁹, condición esta última que se puso de manifiesto a partir de la Revolución en Nicaragua.

³⁸ Ianni, *Op. Cit.*, p. 70.

³⁹ Mario Ojeda, “El lugar de México en el mundo contemporáneo”, *Foro Internacional*, vol. XXIV, no. 4 (96) p. 416.

Conviene además, poner énfasis en que el cambio de la actitud “pasiva” a la “nueva” actitud “activa” de la política exterior, se debió a un acontecimiento externo a las fronteras de México. Si bien en el pasado México ya había hecho manifestación de su política de apoyo a los países débiles en varias ocasiones y con motivo de una serie de luchas desde el periodo de entre guerras, fue sobre todo ante la política colonizadora de las grandes potencias.

En el caso de Nicaragua, es cierto que había una injerencia de los Estados Unidos en la vida del país, pero el conflicto era entre actores internos. De ahí lo inédito de la actuación de México que marcó la pauta de sus acciones modernas en política exterior.

Dentro de los estudios de la “modernidad”, no han estado contemplados los recursos naturales como elementos para identificarla, aunque dependiendo de su uso, sean modernizadores. Bajo la idea de la modernización, la idea del progreso ha estado en este caso ligada al pleno auge de los cuantiosos recursos petroleros nacionales. En el orbe, hay países que tienen enormes yacimientos petrolíferos que se han mantenido en un gran atraso, a pesar de la riqueza con la que cuentan.

Sin embargo, estos recursos por sí solos, no representan ningún avance si no se les canaliza hacia el progreso, que surge a la par de la modernidad: “El remolino de la vida moderna se alimenta de muchas fuentes: los grandes descubrimientos... La industrialización de la producción que transforma el conocimiento científico en tecnología... acelera el ritmo de la vida, crea nuevas formas de poder y lucha de clases... estados nacionales cada vez más poderosos y dominantes que se esfuerzan constantemente por extender sus dominios...; y finalmente un mercado mundial capitalista siempre en desarrollo y drásticamente variable...” A los procesos sociales que dan vida a todos los progresos del siglo XX y lo mantienen en un estado de conversión perpetua, se los agrupó bajo el concepto de *modernización*.⁴⁰

Marshall Berman señala que se ha eludido construir un modelo que pudiera ser válido para la vida moderna y en su lugar, se ha dividido a la modernidad en una serie de componentes separados –industrialización, edificación del estado, urbanización, desarrollo de mercados, formación de elites– por lo que yo ubico a la industria petrolera

⁴⁰ Berman, “La modernidad en discusión” en Casullo, *Op. Cit.* p. 68.

como uno de ellos: “La unidad de desarrollo social y tecnológico–económico y la realización humana, fue la que definió históricamente la secularización moderna”⁴¹.

Ya desde principios del siglo XX, se puso de manifiesto este nuevo carácter conflictivo de la modernidad a la que Georg Simmel llamó la ‘tragedia de la cultura’ refiriéndose al siglo anterior.⁴² En México, por la importancia misma del nuevo camino de la industrialización petrolera, no cabe duda que a partir de la certeza de su potencialidad, el estado comienza a comportarse de manera diferente en la escenario nacional e internacional. La transformación se manifiesta tanto en los hechos como en las actitudes del gobierno de la República, frente a la sociedad mexicana, dentro de la comunidad latinoamericana y ante las grandes potencias.

Con las altas tasas de crecimiento alcanzadas en 1979, la economía en reactivación y con una mayor confianza pública, el margen de las negociaciones mexicanas internacionales del estado mexicano, comenzaron a ensancharse. Tan es así, que un año más tarde, en 1980, conjuntamente con Venezuela, se firma el convenio de San José, a través del cual se abastecería de petróleo a países de Centroamérica y El Caribe y las utilidades petroleras se aplicarían a programas de cooperación económica para ambas regiones, “... el petróleo vino a constituir la base material mediante la cual México pudo transitar de una política exterior activa, pero claramente limitada al nivel declarativo o retórico, a una política exterior basada en hechos y en una presencia efectiva en los asuntos internacionales, de la región centroamericana principalmente”⁴³.

Es indudable que en cuanto a la visión de López Portillo de buscar insertarse en el concierto internacional representando a un país “diferente”, le dio resultado. “México prefiere inscribirse lentamente en el grupo de países ‘importantes’ que a través de una acción concertada tendrán posibilidad de influir, de manera directa, en la marcha de los acontecimientos mundiales”⁴⁴.

Estaba muy fresco en la memoria de las grandes potencias el “boicot” de los árabes de principios de los años setenta y vieron en la actitud de México, una posible

⁴¹ Eduardo Subirats, “Transformaciones de la cultura moderna” en Casullo, *Op.Cit.*, p. 219.

⁴² *Ibidem*, p.220.

⁴³ Ojeda, “México,; el surgimiento...” *Op. Cit.*p. 135.

⁴⁴ Olga . Pellicer, “Veinte años de política exterior mexicana: 1960–1980”, Foro Internacional, oct–nov., 1983, vol. XXI, no. 2 (86), p. 160.

solución a futuro, de los problemas de abasto en caso de que se volviera a producir una crisis petrolera. Ya para entonces, el Tercer Mundo empezó a dejar de ser atractivo para el presidente López Portillo, además de que se le identificaba con el pasado. Con la ventaja que le daba para ese momento sentir que México era ya una “potencia media”, el Presidente comenzó a negociar y encontró su momento clave para redefinir su nuevo estilo de política exterior, frente al resto del mundo.

En 1979, año del triunfo de la Revolución Sandinista, México crecía a un ritmo cuatro veces mayor que en 1976, gracias al mejoramiento de la deuda externa, la balanza de pagos y el detenimiento de la fuga de capitales. En cuanto al petróleo, López Portillo señalaba en su Tercer Informe de Gobierno en 1979, que “es nuestra potencialidad de autodeterminación, porque nos hará menos dependientes del financiamiento externo y mejorará nuestras relaciones económicas internacionales”.

A consecuencia del aumento de la producción de hidrocarburos y a la firme determinación del Presidente dentro de la lógica de “potencia intermedia” y la modernización del país, cuando pretendía cambiar las estructuras del subdesarrollo y dar pleno paso a la modernidad en el sentido de la consolidación del progreso, se hizo posible el acercamiento real con Centroamérica y El Caribe, a través del mencionado Convenio de San José.

A partir de ese momento quedó sellada la presencia de México en los países del Istmo, cuyas razones aparte del factor energético, fueron la propia crisis política en Centroamérica y los riesgos que nos representaba; la voluntad expresada por el gobierno mexicano en “activar” la política exterior con base en los principios y demostrar que al hacerlo, ello representaba un “cambio revolucionario”.

“Lo moderno se identifica con lo nuevo y presupone con ello, un principio revolucionario de ruptura, esto es, de crítica, renovación y cambio. La modernidad es una edad histórica de transformaciones y quebrantamientos, es consustancial de la crisis. Modernidad, crisis y progreso son términos de la ecuación que distingue nuestro tiempo”⁴⁵.

⁴⁵ Subirats, *Op. Cit.*, 218.

“Los horizontes que se abren con la globalización, en términos de integración y fragmentación, pueden abrir nuevas perspectivas para ... la relectura del pasado...”

O. Ianni

2. El mito moderno de la revolución

En el presente capítulo se mencionan los principios tradicionales de la política exterior mexicana cuyas bases se sustentan en el pasado histórico desde la independencia.

La revolución aparece como motor del cambio sobre su condición de “gran tradición” e impulsora de las transformaciones nacionales como la institucionalización jurídica que se plasmó en el comportamiento internacional de México.

La fuerza de la Revolución de 1910 generó una ideología poderosa que alcanzó a muchos movimientos en rebeldía del siglo XX, sobre todo en América Latina, creando un mito que duró todavía en los últimos años de ese siglo.

La Revolución en Nicaragua que abrevó de la experiencia mexicana, cuyos antecedentes se localizan en la lucha antinorteamericana de Augusto César Sandino, convertido también en mito político, contó con el apoyo de México al sentir que el único camino a seguir para cambiar las condiciones de los nicaragüenses ante la dictadura somocista, era llevar a cabo un proceso revolucionario como la forma más moderna y acabada de lograr sus fines de justicia.

Dentro de las diversas acepciones de revolución, en el campo político se entendería como “la transformación profunda, violenta, acelerada e irreversible de la organización estatal, que subvierte totalmente la estructura social”⁴⁸. Por eso, porque hay una modificación de la organización social, la revolución implica un cambio, como ocurrió con la Revolución francesa que no sólo transformó a Francia, sino que fue el germen de trascendentales acontecimientos que transformaron al mundo “occidental”. “La revolución persigue como objetivos estratégicos, según las circunstancias de cada

⁴⁸ Rodrigo Borja, *Op cit*, p. 90 y sig.

país, la libertad de las personas, el rescate de la dignidad humana, la independencia nacional, el desarrollo económico, la justicia social, la redistribución de la propiedad y del ingreso y el eficaz aprovechamiento de los recursos naturales, en el marco de una nueva y diferente forma de organización estatal... la revolución... es la culminación violenta de un proceso de creciente discrepancia entre la actual forma de organización social y los anhelos renovadores de la colectividad...”⁴⁹.

Dentro de este significado, las revoluciones para que triunfen tienen que contar con dos elementos indispensables que son las condiciones objetivas y las subjetivas. Dentro de las primeras se encuentran las que precisamente les dan origen descritas líneas arriba y las segundas son las que en realidad hacen que se consoliden los ideales y que tienen que ver “con el ánimo de la gente”: la vivencia de las injusticias, la violación a los derechos humanos, la indignación, la rabia, el coraje y al juntarse las causas objetivas y subjetivas, se produce la revolución. “Cuando un movimiento revolucionario no triunfa es cuando las condiciones objetivas se han agudizado mientras que las subjetivas se han mediatizado...”⁵⁰.

Entonces, ¿cómo no van a ser modernas las causas objetivas y subjetivas, cuando son precisamente las que las sociedades modernas y civilizadas “occidentales” pugnan por erradicar?

Fueron precisamente todas esas causas las que dieron uno de los fundamentos principales de la política exterior mexicana. Si no hubiera sido por los ideales, dicha política no se podría entender sin la revolución. Los principios emanados de ella, con vigencia hasta nuestros días, fueron elevados a rango constitucional apenas en 1988. No obstante, esto no fue impedimento para que hayan formado parte indiscutible del comportamiento internacional de México, por espacio de toda una era.

⁴⁹ *Idem.*

⁵⁰ *Idem.*

Si repasáramos la historia de nuestro país a lo largo del siglo XX, encontraremos innumerables ejemplos de su trayectoria pacifista, no intervencionista, de defensa de la soberanía nacional, solidaria con los pueblos débiles, colonizados e intervenidos y del respeto a la “pluralidad” de las naciones; todos ellos principios que se convirtieron en la “Doctrina” de la conducta externa de México, aunque algunos de sus postulados no correspondieron necesariamente al proceder interno de los gobernantes, sobre todo cuando de principios democráticos se trató.

Toda la crónica de los llamados “principios tradicionales revolucionarios”, la encontramos como bien sabemos, sustentada en nuestro pasado, desde la independencia hasta las luchas intervencionistas del siglo XIX. Es por eso que la Revolución de 1910 recogió todas esas experiencias vividas y las convierte en su razón de ser frente al mundo; una “tradición como recurso para la resistencia popular contra el abuso del poder sistémico” En esa forma, se le da un carácter innovador a la tradición, de renovación de la sociedad, una “tradición viviente” o como “la creación de la tradición como proceso dinámico”⁵¹.

Es a partir de la revolución institucionalizada en la Constitución de 1917 como se ha señalado en capítulo precedente, cuando la política exterior moderna tomó la vía del derecho, que le permitió usarlo como un escudo frente a las amenazas externas y como una forma de hacer irreversible el cambio interno del país. Una de las formas de consolidación de las conquistas de la revolución fue esa institucionalización jurídica que en este caso se plasmó en el comportamiento internacional de México.

De ahí que se entienda el “aislacionismo” del que fue calificada la política exterior y que durante ese época, tuvo pasajes verdaderamente heroicos, si los enmarcamos en el contexto en que se produjeron y que salieron a la luz, cuando México defendió y consideró que debía hacer valer el derecho de los menos fuertes.

Con el transcurso de los cambios de la escena mundial, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, dicha política empezó a incorporarse a otra dinámica, aunque casi siempre dentro de la tónica hasta entonces seguida. Su “activación”, como una forma moderna de responder a la configuración del “nuevo orden mundial”, la

⁵¹ Tilman Schiel, “Gran y pequeña tradición”, en Eduardo Lander, *Modernidad & Universalismo*, Nueva sociedad–UNESCO, Venezuela, 1991, p. 13–14.

encontramos en sus respuestas frente a los embates e intervenciones de las grandes potencias, sobre todo en las que se produjeron en América Latina y el Caribe.

A partir de ese momento, se comenzó una transformación de la aplicación de la política exterior, para muchos imperceptible, pero para otros, estaba dando un giro que la hacía salirse de su comportamiento hasta entonces seguido. Es por eso que varios internacionalistas la califican de “nueva” y “activa”, como una necesidad de modernizarla y ajustarla a las mutaciones mundiales. El interés nacional fue más allá de las fronteras y se comenzaron a vislumbrar peligros que podrían afectar a la soberanía nacional, si México no tomaba una posición de defensa de otros países y el reconocimiento a su derecho de cambiar sus sistemas políticos.

Durante el llamado periodo revolucionario, el sistema mexicano generó una sólida legitimidad alrededor del régimen político que fue aprovechada por la élite gobernante. “México gozó por décadas de una ventaja indiscutible: la de una ideología poderosa que movilizaba a la sociedad en pos de los objetivos del Estado, en el entendido que éstos eran legítimos, posibles y deseables. Esta ideología contribuyó al éxito del proyecto industrializador –que muchos reconocían como modernizador– pero también a la estabilidad y larga supervivencia del régimen dentro del sistema político autoritario”⁵².

A partir de la revolución, los consecutivos gobernantes de México se sintieron herederos de la misma, una vez que el conflicto armado entró en su etapa final y se valieron de ella para la aplicación de sus políticas a lo largo de setenta años.

2.1. Revoluciones referentes

Diversos movimientos rebeldes o revolucionarios de principios del siglo XX se fundieron en el mito de la Revolución Mexicana. Más aún, fueron un modelo de muchos otros todavía a mitad y muy avanzada la misma centuria. Algunos de ellos fueron determinantes para extenderse como mito y como influencia decisiva en los destinos de varias naciones.

Es conocido que la propia revolución bolchevique cuyo ejemplo e ideología trascendió fronteras, se inspiró en ciertos postulados sociales de la mexicana cuando

⁵² Sandra Kuntz Ficker. *Universidad de México*, Nueva Época, Revista de la UNAM, número 617, noviembre 2002, pp. 22–30.

estalla en 1917, sin excluir que sus antecedentes se remontan a periodos anteriores y que sus fundamentos fueron otros.

Por supuesto que la Revolución rusa fue el paradigma y la fractura ideológica de un siglo que se iniciaba con una gran guerra. En forma más contundente, este movimiento revolucionario influyó de manera distinta al mexicano y fue asimismo inspirador y sostén político y económico de revoluciones o guerras sobre todo en países subdesarrollados especialmente en la época del auge tercermundista .

Durante todos esos años, las relaciones entre los soviéticos y los mexicanos se mantuvieron en un nivel si no de amistad, si de respeto distante entre los gobiernos, pero que se reflejó más en las intensas relaciones del Buró con los sectores intelectuales de izquierda y en ciertos círculos políticos nacionales que permitieron alcanzar altos niveles de cooperación en los dos sentidos.

Muchos pasajes pueden recordarse de la influencia que ejerció el socialismo soviético en México. Si no todo fue del tamaño en que Estados Unidos lo magnificaba, si influyó en la percepción del vecino del norte. Los diferentes regímenes de la ex URSS siempre vieron en México un bastión desde donde podían extender su influencia en América Latina hasta que apareció la Cuba de Fidel Castro.

Sin embargo, la animadversión hacia los norteamericanos y las políticas independientes en materia internacional por parte de los sucesivos gobiernos mexicanos, permitió con los años buscar separar las relaciones diplomáticas con los soviéticos y con los estadounidenses. No obstante, la plataforma tercermundista que asumió México hacía pensar que respondía más a una lógica socialista que de alguna manera era resultado de la primera revolución social de principios de siglo.

La influencia del socialismo soviético en el mundo y en América Latina se dejó sentir a lo largo de 70 años (curiosamente como la Revolución mexicana) hasta que se desintegró la URSS. Fue entonces cuando se comenzaron a resquebrajar, desde que comenzó la decadencia soviética, los ideales y luchas revolucionarias ante la decepción del socialismo real. La propia Revolución cubana desde los noventa, principal bastión revolucionario de la región, estuvo a punto de sucumbir ante el retiro de apoyo de su principal sostén.

En un artículo aparecido recientemente en donde se narra el embalsamamiento de Lenin y las vicisitudes por las que ha pasado el cadáver, se compara este hecho a lo

que aconteció con la misma Revolución bolchevique. Pero al final de cuentas, la revolución se convirtió asimismo en un mito, para muchos cruel, que inspiró a millones y que cambió la arquitectura internacional de toda una época.⁵³

El otro movimiento que fue más que un mito y que vino a revolucionar a la vez a América latina y en algunas otras partes de la región africana fue la Revolución cubana. Era la segunda en el continente de alcances impredecibles para todos, en especial para Estados Unidos. Ella no solamente se nutrió de ideales mexicanos sino que no se le puede concebir sin el apoyo de los gobiernos “emanados” de la Revolución mexicana, sobre todo cuando se preparaba el famoso asalto al Cuartel Moncada.

La legendaria amistad entre los pueblos cubano y mexicano que dura hasta nuestros días, se fortaleció precisamente a raíz del apoyo a los combatientes del Granma que zarpó desde tierras veracruzanas. Es sabido de la admiración de los líderes cubanos por los rebeldes mexicanos del movimiento de 1910, en especial por Emiliano Zapata. Y uno de los antecedentes más emotivos de la afinidad a partir de los orígenes revolucionarios entre ambas naciones, provenía precisamente de los lazos establecidos por el héroe cubano del siglo XIX, José Martí, que como muchos revolucionarios de otros países de esa época y del siglo XX, encontraron en México un sostén a sus aspiraciones.

Todavía estaban teniendo lugar las independencias de muchos países africanos y se producían variadas sublevaciones anticolonialistas, cuando estalló la Revolución cubana. Ella va a ser el hilo conductor de muchos movimientos sociales en la región y el paradigma de la lucha por la libertad, la justicia y contra la opresión de dictaduras internas e intervenciones de los Estados Unidos.

Con el aliento de los resultados hasta en ese momento y la esperanza que inspiró la “primera revolución socialista” en el continente, años después, en 1979, otra revolución estalla en Centroamérica, la de Nicaragua, –que se tratará en un capítulo posterior por ser uno de los temas centrales de esta investigación– que fue el parte aguas entre una política “tradicional” mexicana y la política moderna que “acomoda” sus principios a la realidad del área, a la cual geográfica e históricamente está vinculado México.

⁵³ Daniela Spenser, “El embalsamamiento de la Revolución Bolchevique”, *Revista Universidad de México*, UNAM Nueva Época, no. 617, noviembre 2002, pp. 4–11.

Hubo otros movimientos rebeldes en el istmo centroamericano como consecuencia de las dictaduras, golpes de estado, intervenciones de los Estados Unidos, que se vieron influidos por los cubanos, pero que no lograron estallar como revolución a pesar de los años que duró la lucha insurgente. Los dos casos son el de la guerrilla guatemalteca y el del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional – FMLN– de El Salvador. La primera, cuyos inicios datan desde los años cincuenta y cuyos orígenes fueron otros, tomó un giro diferente después del triunfo de los rebeldes cubanos, y ya en la década de los setenta, se le identificó con movimientos de carácter socialista hasta que a fines de 1996 los diferentes grupos firmaron la paz, después de un larguísimo y penoso proceso sin que hubieran alcanzado el triunfo. El Salvador, asimismo, tenía varios lustros de inestabilidad a causa principalmente de las dictaduras sufridas a lo largo del siglo y su proximidad con Nicaragua hizo pensar que también habría un triunfo revolucionario, sin que al final pudiera estallar la revolución que se perseguía, con la firma de la paz en México en 1992 entre los rebeldes y el gobierno de ese país.

La actitud de México frente a todos estos procesos de cambio, de alguna manera fue calificada por los sectores más conservadores del país como un rompimiento de uno de los postulados tradicionales de política exterior; el de respeto a los procesos internos de otros países.

Sin embargo, la otra cara de esta acción, es que México estaba retomando de una manera renovada los principios tradicionales y sobre todo, al socorrer solidariamente a los movimientos revolucionarios, de cambio y de transformación, activaba la política exterior como parte de un proyecto de modernidad.

De ahí que el tema de la revolución en la política exterior mexicana, se convierta en un mito para poder arribar al apoyo tan decidido a las diversas revoluciones del siglo.

2.2. Tradición, modernidad y mito

Octavio Paz decía que el principio de la modernidad es la tradición; con toda certeza, apoyado en el conocimiento que tenía de los escritores modernos, en especial de Habermas, quien señalaba que había que mantenerla como uno de los sustentos principales, para que no se rompa el proyecto de modernidad.

Vale la pena destacar, la posición de Tilman Schiel, –apoyado en Robert Redfiel– que señala que existen la pequeña y la gran tradición que incluyen modos de concebir y organizar el espacio socialmente relevante. Estado, gobierno, economía que ordenan mental y sustancialmente el espacio social como ejemplos de la gran tradición, así como la cultura de los expertos, la que se enseña en las escuelas, a la que se refieren las leyes, la religión y la política. La pequeña tradición es la que ofrece percepciones y estructuras de cualidades más informales, personalizadas y concretas; es la cultura de los amateurs, abierta a todos, es informal y los “funcionarios sospechan de ella... pero con frecuencia tiene gran éxito, es atractiva y popular”... y ésta es una herramienta para dismantelar los fundamentos aparentemente sólidos de la modernidad”⁵⁴.

La tradición a la que aquí nos referimos, es la gran tradición, que es más que la costumbre que se impone todos los días. La tradición de un pueblo, significa la preservación de su cultura, su idiosincrasia, su forma de ser que se va modificando en la medida que la vida cotidiana evoluciona a otros estadios de desarrollo.

Rina Zimmering, citando a Schelling⁵⁵, nos dice que los pueblos no surgen de un lenguaje, un territorio o de actividades económicas sino de su mitología. La tradición de un pueblo es contar historias fabulosas y para su configuración, contribuye la identidad e integración de comunidades políticas para la implantación de los mitos políticos. Entonces, un proyecto de modernidad no puede prescindir de los mitos y éstos de la tradición, sobre todo en el siglo pasado.

Los diversos movimientos revolucionarios de principios del siglo XX, se fundieron en el mito de la Revolución Mexicana. A partir de ella, los consecutivos gobernantes de México se sintieron herederos de la misma, una vez que el conflicto armado entró en su etapa final y se valieron de ella para la aplicación de sus políticas.

La política como parte de la gran tradición, se basa en el saber concreto y también en suposiciones, sentimientos y convicciones “tradicionales” que se expresan en la forma de historias, llamadas por Hans Blumenger, “portadoras de sentido”. Ello hace necesaria una vinculación entre los modos de aproximación idealista y realista. En política, el mito da razón del sentido y se configura a través de la memoria colectiva, y

⁵⁴ .Schiel, *Op.Cit*, pp. 13–14.

⁵⁵ R. Zimmering, “Los mitos en la política; problemas teóricos iniciales”, apuntes mecanografiados para una conferencia en la FCPyS, Centro de Educación Continua, 1999, (s.p).

no sólo tiene causas teórico cognoscitivas sino también histórico políticas, aunque no todos están de acuerdo con él.⁵⁶

Por ejemplo, Ernst Cassirer habla de la influencia funesta de la ‘irrupción del mito’ en la política; Ronald Barthes observa el mito como una ‘visión del mundo’ que deforma la realidad y la contrapone al conocimiento, aunque por su parte, George Sorel llega a la conclusión de que los mitos hacen que los seres humanos forjen un conjunto de movimientos sociales que tienen una amplia resonancia histórica, como las guerras civiles y las revoluciones.⁵⁷

No cabe duda que las reflexiones de Sorel nos aproximan a explicarnos el porqué del mito, que tiene un sentido generalmente simbólico sobre una realidad no concreta, influye de manera tan poderosa en el quehacer político e histórico de México y en la extensión de su política hacia afuera.

El hecho mismo de intentar hacer una revolución, ya representa un ideal que se va a convertir en algo concreto desde el momento en que ésta tiene posibilidades de éxito. El influjo que tuvo el significado del estallido de otra revolución cerca de las fronteras mexicanas, en un país tan cercano en su historia y que cambiara las posibilidades de vida en Nicaragua, fueron determinantes para que México se sintiera comprometido a transmitir sus experiencias y sentires hechos ya tradición, también como parte del propio mito de 1910.

La unión de las diferentes fuerzas revolucionarias, que se disputaban el poder, en un solo partido político, el Partido Nacional Revolucionario, PNR, convertido posteriormente en el Partido Revolucionario Institucional, PRI, –partido hecho gobierno– fue la que se apoderó del mito, implantando una conciencia nacionalista en la población e integrando a una sociedad atravesada por fuertes contradicciones.

En cuanto a la posición de los regímenes revolucionarios hacia el exterior, los planteamientos y doctrinas tradicionales fueron muy claros, al grado tal, que han sido el eje rector de la actuación de México en el campo internacional y los que le han dado el grado de sustentabilidad para considerarlos como revolucionarios en el sentido que emanaron de nuestra historia y de nuestras luchas frente a las intervenciones de las potencias extranjeras. Ellos dieron origen al paradigma de los “principios tradicionales”

⁵⁶ *Ibidem.*

⁵⁷ *Ibidem.*

que basados en la modernidad del momento, sucumbieron al recurso del mito: “Con la Revolución se inició una nueva etapa de la diplomacia mexicana. Durante este periodo, la política exterior se convirtió en la línea de defensa externa de las reformas que produjo dicho movimiento”⁵⁸.

La misma Constitución Federal de la República, ha sido una plataforma para el fomento del mito revolucionario, al agrupar en su contenido, toda una serie de demandas exigidas durante el movimiento armado, que van a dar lugar al México “moderno” y revolucionario. “El mito de la Revolución Mexicana consiguió, de manera excepcional, nivelar diferencias semióticas mediante una fuerte simbología política, con el resultado (de la creación) de una identidad”⁵⁹.

En el artículo 27 constitucional, se encuentra otro elemento de gran significado semiótico: el petróleo, cuya propiedad y explotación, dio lugar a una serie de enfrentamientos internos y externos que en apariencia terminaron, con su nacionalización en 1938. Hasta la fecha, el petróleo ha sido un elemento perturbador pero a la vez, unificador de las fuerzas sociales en su defensa. No en balde, los diferentes gobiernos de la República lo utilizaron como sinónimo de soberanía, creando a su alrededor otro mito.

Es hasta el sexenio del presidente José López Portillo, cuando adquiere un valor adicional el energético, como lo señalamos en el capítulo precedente. Hasta la fecha, se le ha seguido considerando como un aglutinador de las diversas voluntades de la sociedad y la clave para mantener viva a la Revolución en los nuevos tiempos y a la vez, como factor modernidad. Es aquí donde la ambigüedad entre petróleo como elemento de progreso y la tradición revolucionaria, se rompe.

Olga Pellicer hace un planteamiento diferente; concretamente de que el hecho de que México en los años ochenta buscara insertarse en el club de países industrializados, “a partir de ese momento, la vieja tradición revolucionaria de México, no da el tono a la nueva ofensiva diplomática construida en torno a ese eje central que es el petróleo”⁶⁰.

⁵⁸ Mario Ojeda, *Alcances y límites de la política exterior de México*, El Colegio de México, México, 1981, p. 4.

⁵⁹ R. Zimmering, “El mito de la Revolución: el ejemplo de México”, (vid. nota no. 52)

⁶⁰ O. Pellicer, *Veinte años.... Op. Cit* p. 160.

Ante esta situación de utilizar la producción petrolera y sus recursos para modernizar al país, así como mantener los principios tradicionales de política exterior ¿a qué se debe, que el 20 de mayo de 1979, el presidente de la República anunciara el rompimiento de relaciones con el gobierno nicaragüense de Anastasio Somoza y su apoyo a la Revolución Sandinista?

La respuesta inmediata que encuentro, es que precisamente el presidente López Portillo al recobrar la confianza en la economía nacional, se lanzó a una iniciativa, que si bien se debió a una acción encaminada por otros países de América Latina, la llevó a cabo México por la sencilla razón y a la vez compleja: interpretar los principios de política exterior, solidarios con todos aquellos movimientos que propugnaban un cambio social, como elemento de modernidad, en este caso de América Latina.

La otra respuesta es que López Portillo y anteriores gobernantes, creyeron en los símbolos que tienen la posibilidad de influir en el mundo mismo. Ejemplos los encontramos antes de la Revolución Sandinista, a lo largo de la historia latinoamericana a partir de los años sesenta, como el de Cuba, República Dominicana, Chile, que en diferentes momentos, le dieron a México la ocasión de reafirmar sus propios símbolos, extrapolarlos y reafirmar un respeto y prestigio regional, gracias a la tradición de sus principios.

La reacción inicial de López Portillo era esperada, por ser él, inclusive, parte de una generación “producto” de la Revolución Mexicana. El mismo, cuando ya había terminado su periodo presidencial, en sus memorias tituladas “Mis tiempos”, define a su gobierno, como el “último gobierno revolucionario”.

La política también se basa en la “conciencia mítica”, por lo que el presidente al tomar su decisión de apoyo a los sandinistas, usó esa conciencia; la política es una configuración compleja en donde todos los actores, incluidos los propios personajes políticos –en este caso el presidente–, ejerce no sólo un saber comprobable analíticamente sino sobre todo sus creencias e ideas de valor que se basan en una objeción mítica “los motivos políticos se fundan en identidades y valores”⁶¹.

En 1960, Daniel Cossío Villegas escribió: “Todo hombre que participa en la vida política del país, todos los políticos, hablan como si la Revolución Mexicana estuviera viva, como si sus objetivos originales prevalecieran, y como si las políticas

⁶¹ R. Zimmering,. “Los mitos en la política... *Op. Cit.*

gubernamentales, grandes o pequeñas, estuvieran adoptadas o inspiradas, para alcanzar esos fines en el tiempo más corto posible”⁶².

Si bien este texto corresponde a casi veinte años atrás al periodo de López Portillo, él mismo y los ejecutivos anteriores, se encargaron de confirmarla. Importantes discursos podríamos citar desde Adolfo López Mateos, cuando en su defensa de la Revolución cubana, se pronunciaba porque “Nosotros que hemos recorrido etapas semejantes, comprendemos y valoramos el esfuerzo de transformación que Cuba está llevando a cabo... confiamos en que la Revolución cubana sea, como la mexicana, un paso más hacia la grandeza de América”⁶³.

En muchas maneras, el símbolo mítico de la revolución creó ideas y sentimientos de colectividad y agrupación, en torno a su defensa que se exaltó con el sentimiento de solidaridad hacia los sandinistas y condujo a una acción conjunta de apoyo.

En 1980, el presidente López Portillo ante una concentración de la población nicaragüense en Managua, confirmó la vigencia del compromiso mexicano con los principios revolucionarios, aunque bien reconocía, que la nación estaba “empantanada”: “Ustedes pueden construir con una responsabilidad revolucionaria, una salida para América Latina. A principios de este siglo, el gozne histórico correspondió a México. Libró y ganó la primera Revolución de este siglo...Buscamos, por el camino de la libertad, el camino de la justicia y, en ocasiones, se nos ha empantanado, y la libertad ha sacrificado la justicia. A mediados de este siglo otra revolución significó el gozne histórico de este laberinto americano: la Revolución Cubana. Por el camino de la justicia han querido ganar libertad y parece que se empantanaron. Ustedes, nicaragüenses...significan la posibilidad de que justicia y libertad puedan ser conjugadas”⁶⁴.

Se aprecia en este discurso, una cierta nostalgia del Presidente por los logros hasta entonces no alcanzados invocados por la Revolución mexicana. Sin embargo, también se percibe el mantenimiento de la confianza en las acciones gubernamentales que él estaba llevando a cabo y que lo mantenían en la creencia que estaba en el camino correcto para desempantanar al país. Se encuentra también, un aliento para los

⁶² O. Pellicer, *México y la Revolución Cubana*, Op. Cit. p. 14.

⁶³ *Ibidem*, p. 2

⁶⁴ *Unomásuno*, periódico, 28 de enero de 1982.

nicaragüenses, de que esa, la revolución, es la vía para consolidar, lo que hasta ese entonces, no lo habían hecho México ni Cuba.

Tal es así, que hasta el final de su mandato López Portillo continuó buscando consolidarse en un régimen que seguía llamándose “revolucionario”. Es por eso que el último acto revolucionario que realizó, fue la nacionalización de la banca, con el respaldo de prácticamente toda la población, a excepción, por supuesto, de los propios banqueros y grupos empresariales, más la “derecha” todavía incipiente.⁶⁵

En el ámbito de la política exterior, la simpatía a las revoluciones en otros países le significó legitimarse frente a los sectores sociales, recelosos de su “acercamiento” con Estados Unidos. Para Pellicer y Ojeda, esto vino a representarle un valor adicional ante los movimientos guerrilleros y una forma de contener la influencia de Cuba en México aunque para la primera, “con el simple peso de sus tradiciones, México dificulta, al grado de hacerla imposible, una acción internacional a favor de semejantes proyectos”⁶⁶.

Como veremos en el siguiente capítulo, esta aseveración se viene abajo por el gran apoyo a diversos proyectos de los sandinistas y fueron precisamente las tradiciones, las que impulsaron el soporte real, político y económico, para Nicaragua.

2.3. La ruptura histórica de Nicaragua y el héroe mítico

El mito había sido considerado como el resultado de una actividad inconsciente y como un libre producto de la imaginación. Ya avanzado el siglo XX, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, se desarrollan nuevas “técnicas” del mito. Siguiendo a Cassirer, los mitos podrían ser creados en el mismo sentido y según los mismos métodos que cualquier otra arma moderna, de una manera consciente. Un mito consiste tanto en una “historia portadora de sentido” como en su recepción. Una historia que alguien se imagina no es un mito cuando no tiene recepción. Eso fue por lo que atravesó la gestación de la revolución en Nicaragua, largamente anunciada y que cada vez tuvo más adeptos hasta convertirse en un proyecto al que la mayoría de la población se incorporó. Sin embargo, el mito tiene fundamentos reales, como fue el

⁶⁵ Cf. Último informe presidencial, 1982.

⁶⁶ O. Pellicer, *Veinte años... Op.cit.* p. 15

mismo proyecto modernizador de quienes lo apoyaron al interior y en el exterior, como fue el caso de México.

El triunfo de la revolución en 1979, con la huida de Somoza y la victoria sobre la Guardia Nacional por el ejército sandinista, logró una ruptura histórica con un pasado inmediato que había violentado la razón de ser del pueblo y que había sumido al país en una crisis estructural y política.

Las crisis que expresan una ruptura histórica como fue el caso de Nicaragua, se han resuelto en el ámbito político, porque lo que se cuestiona es el papel del estado como “voluntad centralizada, como órgano de regulación y dirección de la sociedad”⁶⁷.

En el caso de la crisis que dio origen a la revolución del 79, sus antecedentes más inmediatos se localizan en los años sesentas, cuando tienen lugar una serie de actos violentos llevados a cabo por amplias masas populares, frente a una dictadura y un terrorismo de estado. Sin embargo dicha crisis fue largamente gestada desde 1911, año de la intervención norteamericana,— en ese mismo año México estaba también en pleno movimiento armado— la cual duró cerca de 23 años y fue seguida por la dictadura de los Somoza, por más de 43. Dentro de esa larga época, fue el año de 1978 uno de los cruciales para la victoria.

Todo se inició con el asesinato en enero del periodista Pedro Joaquín Chamorro, dirigente de la Unión Democrática de Liberación, que aglutinaba “desde disidentes del somocismo a socialistas con franquicia soviética, y tenía posiciones distintas a las de los viejos partidos de la derecha”. Su homicidio “encendió a Nicaragua como él nunca pudo lograrlo en vida y dio un nuevo vuelco a la lucha”⁶⁸. Doce años más tarde, en 1990, su viuda, Violeta Barrios de Chamorro, asumiría la presidencia de Nicaragua, pero del lado opositor.

Las manifestaciones de protesta se multiplicaron y los ataques se recrudecieron cada día más, con el alto costo de un gran número de muertos, principalmente de la parte rebelde. A la vez, se crearon más organizaciones populares, de vecinos, mujeres,

⁶⁷ Edelberto Torres Rivas, “Notas para comprender la crisis política centroamericana”, en *Foreign Affairs* en español, México, en *Centroamérica: crisis y política internacional*, S XXI—CECADE—CIDE, 1982, p. 40.

⁶⁸ Sergio Ramírez, *Adiós Muchachos. Una memoria de la revolución sandinista*, Aguilar, México, 1999, pp.163–179. El autor fue militante clandestino, “gobernante en el poder” sandinista, funcionario encargado de negociar la paz, candidato a vicepresidente y “cabeza de la disidencia sandinista”. También es escritor.

jóvenes, con el apoyo de los sindicatos y de un importante número de pequeños partidos de izquierda, que habían proliferado. Es importante destacar la amplia participación de “cristianos revolucionarios” y de una buena parte de sacerdotes identificados con la “teología de la liberación”, con la cual muchos identificaban las aspiraciones sociales de justicia y la libertad cristiana, con la revolución. Sergio Ramírez lo describe así: “En toda Nicaragua la tensión iba creciendo y el olor de la guerra venidera podía sentirse en el aire mientras ondeaban ya, cada vez más libremente, las banderas sandinistas”. La consecuencia fue la toma de Palacio Nacional, el 28 de agosto de 1978.

A continuación haré un paréntesis para tratar de comprender la simbiosis que se dio entre el periodo revolucionario mexicano y el origen al sandinismo. Así mismo, para entender más adelante el porqué de las divergencias que se presentan entre los propios integrantes del Frente Sandinista de Liberación Nacional, FSLN, protagonista principal de la Revolución nicaragüense, cuyo inspirador fue Sandino.

Augusto Cesar Sandino fue asesinado el 21 de febrero de 1934 por ordenes del iniciador de la dinastía dictatorial, Anastasio Somoza, jefe de la Guardia Nacional. Sandino participó en la guerra contra las tropas de intervención norteamericanas y su influencia fue decisiva en la historia contemporánea de Nicaragua, aunque nunca llegó a formar un verdadero movimiento general que dominara la creación y organización política de ese país. Su medio era el de los pequeños propietarios.

Los problemas con Estados Unidos habían comenzado desde 1911, aunque la intervención abierta se da a partir de 1926 hasta la firma de la paz en 1933. Alrededor de este hecho, este personaje carismático, Sandino, había logrado formar una pequeña tropa y agrupar a un grupo numeroso de personas para los cuales se había convertido en líder que les representaba sus anhelos de la búsqueda de una vida mejor y ascenso social. Su influencia fue mayor en el pensamiento político por haber dado cuerpo a ideas y conceptos como los de sociedad justa, nación y soberanía nacional.

Ese líder-caudillo a pesar de sus continuos fracasos, logró mantener a sus seguidores con la esperanza de la liberación y consiguió achacar sus reveses a los sectores más conservadores y a la ocupación de Estados Unidos. No obstante, la figura de Sandino se comienza a apagar cuando se disuelve la confrontación con el país invasor, para resucitar a partir de su muerte, que le da un nuevo sentido a su figura y su imagen cobra fuerza mítica en las posteriores generaciones. Su asesinato se debió, a

pesar de que se difuminó su caudillaje, a que ya era una figura que entraba a la historia . Así se crearon las bases para su renacimiento doblando su significado y misticismo en los años sesenta.

Así como se ha señalado que un acontecimiento como la revolución crea un mito, también se han inventado a lo largo de la historia, mitos personalizados como el caso de Augusto Cesar Sandino. Aquí tenemos sin duda “un mito político, porque dio sentido a una política” – y porque causó lo que V. Wunderlich expresó– : ‘Lo increíble era que el mito revolucionario se tornara elemento creador de consenso en la sociedad nacional’ (lo que significa que Sandino creó) “la identidad política en una sociedad política fomentando así su integración”⁶⁹.

Se podría escribir mucho sobre la vida de este guerrillero. Sin embargo, aquí quiero destacar sobre todo sus nexos con México y lo que significó para él en su lucha por la liberación de su país de las “garras” del imperio.⁷⁰

Augusto Calderón fue su nombre de nacimiento el 18 de mayo de 1895; después lo cambió al adoptar el apellido de su padre, don Gregorio Sandino, (un agricultor acomodado), ya que era hijo natural de una sirvienta campesina india. La letra C de su apellido materno Calderón, lo transforma por el nombre de Cesar – “por sus sueños de grandeza”– después de una lectura sobre los clásicos, sorprendiéndose de que el primer emperador romano se llamaba Augusto.

Su padre lo envió a estudiar a Managua y aunque su educación formal no fue muy amplia, tuvo muchas inquietudes de carácter intelectual. Sandino había estado participando en política dentro del Partido Liberal, pero en 1920, después de una pelea personal sale de su país hacia Honduras y Guatemala y llega a Tampico, México, en 1923.

En su nuevo lugar de residencia se contrató con las empresas norteamericanas South Penn Oil Company y en la Huasteca Petroleum Company, lo cual hace suponer que ese fue el motivo por el que tuvo la oportunidad de cruzar varias veces hacia Estados Unidos. Esa fue la causa principal por la que Sandino vivió de manera directa el intervencionismo “yanqui” en México, hasta 1926, año en que regresa a su país a petición de su padre, por el mismo motivo: la intervención norteamericana en su nación

⁶⁹ R. Zimmering, “El mito de Sandino y los mitos modernos”, (vid. nota n. 52).

⁷⁰ La mayoría de los datos bibliográficos fueron tomados de Neill. Maculay, *Sandino*, EDUCA, San José, Costa Rica, 1966, 346 pp.

centroamericana a causa de la insurrección liberal contra el régimen del entonces presidente Chamorro.

A pesar de los altos salarios pagados a los trabajadores petroleros, comparados con los que se pagaban en Nicaragua, fluían entre ellos las diversas doctrinas sociales, a lo que Sandino no fue indiferente a pesar de que no participó, por lo menos de manera abierta, en las luchas políticas de los sindicalizados. Por eso mismo sus “patrones” lo consideraban “un empleado laborioso, sobrio y capaz”. Nunca se le consideró radical, “antes bien, su espíritu propendía al misticismo y a la metafísica; era más aficionado a la intuición que a la razón”⁷¹. En Tampico, se hizo masón y se afilió a asociaciones teosóficas y espiritistas. También ahondó en historia antigua, yoga y Adventismo del Séptimo Día. Pero al final, el nacionalismo latinoamericano fue su credo.⁷²

En México encontró el orgullo de sus ancestros indios (por su madre); se identificó con Simón Bolívar y creyó que él podría proseguir la obra del héroe sudamericano. Ya en su país alardeaba de haber “militado 11 años al lado de Pancho Villa” –por supuesto que no era cierto, ya que cuando Sandino llegó a México, Villa ya había sido asesinado–, pero lo que demuestra es la admiración que logró despertar el revolucionario mexicano en él.

Con el dinero que ahorró en México, se dedicó a comprar armas en Honduras para llevarlas a su país y en octubre de 1926 logró equipar una tropa. A principios de 1927 era ya reconocido como general constitucionalista. Su lema era “El Bienestar de la Patria” y siempre andaba en busca del “hombre nuevo”: “Me decidí a luchar, comprendiendo que yo era el llamado para protestar por la traición a la Patria”⁷³.

Fue el secretario de Estado de Estados Unidos, Frank Kellogg, quién en 1927 lo calificó de forajido a él y a sus hombres, sin darle mayor importancia aparente a su rebelión. Pero en muchas partes del hemisferio, le manifestaron el apoyo a sus actividades, entre ellos José Vasconcelos, Víctor Haya de la Torre, Gabriela Mistral. Para el año de 1928, las diferentes ligas comunistas anti– imperialistas, lo respaldaban, mientras que los marines consolidaban gradualmente su control en el mayor parte del país.

⁷¹ *Ibidem*.

⁷² *Ibidem*, pp. . 64–65.

⁷³ *Ibidem*, p. 74.

Ante el ambiente de revuelta y la desesperación, en enero de 1929, Sandino le escribió al presidente de México, Emilio Portes Gil, pidiéndole permiso para visitar el país y tener una entrevista con él. Todo ello se hizo a través de los representantes mexicanos que actuaban en su nombre. Uno de ellos, el capitán Paredes, le informó que el presidente le daría armas y municiones, además de autorizarle el viaje. Sandino permaneció en México alrededor de seis meses. Llegó el 25 de junio de 1929 primero a Veracruz y luego fue confinado en Mérida y todo parece indicar que fue el embajador de Estados Unidos en México, Morrow quién llegó a un acuerdo con Portes Gil para permitirle al rebelde estar en México, pero sin que llegara a la capital. Durante su estancia en Yucatán siguió dirigiendo desde allí a sus huestes nicaragüenses, pero se enfrentó a una serie de conspiraciones en México, entre ellas, las del Partido Comunista con las que se enemistó, entre otros, por rehusar a someterse a sus dictados.

Fue hasta enero de 1930 cuando se entrevista con el presidente Portes Gil y aunque no se sabe exactamente que habló con él, por lo menos se llevó el prestigio que le daba a su causa la reunión. Hay varias fuentes que señalan que sí hubo ayuda del Presidente a Sandino, pero que ésta no fue de manera abierta por la misma relación con Estados Unidos. Incluso tiempo más tarde, se supo que su representante en México, el doctor Zepeda, compraba pertrechos norteamericanos en este país.

En abril de ese año, Augusto Cesar desapareció de México y regresó a su país. Curiosamente, ello no agradó a los comunistas mexicanos: “El general Augusto Sandino, líder nicaragüense, fue acusado hoy por los comunistas mexicanos de haber traicionado la causa del antiimperialismo mundial y de haberse vuelto a Nicaragua a ‘venderse al mejor postor’⁷⁴. Sandino y la Internacional Comunista habían roto para siempre. Sin embargo, Agustín Farabundo Martí, el guerrillero comunista salvadoreño ante el paredón de fusilamiento en febrero de 1932, y que en algún tiempo fungió como secretario del General, dijo antes de su muerte: ‘La bandera de Sandino era sólo la bandera de independencia, de emancipación’...‘Solemnemente declaro que el General Sandino es el patriota más grande el mundo’⁷⁵.

⁷⁴ *Ibidem*. Tomado del *New York Times*, 30 de mayo de 1930, p. 6.

⁷⁵ Gregorio Selser, *Apuntes sobre Nicaragua*, CEESTEM, Nueva Imagen, México, 1981, pp.86–87.

Sandino siempre rechazó la ideología comunista a pesar de haber recibido cierta ayuda de sus representantes. Su bandera siempre fue nacional y de libertad para Nicaragua y para toda Hispanoamérica: 'Este movimiento es popular, decía el General, y 'preconizamos un sentido de avance en las aspiraciones sociales'⁷⁶.

En varios de los discursos de Sandino, durante los años que siguieron de su lucha, siempre se refirió a la "no intervención... en ninguna de las repúblicas indohispanas, respetándose su soberanía o independencia, y promover su acercamiento más fraternal que nos solidarice en el común vivir libre de los pueblos de este Continente",⁷⁷ principios completamente identificados con los de la política exterior mexicana.

Durante los años siguientes, recibió ayuda del presidente Plutarco Elías Calles, quien de una manera discreta, continuó enviando ayuda a los guerrilleros, por lo que Sandino remitió "(...) un mensaje cordial de saludo y de agradecimiento a todos los países de la América Latina y a todos aquellos que han apoyado moralmente nuestra causa durante estos años, especialmente México y la Argentina"⁷⁸.

El 1 de enero de 1933, el doctor Juan Sacasa tomó posesión de la presidencia de Nicaragua y Anastasio Somoza García se hizo cargo de la Guardia Nacional; a partir de entonces, comenzó la desocupación norteamericana y hasta que se fueron, Sandino puso fin a la guerra. Sin embargo, él seguía siendo una amenaza para los intereses norteamericanos, por lo que después del aparente retiro del General de la escena bélica, el 21 de febrero se comete su asesinato. El jefe de la Guardia Civil, dos años más tarde, en 1936, asume el poder después de derrocar al presidente. En 1956 el dictador fue asesinado, pero el somocismo no fue acabado y el país pasó a manos de sus hijos, primero Luis y después el otro Anastasio.

Fue durante los años 60 que Carlos Fonseca hizo renacer un mito con la creación del Frente Sandinista de Liberación Nacional, FSLN, que conectó su creación con la muerte de Sandino, contando la historia de la complicidad entre Somoza y los Estados Unidos. "La obra de Sandino interrumpida por su asesinato tenía que ser completada". Para ello surgía el FSLN que debía enfrentarse y defenderse de los intereses de la gran

⁷⁶ Macaulay, *Op.cit.* p. 300–301

⁷⁷ Carlos Fonseca, *Ideario Político de Augusto Cesar Sandino*, Departamento de Propaganda y Educación Política del FSLN, managua, 1984, p. 41.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 41.

potencia. Ello dio forma sincrética al “poder sandinista popular”, según expresión de Fonseca. De la historia se borraron los apelativos de caudillo, bandolero o de todo lo que implicara el desvío del naciente mito. De sus largas luchas, el Frente deducía la justificación de su existencia como vanguardia.

“La sociedad impotente de verdad no es la amenazada por la revolución, sino la incapaz de ella”

Samuel Huntington

2.4. Otra gran revolución: la sandinista

El Comandante Carlos Fonseca, Jefe de la Revolución Popular Sandinista, “con vocación de militante que busca la raíz de la opresión del pueblo en la historia”,⁷⁹ sistematizó el pensamiento de Sandino, dándole continuidad a la obra iniciada, reviviendo la fuente de experiencias políticas y militares acumuladas por el héroe guerrillero. Fonseca no vivió para presenciar el triunfo de su lucha, que junto con otros guerrilleros emprendieron en los años sesenta, pero a él se le debe que a la vuelta de los años, el sandinismo habría de ser fundamental para la unión del pueblo nicaragüense para la toma de poder por parte del FSLN.

A partir de entonces, el Frente se sintió heredero y perfeccionador de la Revolución sandinista y durante su ascensión a movimiento y después a partido político, Sandino “guió” su camino dándole sentido a la nueva comunidad política. Ya en el periodo de estabilización, se convierte en punto de referencia para la legitimación del poder político.

Durante la formación del mito, el centro de atención no era tanto el Sandino histórico–real, sino más bien aquello en lo que lo habían convertido diversas descripciones como las de Fonseca de “guerrillero proletario”; adjetivo éste último que por cierto no correspondía a la mentalidad del insurgente, puesto que no comulgaba con las ideas comunistas. Es por ello que después se encuentran claramente las

⁷⁹ Departamento de Propaganda y Educación Política, FSLN, Managua, 1984, (s.p.).

divergencias entre las diferentes facciones del FSLN, por las concepciones políticas de Sandino, inspiradas en los ideales latinoamericanos y la influencia de las teorías revolucionarias y de lucha de clases de los teóricos marxistas.

“El mito por un lado se aleja del objeto de origen, se orienta hacia el presente y juzga a partir de las necesidades de “ahora”, sin ser capaz de retroceder en la Historia. No tiene ni principio ni fin, puesto que a través de sus alegorías defiende su exigencia de eternidad. Las distintas épocas y los tiempos fluyen en el mito para unirse y convertirse en un único tiempo ⁸⁰.

Dentro de la invención de la modernidad, ha surgido un debate no acabado acerca del tiempo. Hay muchos tiempos sociales y en las sociedades no modernas, el tiempo transcurre sin prisas, como sucedió en los primeros ochenta años del siglo XX, en que se ajustaba de manera más lenta o más rápida de acuerdo a ciertas circunstancias y ocasiones, porque era parte de nuestra tradición. Hoy día el tiempo se mide de otra forma y ha corrido de manera vertiginosa. El tiempo ha sido un factor de modernidad ⁸¹ y de posmodernidad.

Para el mito existen distintos niveles de la realidad. Cassirer dijo ‘El mito carece de toda barrera fija meramente imaginada, la imagen y el objeto en sí’ ⁸². El FSLN lo volvió a crear, nombrándolo su predecesor “progenitor” espiritual y en definitiva sacralizándolo como figura fundadora. Aquellos hechos como su lucha contra las tropas de intervención norteamericana “se elevaron al reino de lo divino”. De esta manera se fortaleció la voluntad de lucha de la población nicaragüense en contra de la política de enfrentamiento de Estados Unidos, creyendo que el tiempo, no había variado desde la época en que vivió Sandino.

Muchos hechos como la Toma de la Bastilla en Francia, o del Palacio de Invierno en Rusia, que no sobrevivieron en la memoria colectiva por sus efectos potenciales (puramente políticos), sino por su relación con la constitución de identidad o sentido; por su valor simbólico ⁸³. Yo agregaría entre otros, la entrada de Madero a la ciudad de

⁸⁰ Zimmering,. “El mito de Sandino” *Op. Cit.*, (s.p.).

⁸¹ Cf. T. Schiel, “La idea de la modernidad y la invención de la tradición: como la universalidad produce la particularidad y viceversa” en Lander, *Op. Cit.*, p. 65.

⁸² Zimmering,. “Los mitos en la política...” *Op.Cit.* (s.p.).

⁸³ Cf. Zimmering, “El mito de Sandino...” *Op. Cit.* (s.p).

México, el desembarco del “Granma” en las costas cubanas y la toma del Palacio Nacional por los sandinistas en 1978.

Samuel Huntington hace un recuento de lo que para él han sido las grandes revoluciones de la historia que se produjeron, o bien en monarquías tradicionales muy centralizadas (Francia, China, Rusia) o en dictaduras militares de base estrecha (México, Cuba) o en regímenes coloniales (Vietnam, Argelia). Todos estos sistemas político mostraban poco o nula capacidad para ampliar su poder y ofrecer caminos para la participación en política de nuevos grupos. Es posible, –señala– que el hecho más importante y evidente, pero al mismo tiempo el más negativo, en cuanto a las ‘grandes revoluciones’ triunfantes, sea el que no ocurren en sistemas democráticos.

Cuando el autor citado escribió *El orden político en las sociedades de cambio*, (1968), todavía no se producía la Revolución nicaragüense. Con seguridad, él la hubiera incluido en su catálogo de las *grandes revoluciones*, tanto por las causas que la produjeron, como por los resultados políticos obtenidos.

Nos dice el autor, que es frecuente que se traten de diferenciar las ‘grandes revoluciones’ –sociales y económicas– de las que ‘sólo’ son políticas. Pero en la práctica los más importantes resultados de las grandes revoluciones se dan precisamente en la esfera política, o tienen relación directa con ella.

La Revolución sandinista, se dio en el orden político de una sociedad de cambio: el cambio por sí mismo como elemento de modernidad, o de modernización en la concepción huntingtoniana, y sus consecuencias: la apertura política a la democracia y la inserción de Nicaragua a una nueva dinámica regional y mundial.⁸⁴

Como se ha reiterado, toda revolución es moderna, porque “una revolución es un cambio rápido, fundamental y violento en los valores y mitos dominantes de una sociedad, en sus instituciones políticas, su estructura social, su liderazgo y la actividad y normas de gobierno”... “para decirlo con más exactitud, la revolución es característica de la modernización. Es una forma de modernizar una sociedad tradicional ...”⁸⁵.

⁸⁴ Para S. Huntington la modernización es un proceso multifacético que implica una serie de cambios en todas las zonas del pensamiento y de la actividad humana. Los principales aspectos de la modernización, ‘urbanización, industrialización, secularización, democratización... no se dan en forma aislada o casual’.

⁸⁵ En este caso tradicional lo interpreto como atrasado y no en el sentido que lo he estado usando como elemento de modernidad. Huntington, *Op. Cit.*, p. 236.

La revolución es la expresión final modernizadora –continúa Huntington– la creencia de que el hombre tiene el poder de dominar y cambiar su medio, y que no sólo posee la capacidad, sino además el derecho de hacerlo, pero sólo el hombre moderno acepta la posibilidad de cambio y cree en su necesidad ⁸⁶.

Como observa Hanna Arendt, ‘ la violencia es tan poco adecuada como el cambio para la descripción del fenómeno de la revolución; sólo cuando el cambio se produce en el sentido de un nuevo comienzo, cuando la violencia se utiliza para constituir una forma de gobierno distinta en todo sentido, para producir la formación de un nuevo cuerpo político... solo entonces podemos hablar de revolución’ ⁸⁷.

De cierta forma, estamos hablando del derecho a la revolución que en el siglo XX, los hombres se arrogaron como una forma de impulsar sus propios proyectos de modernidad. El pueblo nicaragüense tomó para sí entrar a una etapa de modernidad donde pudo, como lo demostró, ser capaz del cambio, capaz de enfrentar la violencia o producirla con tal de modificar su medio e intentar una nueva forma de vida y convivencia política.

No obstante, la revolución no puede ocurrir en cualquier tipo de sociedad, en cualquier periodo de la historia. No es una” categoría universal”, sino más bien un “fenómeno históricamente limitado”. No se da en sociedades muy atrasadas, con niveles muy bajos de complejidad social y económica. Ni se produce en las sociedades muy modernas, aunque no quiere decir que el solo proceso revolucionario no responda a un acto de modernidad. Como otras formas de violencia e inestabilidad, lo más probable es que ocurra en sociedades que han experimentado cierto crecimiento, y donde los procesos de modernización y desarrollo político se encuentran retrasados respecto de los de cambio social y económico.⁸⁸

Para Huntington, el orden político en las sociedades en desarrollo se refiere al ideal de un orden, no a la realidad de esas sociedades. Es por eso que al analizar las revoluciones, su preocupación primordial se resume en una tesis central: “la causa de la violencia e inestabilidad política que experimentan las sociedades en desarrollo es, en

⁸⁶ *Idem.*

⁸⁷ *Ibidem*, p 237.

⁸⁸ *Idem.*

gran medida, resultado del rápido cambio social y de la veloz movilización política de nuevos grupos en un contexto de lento desarrollo de las instituciones políticas”⁸⁹.

De acuerdo a estos análisis en que la que casi todos los estudiosos del tema coinciden, en lo que compete a Centroamérica y en especial a Nicaragua, –como sucedió previamente a la Revolución mexicana–, la crisis se deriva de que hubo expansión económica, pero no progreso para la población; hubo transformaciones, pero no cambios estructurales; se produjeron cambios sociales, pero se mantuvo el estancamiento político; entretanto los problemas aumentaron su incidencia.

Pese a una expansión económica, el tipo de crecimiento hizo a las economías centroamericanas más abiertas pero más vulnerables, incluso más dependientes. El crecimiento económico casi duplicó el producto por habitante, pero la marginación aumentó. Este proceso fue acompañado por una significativa urbanización, por la expansión de los servicios públicos y la ampliación de la red de infraestructura, sin que existiera una reforma agraria⁹⁰; En pocas palabras se había entrado a un proceso de modernidad incompleta.

El mismo Huntington nos dice que la modernización es la que abre los cauces de la inestabilidad y lo que produce el desorden político, no es la ausencia de modernidad, sino los esfuerzos por lograrla. “Los focos de violencia y extremismo dentro de los países son las zonas en vías de modernización y no las que mantienen su estructura tradicional”⁹¹.

A todo ello, a Centroamérica le correspondió como regímenes políticos, sistemas autoritarios en cuyo centro estuvieron los militares. La desigualdad social, así como la constante exclusión de la participación política y la prohibición a organizaciones opositoras, fueron las que dieron origen a los movimientos insurgentes que contaron con una vasta base sociopolítica. Además hubo que agregar la permanente intervención de Estados Unidos. Nicaragua ha sido una sociedad atrasada que ha existido al margen de la periferia del sistema capitalista: “Todo viene a ser el resultado de conflictos no resueltos, de problemas creados por el crecimiento económico nunca satisfechos, de reivindicaciones políticas permanentes pospuestas, de derechos reiteradamente

⁸⁹ *Ibidem*, p. 7.

⁹⁰ Cf. Pedro Vuskovik, “Centroamérica: Crisis regional y disyuntivas para la paz y el desarrollo” en Rodrigo Jauberth, *La triangulación Centroamérica–México–EUA ¿Una oportunidad para el desarrollo y la paz?*, San José, Costa Rica, PACCA, 1990, p. 135–136.

⁹¹ Huntington, *Op. Cit.*, p.51.

violentados. La noción de crisis como acumulación de problemas sólo es cierta a medias, porque el límite no es estructural sino político”⁹².

Sin duda, la situación de crisis no necesariamente genera una situación revolucionaria en la mayoría de los casos, pero en el de Nicaragua, surgió como un desafío de la costumbre de la opresión, por lo que se hacía necesaria una ruptura como la que se dio en 1979, dando lugar a otra “gran revolución”.

El vacío de poder que se había generado en los años inmediatos a la Revolución, vino a ser llenado por el liderazgo del Frente Sandinista de Liberación Nacional (1961), derrotado en varias ocasiones, que llevaría una existencia grupuscular, hasta reorganizarse en 1973. Mientras tanto, en 1971 se fortalece el partido en el poder, el Conservador, a través de varias alianzas y por consiguiente el somocismo.

No obstante, se empezaron a registrar algunos hechos que van a ser los fundamentales para el resquebrajamiento del sistema político imperante: los efectos sociales del terremoto de 1972 (corrupción y robo de la ayuda internacional de la Cruz Roja por parte del gobierno), la permanente inconformidad de la sociedad y la persistencia de los sandinistas, el asesinato en 1978 de Pedro Joaquín Chamorro, el aliento de otros movimientos revolucionarios en otros países, y la simpatía de naciones que habían atravesado por un proceso similar en otras épocas. Dentro de estas últimas se encontró México.

⁹² Torres Rivas, *Op. Cit.*, p. 40

***“La Historia no es como sucedió,
sino como alguien la cuenta”.***

3. Nicaragua en el cambio de la política exterior

En este capítulo se entrelazan la política exterior de México con la toma del poder del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua.

Hasta entonces, México, fiel a sus principios, no se había pronunciado directamente en apoyo a los movimientos revolucionarios de Centroamérica. Fue la seria crisis de la región y en particular la lucha contra la dictadura somocista, las que desencadenaron el cambio de actitud hacia la lucha revolucionaria.

La ideología de la Revolución mexicana, el principio de solidaridad, la búsqueda de la justicia y la democracia, fueron los principales argumentos que el gobierno mexicano asumió para pronunciarse a favor de la Revolución sandinista.

El apoyo de México partió asimismo de la concepción de que siendo una “potencia media” con enormes recursos petroleros, era su obligación coadyuvar al éxito de otra revolución, a través de su cooperación modernizante en los principales campos económico, político y financiero.

De esta forma, la modernidad de la política mexicana se manifestó a través de una “nueva” y “activa” participación que se traslada a impulsar los cambios en esa nación itsmeña.

A pesar de la vecindad geográfica y de los vínculos históricos y culturales de México con Centroamérica, el periodo más intenso de acercamiento con esa región, parte precisamente del apoyo manifiesto a la revolución sandinista de Nicaragua.

Las precarias condiciones económicas, políticas y sociales del Istmo, frente al auge petrolero mexicano que hizo sentir al gobierno que ya el país había pasado a ser una “potencia media”, fueron los factores determinantes del cambio de política exterior de México.

El activismo desarrollado en la política internacional dio un vuelco pero en este caso hacia Centroamérica que va a ser su “leit-motiv” existencial frente a Estados Unidos

principalmente. Las causas revolucionarias de los centroamericanos tuvieron una resonancia especial ideológica en el subconsciente arraigado de los mexicanos, de sentirse iniciadores de los movimientos sociales del siglo XX; movimientos que persiguieron, como lo hizo la Revolución mexicana, la transformación de la sociedad y la búsqueda de la justicia.

Al derivarse los principios tradicionales de política exterior de la revolución mexicana, éstos van a ser considerados como modernos, puesto que surgieron del cambio mismo que produjo la revolución. Por consiguiente, todo país que siguiera los mismos pasos para “librarse de sus opresores” tenía que tener un reconocimiento del Estado mexicano, como fue el caso de la revolución de Nicaragua.

México volcó principalmente hacia ese país –después lo hará en menor medida hacia la guerrilla en El Salvador–, toda la cooperación que sus recursos le permitieron para apoyar el desarrollo nicaragüense como una medida modernizante.

Sin embargo, las condiciones de inestabilidad política y la búsqueda de la consolidación de la paz en el ámbito interno, no permitieron que Nicaragua progresara hacia otro estadio de desarrollo, ya que además, tenía que hacer frente a factores externos como fue la contrarrevolución auspiciada por Estados Unidos y respaldada por países vecinos.

Tuvieron que plantearse alternativas de solución a la guerra generalizada en el área y una de ellas fue la que propuso México a fines del gobierno de José López Portillo y que meses después sería retomada con otra perspectiva por su sucesor, Miguel de la Madrid y avalada por otros países de Latinoamérica.

3.1. El contexto centroamericano

Como se había señalado previamente, la importancia del Istmo centroamericano para México ha variado en las diferentes etapas históricas de ambas zonas. Es entre 1979 y 1988, cuando alcanza el clímax de la interrelación, que abarca dos periodos presidenciales mexicanos; los tres últimos años y medio de José López Portillo y los seis de Miguel de la Madrid.

En virtud de los “nuevos” tiempos en el mundo que se comenzaron a vivir en los años ochenta y los cambios que produjeron en América Latina, destacan sin duda alguna los relativos a las exigencias de democratización inclusive en el marco del concepto de seguridad nacional, que hasta esos momentos, no había tenido el peso o la importancia como para que

los gobiernos mexicanos se ocuparan de él pensando en el exterior; se habían limitado sustancialmente, a considerarlo dentro de sus fronteras.

No se puede pasar por alto que Estados Unidos estaba atravesando por un periodo de “reafirmación” y recuperación de su lugar entre las grandes potencias, sobre todo que a partir de los años setenta, se hablaba de su declive mundial, lo que sin duda contribuyó para su injerencia en los asuntos centroamericanos vinculados con México.

Olga Pellicer señala que las acciones internacionales que el Presidente López Portillo tomó con relación a Centroamérica tuvieron varias interpretaciones; desde calificarla de irresponsable para conquistar influencia regional, a calificarla de retórica nacionalista y revolucionaria para satisfacer a los grupos de izquierda, como un elemento excepcional y un episodio audaz de la diplomacia mexicana. Sin embargo, dice, se dejaron a un lado dos aspectos fundamentales; el primero es que el apoyo a los movimientos revolucionarios no era inesperado; al contrario, se inscribe dentro de las líneas tradicionales de la diplomacia mexicana y responde a nociones de seguridad e interés nacional, y el segundo, que la acción mexicana en Centroamérica incluye también acciones en el campo de la cooperación económica y financiera.⁹³

Esto coincide plenamente con ese rescate del pasado como “gran tradición”, que en un momento dado, se convirtió en línea modernizante, a partir de que el apoyo ideológico revolucionario, se transforma en una cooperación real, tangible, en todos aquellos sectores que permitirían a Centroamérica, avanzar en su desarrollo y ayudar a que la violencia y la inestabilidad se erradicaran.

Es importante señalar que hay, en efecto, un cruce entre los temas de seguridad e interés nacional por parte de México en su apoyo al istmo centroamericano y su relación con Estados Unidos. De hecho, hay muchos estudiosos que han analizado este periodo de los ochenta con una visión de relación triangulada, e inclusive, focalizan el área como el espacio de confrontación entre los dos vecinos del norte.

México, que había comenzado a dar toda su cooperación de manera incondicional, esperaba que su participación ayudara a frenar los conflictos centroamericanos y a “reducir gradualmente la presencia en la región de las ‘hegemonías de uno y otro signo’”. Esta

⁹³ Cf. Pellicer, “Política hacia Centroamérica e Interés Nacional en México” en *Centroamérica, crisis y política internacional*, S XXI-CECA-CIDE, México, 1982, p. 227.

posición de López Portillo era congruente con la postura tradicional de la política exterior, de no alinearse con ninguno de los bloques, como una forma de apartarse de los conflictos internacionales y no ser blanco de la lucha Este–Oeste. Es lo que indujo a la creación de la Conferencia Permanente de Partidos Políticos, COPPPAL, –organización creada a instancias del PRI, junto con los partidos considerados de izquierda y revolucionarios latinoamericanos– a tratar de encontrar una “tercera vía”, la latinoamericana, con el decidido apoyo de México, basado en su nacionalismo revolucionario, “tesis sumamente amplia como para ser reinterpretada a la⁹³ luz de la realidad de cada país, pero independiente de las grandes potencias”⁹⁴.

Por otro lado, una de las situaciones que permitieron al presidente López Portillo actuar en forma tan convencida, fue el apoyo de las fuerzas armadas mexicanas que no se identificaban con los ejércitos centroamericanos; de hecho, se sentían más avanzados ideológicamente y su convicción de ser institucionales, tuvo un peso enorme en la voluntad de respaldo a la política exterior en Centroamérica.

Con todo, no dejó de ser curiosa la línea que quiso marcar México con respecto a las dos grandes potencias, desde la posición de sentirse una potencia intermedia, que podía influir decisoriamente en el conflicto URSS–EE.UU. Por otro lado, dio la impresión que protegía a Centroamérica para que no transitara por los mismos problemas que México ya había vivido en y después de su revolución; o sea, tener la permanente injerencia del vecino del norte en sus procesos internos.⁹⁵

No obstante, el escenario centroamericano se complica por situaciones tanto de carácter interno como externo. Por su parte, los nuevos gobiernos de Costa Rica y Venezuela dejaron de apoyar a los insurrectos de la subregión y además estaba la escalada de la revolución en El Salvador, que si bien desde hacía muchos años venía atravesando una seria inestabilidad, se agudizó ante la toma de posesión del presidente estadounidense Ronald Reagan en enero de 1981.

⁹³

⁹⁴ Ojeda, *El surgimiento de... Op.Cit* También confrontar los documentos de la reunión de la COPPPAL celebrada en Oaxaca, México, en octubre de 1979 (documento interno del PRI).

⁹⁵ Habría que recordar que durante la Revolución mexicana, EE.UU. intervino de manera notoria e inclusive manejó a varios países latinoamericanos, para que participaran en los procesos de paz durante la presidencia de Venustiano Carranza.

Es en ese mismo año, ocurrió lo que para muchos fue una “digresión” de la política exterior de México, como la calificó el propio Mario Ojeda. El 21 de agosto, México emitió un Comunicado conjunto con el gobierno de Francia, presentado ante las Naciones Unidas, en donde “se solicitaba que se advirtiera la representatividad que tienen, como fuerza política para negociar, las organizaciones revolucionarias salvadoreñas”. Las reacciones no se hicieron esperar. En el medio internacional, se consideró como fuera de lugar, con el consabido malestar por parte principalmente de los Estados Unidos y de los gobiernos centroamericanos a excepción del nicaragüense, ya que se consideraba como una intervención en los asuntos internos; además de que participaba una potencia extra continental, algo especialmente delicado y sensible para la historia latinoamericana. Quienes sí aplaudieron el Comunicado, fueron por supuesto los miembros de la guerrilla salvadoreña y los sandinistas, así como otros grupos insurgentes de la zona.

En el ámbito nacional, las posiciones fueron encontradas por las mismas razones. Sin embargo, las de algunos sectores políticos partidistas, especialmente los del PRI, apoyaron, por no decir que de ahí salió la propuesta, la declaración conjunta y felicitaron al Presidente por tal hazaña. Se consideraba una vez más, que tal acción empujaría a acuerdos de paz entre las partes beligerantes.

La influencia que ejerció el PRI, fue determinante como “diplomacia” de partido subsumido en el gobierno, para el apoyo a los movimientos de El Salvador y principalmente en el caso de Nicaragua y con posterioridad en las negociaciones de paz de Guatemala. Ello no debe de extrañarnos, ya que como se mencionó en otro espacio, este partido se sintió heredero de la revolución mexicana.

En el caso de El Salvador, la revolución nunca pudo concretarse ante la falta de un real y completo apoyo popular. Aunque México nunca rompió relaciones con el gobierno de ese país, su presencia se vio vulnerada por el incidente diplomático ya señalado. En los siguientes años, México apoyó al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) principalmente como representativo de la oposición al gobierno militar. En ese tiempo, tuvieron lugar numerosas reuniones entre las partes, muchas de ellas en territorio mexicano, con el fin de llegar a los acuerdos de paz que fueron simbólicamente firmados en el Castillo de Chapultepec en enero de 1992.

Con respecto a Guatemala, también la violencia se había recrudecido y México recibía cada vez más a refugiados de ese país. La posición gubernamental de esa nación, aunque no de manera directa, temió que la actitud de México con respecto a la guerrilla salvadoreña se repitiera reconociendo a los guerrilleros guatemaltecos, cosa que no llegó a suceder, aunque las relaciones diplomáticas con Guatemala se complicaron.

El conflicto guatemalteco que para entonces ya llevaba más de 20 años, nunca cuajó como cambio revolucionario. Se dio asilo a los revolucionarios “pero no auspiciaba santuarios” en territorio mexicano para ellos. Estas guerrillas nunca tuvieron el peso suficiente como en los dos casos anteriores. “O tal vez el hecho de que la contigüidad territorial hizo necesariamente, que los problemas fueran cualitativamente distintos, que presionó hacia una política más pragmática que de principios”⁹⁶. Con todo, para finales de 1982, México había aceptado a un total de 30,000 refugiados. Entre 1981 y 1983, se establecieron 60 campamentos y en el último año señalado, se alcanzó la cifra de 100 mil refugiados, que de acuerdo con Fernando Solana, este fenómeno presentó una complejidad singular, que ejerció presiones adicionales sobre la estabilidad económica y social principalmente de los estados sureños de México.⁹⁷

También México fue uno de los mediadores con los rebeldes, reunidos alrededor de la Unión Nacional Revolucionaria Guatemalteca (URNG), hasta que oficialmente se puso fin al conflicto, con la firma del Acuerdo de Paz Firme y Duradera, en el Palacio Nacional de Guatemala, con la participación de la ONU, el 29 de diciembre de 1996, sin que necesariamente se hubiera resuelto de manera satisfactoria, como lo reflejó el hecho de que gran parte de los refugiados guatemaltecos en México, prefirieron quedarse en este país, aún muchos años después— ante las amenazas en el suyo, sobre todo a la población indígena.

Con Honduras, las relaciones nunca fueron fáciles, por el sentimiento de su población, extendido a toda Centroamérica, de los “intereses hegemónicos regionales” por parte de México y por el papel que le ha tocado vivir de ser el centro de la “contra” nicaragüense y

⁹⁶ M. Ojeda, *El surgimiento...Op.Cit.* p. 153

⁹⁷ Fernando Solana, “Balance y Perspectivas del Decenio de 1981–1990”, p. 558. Sobreiro de *La política internacional de México en el decenio de los ochenta*, compilación y prólogo de César Sepúlveda, FCE, México, 1994.

centro además, de las operaciones militares norteamericanas para combatir a los sandinistas.⁹⁸

Honduras además, había tenido una serie de guerras con Nicaragua, agudizadas las confrontaciones por la misma revolución sandinista, por lo que nunca vio con simpatía el acercamiento de México. En muchos sentidos, las relaciones mexicano–hondureñas, habían sido distantes en el trato, aunque por ejemplo, Honduras no se benefició del Pacto Petrolero de San José, porque rechazó la presencia de nuestro país en los proyectos que se derivaban del mismo. El analista hondureño Rodolfo Pastor, escribía que:

“Para México, Nicaragua es una protegida y la revolución sandinista es la hija consentida en quien ha invertido recursos y esperanzas y en la que quiere ver –dígase lo que se diga– una emulación y una confirmación de la revolución mexicana que, en última instancia, sigue siendo la justificación histórica del actual régimen mexicano. Una Nicaragua promotora de confrontaciones y alineada con la URSS es un peligro inmediato para la región y, a largo plazo, un obstáculo para la integración centroamericana –única esperanza para la independencia económica del istmo– pero mientras se logra un acuerdo de convivencia pacífica regional, Nicaragua no pone en peligro la estabilidad de México ni trae inconvenientes a su gobierno. Y al gobierno mexicano tampoco le resulta del todo escandaloso que el Frente Sandinista pretenda subordinar totalmente a la oposición política interna. Para México, después de todo, Nicaragua representa un problema teórico, de principios jurídicos y planteamientos ideológicos”⁹⁹.

Con Costa Rica, las relaciones habían sido de estabilidad y sin ningún sobresalto; es más, se podría decir que no había una política –exterior mexicana– especial hacia esa nación, si no que estaba inmersa en el conjunto de las relaciones con Centroamérica.¹⁰⁰ El propio perfil de ese país, conocido por su práctica democrática y sin ejército, además de su historia y su tendencia más europeizante, no dio pauta para seguir los pasos de sus vecinos.

⁹⁸ Anteriormente, durante la gestación del conflicto de Nicaragua, Honduras también hospedó a los sandinistas, pero a diferencia de los gobiernos de Costa Rica o Panamá, el hondureño, se “hizo de la vista gorda”. Fue la población civil, la prensa y los universitarios principalmente, los que acogieron a los guerrilleros).

⁹⁹ Rodolfo Pastor, “Las Relaciones entre Honduras y México, en M. Ojeda, (comp) *Las relaciones de México con los países de América Central*, pp. 117–131. La cita es más que evidente de la visión que había de la participación de México en Nicaragua. El autor, recoge en su artículo escrito en 1985, toda una serie de datos importantes de otros renglones de la cooperación entre ambos países, cuando el gobierno sandinista estaba en su pleno apogeo.

¹⁰⁰ Cf. José Antonio Hernández García, “Las relaciones entre México y Costa Rica”, en *Ibidem*, pp. 75–90.

Su relación con México comienza a cambiar a partir de los conflictos del istmo en la década de los setenta y tiempo después, durante el sexenio lópezportillista algunos políticos y miembros de partidos costarricenses establecen estrechas relaciones con los dirigentes del PRI, al grado tal, que se acusó a este último de “exportar” sus métodos electorales a Costa Rica y de influir de manera directa en los comicios internos de ese país. Mucho hubo de cierto en cuanto a la injerencia del Revolucionario Institucional en los procesos internos, puesto que en Centro América este instituto político era realmente admirado por la forma “nacionalista” y revolucionaria” con la que sus gobiernos emanados de él seguían gobernando a México.

Más adelante y dada la tradición costarricense, se entiende que el presidente de ese país, Rodrigo Carazo Odio, se hubiera acercado a México a solicitar su participación más directa en el proceso revolucionario nicaragüense, en la inteligencia de que eran las dos “únicas democracias” de la subregión y que ambas podían aportar elementos para su pacificación. De ahí esa inicial aproximación que va a unir a dos gobernantes en un propósito común, pero que después se van a distanciar las dos naciones, (ya habiendo otros presidentes), por las divergencias en los medios de buscar una solución política a la crisis centroamericana. Hay que volver a señalar, que el territorio costarricense, fue uno de los bastiones sandinistas y que fue su centro principal de operaciones junto con Panamá.

Con respecto a este último, en especial durante la época de Omar Torrijos, el país del Canal que no se consideraba centroamericano y que por lo tanto se sale de una mención más profunda de sus relaciones con México durante los años iniciales de toda esta crisis, jugó un papel central como refugio y tierra de complot contra Somoza. En los años siguientes, Panamá va a ser fundamental en el proceso de paz, ya que inclusive fue sede de la primera reunión de lo que va a ser el Grupo Contadora.

Hay quienes pensaron que la política exterior mexicana en los casos señalados era, simplemente, el resultado de una especie de “nostalgia revolucionaria”¹⁰¹. En toda esta relación de México con las naciones centroamericanas, en los años de 1979 a 1982, la cooperación económica y financiera aumentó considerablemente con respecto a los años anteriores. A través de este apoyo, pretendió ayudar a modernizar las estructuras económicas de la región, como una forma de que los países del área, salieran del gran bache de la pobreza y se incorporaran a una nueva dinámica regional y mundial. Había el convencimiento

¹⁰¹ Cf. Ojeda, *El surgimiento... Op.Cit.*, p. 164.

de que así se evitaría la radicalización de posiciones, alejaría el fantasma del socialismo y que de esa forma, serían mejores socios a futuro, a través de una economía mixta como la mexicana.¹⁰²

Conforme pasaba el tiempo, México al comprometer cada vez más su política exterior con Centroamérica, continuaba exacerbando los ánimos norteamericanos y quiso comenzar a romper el cerco por lo que propone un “plan regional de distensión” el 21 de febrero de 1982 que identificaba tres nudos del conflicto y que involucraba nuclearmente a Nicaragua, El Salvador y las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Se esperaba con este Plan, reducir las tensiones y llegar a negociaciones de fondo. Así, en un discurso pronunciado por López Portillo en Managua, proponía:

“... no se trata de un plan global de paz para la región, que como tal difícilmente podría prosperar. Se trata de plantear por canales separados, aunque cercanos y posiblemente convergentes a mediano plazo, los mecanismos de negociación, de intercambio de concesiones y de formalización de las mismas, que puedan ser conducentes a un clima de distensión”¹⁰³.

Dicho Plan sugería tres canales de acción: la continuación del diálogo Cuba–EE.UU. que ya había propuesto previamente México; una solución negociada para El Salvador; y una serie de pactos de no agresión entre Nicaragua y Estados Unidos por una parte y entre Nicaragua y los vecinos por otra. México se ofrecía como ‘comunicador’ como se le dominó de manera oficial.

Las reacciones fueron variadas: Nicaragua y Cuba se manifestaron a favor, con ciertas condiciones sobre todo en lo correspondiente a Estados Unidos; el presidente salvadoreño Napoleón Duarte, lo consideró como una intromisión, no así los revolucionarios, aunque el presidente fue derrotado poco después por la “derecha” lo que ocasionó que Venezuela se volviera a acercarse a los puntos de vista de México; EE.UU. lo tomó sin mayor entusiasmo, aunque ‘había convergencia de perspectivas’ por la relación entre las guerrillas entre ambos países –Nicaragua y Cuba –.

¹⁰² Para los efectos de esta investigación, consideré prioritaria la parte política sobre la económica, que está ampliamente consignada en las obras de casi todos los autores que han analizado esa época o son especialistas en Centroamérica. Sin embargo, más adelante detallo algunos indicadores como muestra de la relación. Cf. Gabriel Rosenzweig, “La cooperación económica de México con Centroamérica a partir de 1979. Perspectivas para los próximos años”, en O. Pellicer, (edit), *La política exterior de México: desafíos en los ochenta* , CIDE, México, 1983, pp. 235–272.

¹⁰³ *Ibidem*, p. 145.

En esos momentos, parecía inminente otra guerra entre Nicaragua y Honduras, por lo que ambos enviaron una comunicación a las Naciones Unidas como una llamada de auxilio, para que los apoyara en una solución pacífica. Washington, ignorando el llamado de México y Venezuela, convocó para octubre de 1982, por su lado, a un Foro por la Paz y la Democracia en Costa Rica, excluyendo a Nicaragua, Guatemala y Cuba. Por lo mismo, México no aceptó asistir y el principal resultado del Foro fue “un llamado a poner fin al tráfico de armas y a la exportación de la subversión, así como para el retiro de asesores militares extranjeros en la región’. Además, “el interés del gobierno mexicano parecía radicar, fundamentalmente, en mantener la libertad de aplicar el proyecto de desarrollo nacional sin tener que pensar en reforzar el gasto de seguridad en el sector militar, que distraería del objetivo central de desarrollo interno” ¹⁰⁴.

Este Plan de hecho tuvo el mérito de haber sido el que dio origen al Grupo Contadora, en el que reunió inicialmente las voluntades entre México, Venezuela, Colombia y Panamá. Con ello, lo que se observaba, era una actitud muy pragmática y que se debía entender en efecto, como un cambio en el manejo de la política exterior, independientemente del factor ideológico.

Es importante comprender que esta propuesta de México, se inscribió en la evolución de su política exterior hacia estadios más activos y novedosos como salir de un unilateralismo a un multilateralismo, anticipándose tal vez, a las corrientes globalizadoras que buscan acuerdos regionales como una forma de enfrentar las crisis, en este caso, políticas.

En su momento, ni López Portillo imaginó que semejante propuesta estaba sentando un precedente con alcancen mayores.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 145–148.

3.2. Nicaragua como punto focal

A partir de los años cincuenta, Nicaragua comenzó a sufrir una legendaria dictadura de la familia Somoza que se había adueñado del patrimonio de la nación por lo que “no se podía distinguir nítidamente cuál era la función del Estado y cuál el comportamiento de esa familia” al grado tal que no había partidos de oposición y cuando alguno diferente se conformaba y pretendía competir, el dictador en turno de esa familia siempre era el beneficiario indiscutible. Los militares y el ejército estaban a su servicio y cumplían más bien el papel de custodios de la familia¹⁰⁵.

El pueblo no había tenido la capacidad de organizarse para crear una oposición fuerte que aunado a sus precarias condiciones económicas y sociales, pudiera combinar tanto los factores objetivos como los subjetivos para haber creado un movimiento que hubiera cambiado su *status quo*.

De ahí la importancia de la participación del clero insurgente que a través de comités eclesiales creados en las zonas más depauperadas del país, lograron comenzar a formar núcleos organizacionales que fueron el importante preámbulo y sostén durante los años del triunfo del movimiento revolucionario. La influencia del clero progresista y de los teólogos de la liberación a través de escuelas de “conciencia” y centros de estudio, fue decisiva. Gracias a ellos, en su momento el Frente Sandinista pudo encontrar grupos organizados si no para la toma del poder, por lo menos para buscar transformarlo a consecuencia de su descontento.

“Aún en esas fechas incipientes, cuando se funda el FSLN en 1961, ya se planteaba la lucha armada para obtener el poder político, la democratización y el progreso de Nicaragua... era más una evocación que una estrategia...”¹⁰⁶. Con esos planteamientos aunque en ese momento fueran utópicos, ¿quién podría dudar que lo que buscaba un movimiento revolucionario era parte de la modernidad si hasta el siglo XX fueron los objetivos que perseguían los países que son o que buscan ser modernos?

Sin embargo, las condiciones no habían madurado como para pensar en hacer una realidad de esa utopía. Pero por naturales circunstancias de su nacimiento, el Frente cometió un sin fin de errores originados por la razón más elemental para cualquier organización de ese

¹⁰⁵ Robinson Salazar Pérez. *Universidad de México*, Nueva Época, Revista de la UNAM, número 617, noviembre 2002, pp. 13–21.

¹⁰⁶ *Idem*.

tipo: no tener una estructura militar por lo menos igual que su opositor, el ejército somocista. De ahí las estrepitosas derrotas de los siguientes años y en especial entre 1966 y 1967.

Al no contar con elementos reales de poder y ante lo avanzado del descontento, situación que empezó a ser aprovechada por los ideólogos del Frente, se buscó incorporar con cierto éxito a otros sectores de la sociedad aparte de los famosos comités eclesiales tanto en la ciudad como en el sector rural como campesinos, pequeños y hasta grandes propietarios, intelectuales y estudiantes..

Una vez tenida una base más amplia de apoyo, el FSLN lanzó en 1969 un amplio programa que fue su “presentación ante la sociedad”. Con ello demostraba que había avanzado sustancialmente en sus propósitos y que desde su conformación oficial había madurado. Su contenido fue, como se podrá observar, los grandes temas que anticipaban, o por lo menos así se creía, un futuro plan de gobierno que satisfaría a la gran mayoría del pueblo y que por otro lado, no dejaba dudas de los fines que perseguía un movimiento revolucionario:

- Revolución agraria
- Legislación laboral y seguridad
- Gobierno revolucionario y honestidad administrativa
- Emancipación de la mujer y respeto a las creencias religiosas
- Política exterior independiente y solidaridad internacional
- Ejército patriótico popular
- Eliminación de la Guardia nacional
- Unidad centroamericana.

Todos estos puntos fueron un factor favorable para irse ganado la voluntad popular y para continuar recibiendo apoyos internos en el exterior, así como de recursos de gobiernos y movimientos revolucionarios de otros países.

Desde la estrategia de combate, el Frente, por su organización y conformación, fue obteniendo espacios ya comenzada la década de los setenta (70–74) y la presión sobre la Guardia Nacional comenzó a sentirse mucho más pesada por su misma conformación y organización. Durante este lapso tuvo lugar un fenómeno muy interesante que fue definitivo en los siguientes años de lucha: la conformación de un ambiente determinado y de la conciencia de pertenencia a un movimiento único. La ciudadanía se asume como sandinista,

ya que cada persona, grupo o corriente, comenzó a participar de manera decididamente activa y mucha gente sin conocer ni siquiera al FSLN. “La pertenencia sandinista que pregonaba la sociedad no era militante sino simbólica” ¹⁰⁷. Aquí pudo más la respuesta a la represión de Somoza que se había intensificado, combinada con el mito del legendario líder guerrillero, Sandino.

Pero como todos estos procesos, no hubo un camino exclusivamente ascendente para el FSLN. Entre 1976 y 1977 sufrió una terrible derrota al ser abatidos dos de sus principales dirigentes, miembros de la Dirección Nacional, Carlos Fonseca quien había rescatado el espíritu de Sandino para plasmarlo en un movimiento antidictatorial y de Pedro Arauz Palacio. A raíz de la muerte de ambos, se concretaron tres divisiones del Frente: la proletaria, la que se pronunciaba por una “guerra popular prolongada” y la del sector tercerista o insurreccional. Estas tres ramificaciones se justificaban oficialmente por cuestiones de estrategia de lucha y organizativas, aunque es sabido que principalmente se debieron a los choques por los liderazgos y de personalidad de quienes los sustentaban

Y así surgió también el “Grupo de los Doce”, la fracción que pretendía contrarrestar la radicalización del FSLN. “Fue precisamente este Grupo el que logró sumar a toda la representación social y política de la clase media y del sector empresarial que no había sido incorporado a los beneficios de la clase en el poder” ¹⁰⁸.

En 1978 prácticamente toda la sociedad nicaragüense estaba identificada con el FSLN. ‘*Todos contra Somoza*’ fue el grito que los aglutinó. La magnitud del apoyo recibido y la fuerza indiscutible de la lucha, obligaron a las diferentes fracciones rebeldes a negociar un pacto de unidad. Año preñado de muchos acontecimientos siendo el más emblemático el de la toma de el Palacio Nacional por el famoso “comandante Cero” – de origen mexicano– en el mes de agosto. A partir del pacto de unidad de los diversos grupos, se pudo concretar la insurrección final, desafiando bombardeos aéreos, tanques, bombas, hasta que el 19 de julio de 1979 las columnas guerrilleras entraron triunfantes a Nicaragua.

Aún así, Estados Unidos buscó detener la llegada del FSLN al gobierno y después de no encontrar apoyo entre los países latinoamericanos ya que inclusive pretendió que la Organización de Estados Americanos –OEA– enviara a las fuerzas multinacionales, buscó

¹⁰⁷ *Idem.*

¹⁰⁸ *Idem.*

sustituir al huidizo Somoza por un presidente interino, Francisco Urcuyo, quien renunció a las 24 horas de ser nombrado presidente de la República de Nicaragua.

De esta forma las riendas del país las tomó la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional –JGRN– cuyas primeras medidas fueron emprender la reconstrucción nacional. La más importante, reestablecer la confianza de la población después de que la dinastía Somoza había dejado un saldo de 50,000 muertos.

A causa de la Revolución nicaragüense los conflictos en el istmo centroamericano que para la década de los ochenta ya tenían muchos años de existencia, se dieron a conocer en el mundo. Este fue el factor que cambió el curso de la política mundial de las dos grandes potencias en América Latina, durante los diez años que duró el gobierno emanado del sandinismo y el surgimiento de la llamada “nueva” política mundial mexicana.

La proliferación de los movimientos de izquierda en Centroamérica contrastaba con la política de seguridad nacional de Estados Unidos y con la existencia de gobiernos militares e inclusive civiles que no aceptaban ningún cambio en la región. Desde su inicio, el movimiento sandinista marcó las relaciones internacionales de muchos países. Mario Ojeda da su punto de vista sobre el porqué de la decisión mexicana que rompe con la tradición de más de sesenta años:

“El 20 de mayo de 1979, el presidente López Portillo anunció sorpresivamente su decisión de romper relaciones con el gobierno nicaragüense de Somoza. Este rompimiento de relaciones era una importante desviación de la política exterior tradicional. En primer lugar porque la medida iba dirigida contra un gobierno establecido y llegado al poder mediante un proceso electoral... de dudosa legitimidad, pero ésta no era razón suficiente para el rompimiento, dado lo común de ese hecho en América Latina y aún en México... Al no apoyar su decisión en el origen del gobierno sino en sus actos, México se apartó de su tradición de no calificar las acciones de otros gobiernos. En opinión del gobierno mexicano, la violación reiterada de los derechos humanos y un evidente genocidio hacían necesario aislar diplomáticamente a Somoza para precipitar su caída. Otra desviación de la política tradicional fue ir más allá de una acción unilateral y embarcarse en una campaña de proselitismo entre los países de la región para que se sumaran al bloqueo en contra de Somoza. Parecía que

México estaba dispuesto a sacrificar su tradicional orientación juricista por el compromiso político abierto, y el Departamento de Estado norteamericano advirtió el cambio”¹⁰⁹.

Las hipótesis que maneja Ojeda sobre lo que originó la decisión de López Portillo, coinciden plenamente con las de otros autores como Olga Pellicer con las cuales concuerdo: a) que durante el proceso, en los primeros años de la administración de López Portillo, el gobierno fue tomando conciencia del riesgo para México, de la inestabilidad de Centroamérica y b) el presidente se sintió impulsado por su entusiasmo y apoyado en la recién adquirida importancia petrolera¹¹⁰.

Una tercera hipótesis eje de esta investigación, fue el peso mitológico moderno que representaba la revolución institucionalizada del siglo XX y sobre el cual se trató en el capítulo precedente. López Portillo como ferviente defensor de la Revolución mexicana, aún reconociendo sus fallas y los errores cometidos a la sombra de la misma, sumó varios factores alrededor de la revolución como las hipótesis arriba señaladas, para creer que debía apoyar a los sandinistas como una forma de impulsar los cambios democráticos en América Latina. En diciembre de 1980, en una entrevista del canciller Castañeda, confirmaba que: “La mejor prueba de que la determinación que tomó el Presidente de romper relaciones con Nicaragua fue oportuna y por lo tanto eficaz, fue que dos meses después ocurrió la caída de Somoza y el triunfo de la revolución. Contribuyó al efecto político que se buscaba: el aislamiento político y diplomático del régimen de Somoza. Cumplió este propósito por su oportunidad: fue el momento adecuado, no antes, no después”¹¹¹.

Si tal acción significó un desprendimiento de la línea seguida hasta ese momento por los diferentes gobiernos mexicanos –principalmente de la Doctrina Estrada– ello condujo a la modernización de la política de tradición, a activarla y a que esa tradición dejara de entenderse como aislamiento. Cabe destacar de la cita anterior, el manejo del momento que hace Castañeda, que se inscribe dentro de la importancia del tiempo en un proyecto moderno

¹⁰⁹ M. Ojeda, *Las relaciones de México... Op. Cit.* p. 19.

¹¹⁰ Hay otras causas reales, como los contactos previos que había tenido el presidente López Portillo con el gobierno venezolano de Carlos Andrés Pérez y el convencimiento por parte del presidente de Costa Rica, Rodrigo Carazo Odio, de apoyar a los sandinistas, ante lo que significaba para las causas progresistas el término del mandato del presidente de Venezuela. Omar Torrijos, de Panamá, también había otorgado apoyo a los revolucionarios nicaragüenses y Fidel Castro, quién se había entrevistado sorpresivamente en Cozumel, previamente el 17 de mayo con López Portillo, se supone le dio su “aval” cuando fue consultado ante la ya tomada decisión del presidente mexicano.

Tal decisión fue anunciada durante el banquete oficial ofrecido al presidente de Costa Rica, en Cancún.

¹¹¹ Revista *Proceso*, diciembre de 1980.

y sobre todo, el impacto de la acción lo que justifica el “rompimiento de la tradición”. En pocas palabras, el fin justificó los medios.

Ya antes, el año previo al triunfo, en 1978 en que se recrudece la guerra en Nicaragua con los ataques y los bombardeos por parte del gobierno, con los consecuentes resultados sobre poblaciones indefensas y el asesinato masivo de la población civil, el gobierno mexicano propuso en la Reunión de Consulta de la OEA del 23 de septiembre, la condena a Somoza. Aunque no prosperó la moción por un voto, ello demostró una vez más, la voluntad de México en contra de la guerra y en la defensa de los derechos humanos ante las torturas y matanzas indiscriminadas, así como por los arrestos en masa.

Un mes más tarde, dentro de los apoyos que en ese año dio México a los insurrectos, fue el asilo que concedió a los miembros del “Grupo de los Doce”, una de las tres facciones de la oposición integrante del Frente Amplio Opositor, FAO, y cuyos principales dirigentes fueron después funcionarios del nuevo gobierno, quienes no estaban de acuerdo con un plan propuesto por el embajador de Estados Unidos, que incluía, entre otros, la salida de Somoza de Nicaragua con toda su familia.

Sergio Ramírez, uno de los famosos miembros del “ Grupo de los Doce”, narra que al sentir que el dictador recobraría terreno político, decidieron abandonar el FAO –que sí estaba de acuerdo en negociar con Somoza– y asilarse en la embajada mexicana. Ya para entonces, el gobierno mexicano había retirado a su embajador y al frente se encontraba el encargado de Negocios que junto con su esposa , identificados con las causas de los asilados “no pocas veces fueron más allá de los límites de su función diplomática”. En una casa contigua, también propiedad de la embajada, vivían asilados más de 200 jóvenes, a los que se les alimentaba diariamente con provisiones que llegaban desde México en avión especial.

Cuando Somoza les negó a los integrantes “Grupo de los Doce” el salvoconducto para viajar a México, el 18 de diciembre decidieron dejar el asilo y salir a la calle una vez más a continuar lo que en “términos políticos también fue una guerra de guerrillas”. En enero de 1979, Somoza desconoció una vez más sus compromisos entre los que se encontraba realizar un plebiscito para saber si continuaba o no al frente del gobierno.

Un día antes del triunfo revolucionario, el presidente López Portillo envió el avión presidencial “Quetzalcóatl II” a San José, Costa Rica, donde se encontraba parte del gabinete del nuevo gobierno sandinista, que lo condujo el 19 de julio de 1979 a Managua, donde las

columnas rebeldes tomaban la capital. En el mismo contexto de apoyo, es importante mencionar el que dieron todos los voluntarios, muchos de ellos mexicanos y de otras nacionalidades, que se enrolaron en las filas rebeldes, fuera de los compromisos gubernamentales.¹¹² Es conocido, asimismo, que después de 1979, muchos de esos mexicanos continuaron participando en el gobierno revolucionario.

Ya en mayo de 1979, una de las figuras centrales de la política nacional, Fidel Velázquez, líder de la Confederación de Trabajadores Mexicanos, CTM, declaró que “estaba dando apoyo económico a los exiliados nicaragüenses” (sandinistas). A principios de 1980, Manuel Buendía, periodista mexicano asesinado años más tarde, escribió que el gobierno de López Portillo ‘proporcionó a los rebeldes nicaragüenses una ayuda mucho más sólida, amplia y efectiva de lo que se ha confesado ahora’¹¹³.

A partir de entonces, el gobierno mexicano asume casi como suyas la lucha y las transformaciones que se comienzan a producir a consecuencia del triunfo sandinista. Por una parte, ello se enmarcaba en el sesgo de su relación con Estados Unidos y la visión que cada uno tenía de su política hacia el área centroamericana; por otro lado, la presencia de Cuba se hizo más patente, ya que previamente el gobierno de Fidel Castro había reconocido a las diversas facciones que se unieron en el FSLN.

Este apoyo de México fue más que evidente si se compara con lo sucedido frente a otros conflictos revolucionarios centroamericanos. En el caso de Nicaragua, la revolución se va a convertir en gobierno con el antecedente de que contaba con el apoyo de dos países considerados como democráticos, Costa Rica y Venezuela, pero lo más sobresaliente, es que el gobierno estadounidense de James Carter, le había retirado su apoyo a Somoza.¹¹⁴

3.2.1. La cooperación modernizante

Uno de los principios tradicionales de la política exterior tiene que ver directamente con el reconocimiento de la igualdad entre los Estados, independientemente de su tamaño o desarrollo. México siempre había sido reconocido por alentar formas de respeto,

¹¹² Sergio Ramírez, en su libro *Adiós Muchachos. Op. Cit.*, hace un recuento pormenorizado de su visión de la revolución, como uno de sus principales protagonistas

¹¹³ Columna Red Privada, *Excélsior*, México, 29 de enero de 1980.

¹¹⁴ Cf. René Herrera, “Las relaciones entre Nicaragua y México en M. Ojeda (comp.) *Las relaciones de México... Op.Cit.* pp. 143–151.

entendimiento y cooperación y ello ineluctablemente redundaría en una constructiva relación bilateral. En la medida que se favoreciera a otro país de menor desarrollo, se estarían conciliando intereses comunes y apoyando una mejor convivencia internacional.

La vinculación de México con otros países se formuló respetando sus particularidades internas, sin menoscabo de que decidiera continuar o no la relación con tal o cual país. Los años que nos están ocupando en este análisis, privilegian los esfuerzos multilaterales; sin embargo, ello fue posible porque México mantuvo un comportamiento apegado a sus principios tradicionales y fomentado sus relaciones bilaterales que en un momento dado, fueron la manifestación del interés de México en otras naciones.

Una de las líneas más importantes de la “nueva” y activa política exterior en la que ha creído firmemente el Estado mexicano tanto a nivel bilateral como multilateral, es precisamente la cooperación. Gran parte de sus estrategias hacia el resto del mundo, en particular hacia los países menos desarrollados, la dedicó a buscar sustancialmente eso: la cooperación internacional para el desarrollo.

En las décadas posteriores, este tipo de cooperación la consideró indispensable como una forma de reducir las diferencias entre las naciones ricas y pobres e inclusive como un mecanismo Sur–Sur, que buscaría equilibrar los niveles de desarrollo entre los mismos países subdesarrollados.

En el caso de Centroamérica, México llevó sus propósitos a hechos concretos, sobre todo con la clara idea que, a través de la cooperación, se reducirían las tensiones ocasionadas por las mismas desigualdades económicas y que se agudizaban cada vez más, a causa de las guerras, generando más pobreza.

Ese fue el motor que movió a México a dar una preferencia como nunca antes a sus vecinos sureños fronterizos, con un trato especial hacia Nicaragua, por los motivos que ya se han estado exponiendo: su identificación con la revolución sandinista y como una alternativa a que Nicaragua buscara su propia vía de desarrollo con los recursos de la cooperación, dentro de un proyecto modernizador, que le permitiera innovarse económica, social y culturalmente. Desde el punto de vista económico, una Nicaragua revolucionaria se identificaba más que una que mantuviera las estructuras políticas “premodernas” y que no se pudiera complementar con una más avanzada y de economía mixta como la mexicana.

La cooperación que ofreció el Estado mexicano, se inscribió con una visión de extenso alcance y pensada a largo plazo, que si bien no logró completar su ciclo, se debió a circunstancias extra regionales; pero su motivación fue indiscutiblemente, la de participar en la inserción de la región centroamericana y en especial de Nicaragua, a un proyecto de modernización que le permitiría vivir entre iguales buscando superar su pobreza y sus limitaciones económicas, bajo su proyecto también de modernidad que le había dado el triunfo revolucionario.

Muchos fueron los programas y acuerdos de cooperación económica para esos años, pero por las mismas condiciones, no es fácil enumerarlas ya que se dieron en una forma desordenada y la mayoría de las veces sin programas previos establecidos; la ayuda se daba en los momentos en que se solicitaba y ante las urgencias de las circunstancias. El entonces embajador de Nicaragua en México, Aldo Díaz Lacayo, apreciaba mucho esa disposición de México pero consideraba que no era adecuado en esos momentos “establecer un mecanismo para coordinar y planear la ayuda que México presta a su país”. Aún así, se formalizaron algunos proyectos. “Los hechos siguieron al discurso”¹¹⁵.

Entre julio de 1979 y 1982, cuando se inicia la crisis de la economía nica, México se constituyó en el líder del soporte económico del sandinismo e inclusive hasta se incrementó este apoyo durante algunos años más. Durante ese periodo, Nicaragua recibe, entre préstamos, líneas de crédito y donaciones, un total de 1 552.7 millones de dólares, volumen impresionante de recursos para un país como ese. Del total de 417 millones de dólares que los países del mundo proporcionaron a Nicaragua en líneas de crédito, México otorgó 65.4 millones (31.7%); del total de 261.6 millones de donaciones, el gobierno aportó 43.0 millones (16.5%); sólo en el rubro de préstamos, 873.5 millones provenientes de países y organismos internacionales, corresponden a México, 25.8 millones (3%). En total, durante los primeros meses del sandinismo, México proporcionó sin incluir el petróleo, una suma de 133.8 millones de dólares, aunque todo parece indicar que la factura petrolera no fue cubierta por Nicaragua

¹¹⁵ Entrevista citada por G. Rosenzweig, “La Cooperación económica México– Centroamérica” en O. Pellicer (edit.) *La política exterior... Op.Cit.* p. 270.

en esos años. La deuda acumulada de Nicaragua con México –incluida la petrolera– llegó, a fines de 1982, a los 450 millones de dólares.¹¹⁶

Otros datos del Fondo Internacional para la Reconstrucción del Gobierno nicaragüense, señalan que las donaciones en efectivo y en especie de México, fueron únicamente superadas por Cuba; en préstamos bilaterales sólo por Libia y la Unión Soviética. Estados Unidos por supuesto que no aparece en esta cooperación y sus “inversiones” fueron posteriores principalmente para apoyar a los “contras”. Las líneas de crédito que otorgó después, de poca monta, estuvieron condicionadas una vez que el gobierno sandinista se fue legitimando y se suspendieron durante la época de más violencia, en gran parte financiada por este país, para reanudarse incipientemente a partir de 1990 con la caída del sandinismo.

Una buena cantidad de esos recursos mexicanos provenían de: toneladas de material y equipo para la reconstrucción de los sistemas telefónicos, telegráficos y de microondas; activos de la empresa mexicana que estaba establecida en Costa Rica y que operaba para toda Centroamérica, FERTICA– Nicaragua (fertilizantes); equipos de radio–recepción e impresión para el censo de población que se llevó a cabo en 1983, así como toneladas de papel y material gráfico.¹¹⁷

El Banco de Comercio Exterior, le abrió cuatro líneas de crédito para la adquisición de diversos productos como automóviles, autobuses y diversos equipos de transporte; para medicamentos y equipo médico; para fertilizantes y funguicidas; para otro tipo de manufacturas.

Con el Programa de Cooperación Energética, Pacto de San José, aparte del petróleo mismo y los significativos créditos, se ofreció asistencia en los diversos aspectos de la industria petrolera, equipo para perforación de pozos geotérmicos y un convenio de intercambio técnico en geotermia y en generación de energía hidroeléctrica. La importancia de este Programa radicó también en la cuantía de los recursos involucrados, la ausencia de condicionalidades y el carácter capitalizador, de largo plazo de los fondos, lo que lo colocó en el primer sitio entre los diversos esquemas de ayuda externa en la región centroamericana.

¹¹⁶ Las fuentes principales son: René Herrera, *Op. Cit.*, G. Rosensweig, *Op. Cit.* y documentos internos de la Subgerencia de Relaciones Públicas de Conasupo, México, 1982, así como de periódicos de ese mismo año (*Excélsior* y *El Nacional*).

¹¹⁷ Estos datos y algunos subsiguientes, fueron corroborados con informes internos de la Dirección general de Crédito de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público de los años 1982–83.

En el terreno de la producción agrícola y la alimentación, México prestó asesoría en muchos de los campos, enviando inclusive de manera permanente, a técnicos y especialistas hasta para capacitarlos en la elaboración de proyectos. Se les asesoró en la formación de una empresa tipo Conasupo (Compañía Nacional de Subsistencias Populares) para regular el abasto de alimentos de consumo básico y se otorgó un importante número de becas para estudiantes nicaragüenses.

Dentro de los proyectos agroindustriales destacan la coinversión para la empresa de participación mixta “Productora Forestal del Noroeste de Nicaragua, S.A.”, para promover la producción de granos básicos. Con motivo de una temporada de fuertes lluvias, la empresa sufrió graves daños por lo que México entregó importante cantidad de maíz, trigo, y arroz a las autoridades nicaragüenses, para la siembra de un millón de hectáreas y a consecuencia de las inundaciones, se dio ayuda médica y de otros técnicas para la reconstrucción de caminos, puentes y viviendas.

Como lo apreció el que fue el embajador de México en Nicaragua, ingeniero Gilberto Ruiz Almada, en el último tramo de la gestión pública sandinista:

“... en la parte material, la transferencia de recursos económicos es muy importante; después esto fue liquidado, me parece que en el gobierno del licenciado (Carlos) Salinas, pero... el mayor apoyo que reciben ellos (los sandinistas) de México, es el apoyo político, la inspiración... México era un cajón de recursos de todo orden...y aunque no fue el único país que los apoyó. Una de las cosas más importantes y podemos pensar que la concreción más grande se da en el campo educativo. El apoyo material para los programas de educación popular... y todo ello me lo contó el padre Fernando Cardenal, jesuita, que era el ministro de Educación... él era también coronel, había varios, no todos nicaragüenses, pero todos jesuitas... ‘que México tenía en Nicaragua un número muy importante de helicópteros, que estaban para un propósito concreto y que el programa ya se había terminado’ y entonces él (Fernando), le dijo al Presidente López Portillo en “Los Pinos” <Señor Presidente: el problema de alfabetización está cumplido, ha sido un éxito, pero hemos tenido que prolongar las jornadas y la temporada de lluvias está por empezar y ... no podremos sacar a los muchachos de las aldeas... permita que los helicópteros permanezcan quince días más, veinte más, para

sacar a todos los alfabetizadores de los sitios a donde han ido> y desde luego que López Portillo dijo que sí”¹¹⁸.

¹¹⁸ Entrevista concedida a la autora, el 2 de mayo de 2000. El embajador Ruiz Almada estuvo en la Misión diplomática en Nicaragua, de 1987 a mediados de 1989.

Las exportaciones mexicanas tuvieron un incremento sustancial y casi la mitad era de petróleo. En el área, Nicaragua pasó a ser el segundo socio comercial más importante, después de haber sido el último. Sin embargo, muchas de las exportaciones fueron adquiridas con financiamiento, aunque muchas no se pagaron y años más tarde el gobierno mexicano condonó la deuda. En cuanto a las importaciones, éstas disminuyeron a causa de la paralización del aparato productivo por la misma reconstrucción del país.

En otros campos se les asesoró a los nicaragüenses para la renegociación de su deuda externa y se les avaló frente a la banca internacional. De naturaleza muy distinta fue la de médicos mexicanos, enfermeras y vacunas, así como el préstamo de un helicóptero para una campaña de vacunación masiva contra el sarampión y la poliomielitis. También se firmaron acuerdos en materia laboral y de planificación.

En este caso, México mantuvo un bilateralismo muy activo, a pesar de que fue denostado por varios países que no comprendieron la doctrina mexicana de cooperación hacia Nicaragua. Estos apoyos fueron un sustento muy importante durante los diez años que duró el gobierno sandinista, ante una situación de total deterioro de su economía. Por ello, uno de los ministros de Agricultura centroamericanos que presenció de manera muy directa toda la cooperación de nuestro país, afirmó que México estaba dando “insumos para la paz”.

Lo que vale la pena reiterar, es que toda esta cooperación de México se rigió por consideraciones distintas a las meramente comerciales o económicas. Su importancia radicó, aparte de lo material, en alentar a un nuevo gobierno y apoyar a un pueblo que era objeto de hostilidades que no le permitían consolidar sus esfuerzos de cambio.

No obstante, en los primeros años del gobierno de Miguel de la Madrid, la recesión internacional arrastró a prácticamente todas las economías del mundo y por supuesto a la mexicana y a las centroamericanas, las cuales vieron también decrecer sustancialmente sus ingresos por habitante. En el caso de Nicaragua, la situación se agudizó por los problemas mismos que implicaba la reconstrucción de un país que había estado tantos años en manos de la dictadura y porque el nuevo gobierno no podía hacer completamente frente a las circunstancias. Vale la pena dar un panorama general de la situación misma de la región.

El Mercado Común Centroamericano, que siempre había funcionado como factor compensador de las fluctuaciones de la demanda de los mercados foráneos, se hundió en un

proceso de franca involución y sus miembros debieron ajustar drásticamente sus compras al exterior arriesgando paralizar buena parte de las instalaciones industriales y acentuar el desempleo abierto de la mano de obra a niveles sin precedentes.

Por supuesto que en Nicaragua, la situación fue especialmente grave por la influencia de un conjunto de factores históricos y del momento que atravesaba. Sobresalen en primer término, los efectos de la destrucción de capitales físicos que se asociaron primero al terremoto de 1971 y, luego, a la misma lucha de liberación nacional. En segundo lugar, estaba la exigencia de sostener gastos de defensa ante la multiplicación de amenazas y acciones abiertas de intervención militar externa. Y por último, estaban las necesidades ampliadas de reconstruir la economía nacional y atender las demandas sociales largamente aplazadas combinadas con las que ofrecieron los sandinistas a su triunfo.¹¹⁹

Las limitaciones originadas en el sector externo nicaragüense se ilustran con unas cuantas cifras relevantes: las exportaciones de bienes y servicios se desplomaron en 405 por ciento entre 1977 y 1982. En el mismo lapso, hubo necesidad de frenar importaciones al máximo, incluyendo adquisiciones de insumos y bienes de capital, en un 22%, salvo las provenientes de países cooperantes por las propias condiciones en que las hicieron como fue el caso de México. Aún así, el déficit en cuenta corriente se duplicó, mientras el servicio de la deuda alcanzó a representar alrededor del 70% de los ingresos por ventas al exterior.

Ante ello, Nicaragua emprendió programas intensivos de sustitución de importaciones y de ensanchamiento de su base de exportaciones, cuyo objetivo era de cumplir puntualmente con sus compromisos externos, especialmente con los países que le otorgaban respaldo y cooperación. El objetivo de ello era avanzar en buscar la autosuficiencia alimentaria que garantizara los requerimientos esenciales de la población y se consideró extenderlo a la esfera de otros insumos básicos y a la producción de insumos agrícolas e industriales.

También se dio la más alta prelación al fomento de las exportaciones tratando de acortar el tiempo necesario para transformar el modo de inserción de Nicaragua a la economía internacional, en lo que México impulsó sobremanera al sector agropecuario de ese país, principalmente. Aquí la cooperación económica de países y gobiernos amigos revistió una función decisiva.¹²⁰

¹¹⁹ Lineamientos de política económica 1983– 1988, Gobierno de Reconstrucción de Nicaragua, Managua, 1982.

¹²⁰ La entonces Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos –SARH– hasta concluido el sexenio de Miguel de la Madrid, fue fundamental en la cooperación bilateral y multilateral sectorial que brindó a Nicaragua, como

3.2.1. El gobierno de la revolución sandinista.

De las primeras acciones que realizó la revolución triunfante, fue la nacionalización de las tierras y propiedades industriales de Somoza —40 por ciento de la economía— y sustituyó a la derrotada Guardia Nacional por el Ejército Popular Sandinista. Comenzó una gran campaña de alfabetización e intentó la reconstrucción de una economía devastada por la guerra.

Muy poco tiempo después del triunfo, las múltiples facciones opositoras y sus principales actores, comenzaron a tener diferencias internas las cuales habían sido superadas anteriormente ante el objetivo del derrocamiento de la dictadura militar. Aunadas a las causas externas como la confrontación Este–Oeste, el papel que estaba retomando los Estados Unidos en el mundo, su presencia omnipotente en América Latina y el inicio del declive en esa misma época de la Unión Soviética, se empezaron a presentar divergencias en el camino que tomaría el nuevo gobierno revolucionario.

Al inicio los objetivos de los sandinistas fueron poner en funcionamiento un Consejo de Estado pluralista, reafirmando su voluntad de conducir la transformación revolucionaria en un marco de participación democrática, pluralismo político, no alineamiento internacional, economía mixta, respeto a las libertades y derechos individuales.

A los pocos meses en el poder, algunos de los principales dirigentes tanto de la Junta de Reconstrucción Nacional como los miembros de la Dirección Nacional del FSLN, comenzaron a manifestar de manera abierta sus preferencias por una alineación al bloque soviético–cubano, “cuando la tendencia tercermundista iba en dirección de la moderación”. El colmo fue cuando en 1983, Humberto Ortega, Jefe del Ejército Sandinista sugirió “que Nicaragua permitiría a la URSS el desplazamiento de misiles nucleares en territorio nicaragüense, en clara alusión al camino que tomó Cuba para consolidarse en 1962”¹²¹.

Esta posición de alineamiento y la pronta radicalización del proyecto sandinista, fue lo que produjo en 1980 la inicial división de importantes miembros de la Junta de Gobierno y su salida de ella, como Violeta Barrios de Chamorro y Alfonso Robelo, miembros no sandinistas

puede observarse en los informes de esa dependencia durante esos años, localizados en la que fue la Dirección General de Asuntos Internacionales.

¹²¹ Nolan, David, FSLN “The ideology of the Sandinistas and Nicaraguan Revolution”, en Herrera, *Nicaragua. El derrumbe negociado. Los avatares de un cambio de régimen*, El colegio de México, México, 1994. pp. 59–61.

que no comulgaban con las ideas socialistas y sobre todo de alineación con el bloque socialista. La señora Chamorro, siempre argumentó que la Revolución sandinista había perdido sus cauces nacionalistas y se había apartado de los ideales de lucha de Augusto César Sandino.

En 1981, el presidente estadounidense Ronald Reagan, anunció su propósito de destruir a los sandinistas nicaragüenses y entre abril y mayo de 1982, se dio una importante defección de otro de los principales rebeldes, el viceministro del Interior, Edén Pastora, “el Comandante Cero”, miembro de la coalición antisomocista. Sus argumentos eran que se habían desplazado los objetivos nacionales, desarrollo económico y bienestar social, hacia objetivos internacionales, la derrota del imperialismo, que implicó la ruptura del proyecto revolucionario de amplio respaldo interno. De esa forma, “la unidad nacional fue sustituida como valor dominante de la acción política, por la unidad revolucionaria que se sustenta en una visión antihegemónica que toma lugar en la confrontación internacional” ¹²². Los objetivos nacionales, se trasladaron hacia el exterior y se privilegió la unidad revolucionaria sobre la idea de la unidad nacional.

Fue cuando 2,500 exguardias somocistas invadieron el país desde Honduras, financiados por Estados Unidos, lo que fue admitido por el Presidente norteamericano, calificándolos de “combatientes de la libertad”, conocidos como los “contras”, a pesar de su escaso respaldo del Congreso en 1983. A partir de ese momento se inició una guerra de hostigamiento y sabotaje económico que obligó al gobierno sandinista a mantener el estado de emergencia, establecer el servicio militar obligatorio e impedir cualquier forma de organización simpatizante con ese país. Ante la gravedad de la situación, un grupo de países entre los que se encontraba México, decidieron reunirse para buscar soluciones al conflicto y extender sus buenos oficios a toda la región alrededor de lo que va a ser más adelante el Grupo Contadora.

Confiados en su fuerza, al interior, los sandinistas presentaron su proyecto como la única solución de largo plazo a los problemas económicos, sociales y políticos y no basaron su legitimidad en la conservación de alianzas perdurables. “Mas bien, su preocupación por

¹²² *Ibidem.* p. 63.

consolidar el monopolio del poder y confiar en la fuerza militar y en el control burocrático 'para irse solos internamente' sobrestimando su poder" ¹²³.

A través de crear y ceder cotos de poder, se buscó unificar objetivos diversos entre las diversas tendencias dentro del sandinismo, que eran principalmente tres. Así, se repartieron las áreas de administración del desarrollo agropecuario, las actividades de seguridad y control policíaco y la del ejército y las agencias gubernamentales.

En cuanto a la "contra", nació por las diferencias mismas entre el mismo grupo en el poder, como aquellos, como ya lo mencioné, que no apoyaron un proyecto socialista e internacional, siendo que gran parte de ellos no tenía que ver con los grupos del pasado somocista.

Uno de los principales errores de los sandinistas, fue que a partir de las primeras divergencias no se percataron que ellos mismos estaban engendrando una nueva oposición. A partir de 1982 cuando surgen los nuevos movimientos armados dentro de Nicaragua, el ya presidente Daniel Ortega insistió en negociar directamente con los Estados Unidos, con la "seguridad" que le daba su fortaleza de poder. Después del fracaso de sus nueve encuentros bilaterales con Estados Unidos que tuvieron lugar, ocho en Manzanillo, México, y uno en Atlanta, EE.UU. entre junio de 1984 y enero de 1985, las relaciones entre ambos no se pudieron normalizar.

Ya desde 1984 el Congreso norteamericano había aplicado la primera ayuda pública a la "contra" y contrariamente a la opinión de los sandinistas, ésta no era una "banda", sino un grupo que fue creciendo cada día más. Para ese año ya contaba con 8,500 integrantes, especialmente campesinos y pequeños propietarios rurales y ya para 1987, llegó a alcanzar la cifra de 17,000 hombres armados. Su propia fuerza se extendió prácticamente a muchas regiones del país y se consolidó como un verdadero ejército controlado y financiado por Estados Unidos. Las fuerzas sandinistas llegaban al doble.

La "guerra de baja intensidad" de esos años, auspiciada por Washington, mermó ineluctablemente las reservas de los sandinistas, puesto que además la "contra" contó con el respaldo de los gobiernos de los países vecinos como Honduras, El Salvador y Costa Rica, principalmente. Así la oposición se localizó tanto dentro como fuera del país.

¹²³ *Ibidem*, p. 68.

Durante esos años, la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, reportó el encarcelamiento de miles de ciudadanos acusados de pertenecer a la contrarrevolución, cientos de desaparecidos y torturados y violaciones a los derechos civiles.

Por parte de los sandinistas, durante estos años también perdieron la vida o desaparecieron cientos de combatientes de sus filas, que originó que muchas de las familias de sus simpatizantes y la sociedad en general, cuestionara las bondades de la Revolución. Para ellos, la forma de llegar a la paz era manteniendo su propia defensa por la vía militar y mucho les costó aceptar la negociación al considerar que ella significaba claudicar en su lucha.

Como una salida a la crisis política y a las críticas del exterior, Nicaragua realizó elecciones en noviembre de 1984, en las que inicialmente participaron, además del FSLN, los partidos Conservador Demócrata, Liberal Independiente, Popular Social Cristiano, Comunista, Socialista y Movimiento de Acción Popular Marxista– Leninista, que como oposición después se dividieron y cuatro de esos partidos integraron la Coordinadora Democrática con la candidatura de Arturo Cruz (exmiembro de Junta de Gobierno) que finalmente decidió no participar.

En esa ocasión el FSLN obtuvo el 67 por ciento de los votos, de un padrón de 1 500 000 electores, de los cuales votó el 82 por ciento o sea 1, 230 000 millones de ciudadanos. A pesar de que la Coordinadora intentó restar legitimidad al proceso electoral, éste fue avalado por los observadores internacionales. Sin embargo, poco a poco la lucha de los opositores fue aceptando cada día más tanto en las filas de la guerra como en la vida política, al grado tal que al término del conflicto, la “contra” era una alternativa política organizada a la cual no se pudo vencer. Una vez reelecto Reagan, en 1985, declaró el bloqueo comercial a Nicaragua y el embargo a todos sus bienes fue lo que dio pie a un mayor acercamiento a los opositores sandinistas radicales.

En el curso del año de 1987 entró en vigor una nueva Constitución, aprobada el año anterior por la Asamblea Legislativa. En ella se establecía un sistema presidencialista, con mandato por seis años, elecciones presidenciales directas y representación legislativa proporcional. A pesar de varios desacuerdos entre los sandinistas, una vez más se postuló y salió electo presidente Daniel Ortega.

A pesar de la apertura, los problemas de la guerra no cesaban ni con la intermediación del Grupo Contadora. En ese mismo año, los gobernantes centroamericanos crean un ámbito de negociación propio con la participación de la ONU y la OEA, que será conocido como “Esquipulas”.¹²⁴ Mientras tanto, en Nicaragua se formó una Comisión Nacional de Reconciliación y el dirigente “contra”, Fernando Chamorro retornó al país, acogándose a la amnistía que había decretado el gobierno nicaragüense como una forma de reconciliación nacional y renunció a la lucha armada. Asimismo la censura de la prensa fue suspendida y la opositora Violeta Barrios de Chamorro reabre el periódico “La Prensa”, que años atrás había dirigido su esposo asesinado antes del triunfo revolucionario.

Dentro de las medidas más importantes que también se tomaron, fue la del cese de fuego unilateral en distintas zonas del país, aunque los “contras” continuaron las hostilidades. Desde el Acuerdo de Sapoá en marzo de 1988, como parte de las negociaciones de Esquipulas, el gobierno sandinista se vio obligado a comenzar a hacer concesiones inclusive del orden económico. Tenía encima el aumento de la presión norteamericana y los destrozos de desastres naturales que habían padecido, por lo que una vez más los planes de ajuste económico fracasaron. La reforma monetaria y la reducción del presupuesto del estado no pudieron detener la enorme inflación. Inclusive como un “absurdo” de la situación, los sandinistas se hicieron asesorar por economistas norteamericanos, con medidas propuestas por el Fondo Monetario Internacional, FMI, organismo que no los apoyó económicamente por “no ser elegibles”, pero que los vigilaba muy de cerca.¹²⁵

En ese y en el siguiente año, los conflictos con Estados Unidos llegaron a tal punto, que los representantes diplomáticos de ambos países, en Managua y Washington, fueron expulsados respectivamente. Ello coincide con la alternancia del poder en los Estados Unidos, cuando llega a la presidencia George Bush.

En la Segunda Cumbre de los presidentes centroamericanos en 1989, en el marco de Esquipulas, los sandinistas propusieron adelantar las elecciones para febrero siguiente y aceptar modificaciones a una ley electoral anterior, que no permitía una libre participación. A cambio, la “contra” tendría que dismantelar sus bases en Honduras durante los tres meses

¹²⁴ Población de Guatemala, famosa porque se encuentra allí un Cristo Negro “milagroso” entre la población muy humilde del sureste)

¹²⁵ S. Ramírez, *Op. Cit.*, p. 236.

posteriores al acuerdo. Como otra forma de continuar con la presión, Estados Unidos anunció una nueva ayuda a los opositores que fue aprobada por su Congreso.

En febrero de 1990 de nueva cuenta el FSLN presentó a Daniel Ortega para una reelección. La coalición opositora que se había formado con 14 partidos agrupados en la Unión Nacional Opositora, UNO, propuso a Violeta Chamorro como su candidata.

Todos los sondeos del voto, nacionales y extranjeros, otorgaban la victoria a Ortega y algunos por mucho margen, a excepción de los soviéticos, quienes fueron los únicos que predijeron su derrota. En la entrevista con el ex embajador Ruiz Almada, al comentar esta anécdota, le pregunté cuál fue la causa de la acertada predicción, me responde: *<es que esos países (los socialistas, la URSS) son muy escépticos y lo que hicieron fue aplicar su escepticismo>* (en Nicaragua). Paradójicamente, fueron ellos los que un poco más de dos años atrás, a través de expertos economistas del Ministerio de Planificación soviético, les recomendaron a los sandinistas, primero liberalizar la economía y controlar el gasto; segundo, que los comandantes debían abandonar de inmediato las tareas de gobierno y dejarlas en manos de técnicos competentes, a lo que por supuesto Daniel Ortega se negó argumentando que “él no servía para hacer papeles protocolarios”¹²⁶.

A diferencia de la URSS, México fue de los que apoyó y creyó en el nuevo triunfo sandinista, lo que a la postre le va a resultar un contratiempo diplomático pero por muy poco tiempo, ya que lo comienza a superar por el cambio de la política exterior del presidente Carlos Salinas de Gortari, en otro contexto de la relación bilateral.

La historia de Nicaragua tomó un giro inesperado: la UNO ganó las elecciones con un 55 por ciento de los votos frente a 41 por ciento de los sandinistas. Violeta Chamorro era la nueva presidenta. Ortega admitió la derrota y se comprometió a entregar el poder. Antes de asumir el cargo, el 25 de abril, firmó con el FSLN el “Protocolo de Transición” que comprendía el respeto a la Constitución en vigor, a las instituciones y conquistas sociales de la revolución, así como el desarme de la “contra”. La nueva presidenta, aceptó mantener a Humberto Ortega, hermano de Daniel, como comandante del ejército y suspendió el reclutamiento obligatorio para el servicio militar.

En los diez años de la Revolución (1979–1989), tuvieron lugar las más importantes transformaciones económicas y sociales de toda la historia del país y posiblemente de toda

¹²⁶ Cf. S. Ramírez, *Op.Cit.*, escribe ese pasaje de la anécdota de Ortega, p. 240

Centroamérica y que como en tiempos de Augusto César Sandino, tuvo el mérito de cuestionar la hegemonía norteamericana. Durante esa época, se desarrolló con amplitud la Reforma Agraria y, en general, se democratizó la propiedad, la distribución de la riqueza nacional, la educación y la atención a la salud.

Aún así, por las mismas condiciones en que se produjeron los cambios, entre ellos, vivir en un estado de guerra permanente y los continuos errores de los dirigentes de la revolución, las transformaciones no se revirtieron en una mejoría de las condiciones de vida para la población. Por el contrario, igual que en el resto de los países de la subregión, el nivel de vida se redujo al de antes de 1979.

En esa década, se registraron 50 mil muertos en los enfrentamientos y 17 mil millones de dólares fueron las pérdidas de la economía. La situación económica se volvió nuevamente insostenible.¹²⁷

En la conversación citada con el exembajador Ruiz Almada, le pregunté si a pesar de que no hubo los resultados esperados para la población en el mejoramiento de sus condiciones de vida, valió la pena la revolución y el apoyo de México:

Respuesta: “La lucha por la independencia de esos países (Cuba, Vietnam) y Nicaragua, fue una lucha por la independencia de México... La revolución sandinista cumplió su objetivo. La doctrina del FSLN y de los insurgentes nicaragüenses, (tuvo) tres puentes principales que son: a) el cristianismo, la gran organización social, la práctica religiosa del pueblo y la otra, la “doctrina” sandinista (de Augusto Sandino), como normas de conducta y de trato...b) la Revolución mexicana especialmente en las medidas de justicia social, de distribución de la riqueza, de independencia política y de proyección de las sociedades en desarrollo y c) la fuente del marxismo que estaba vigente como doctrina política universal en aquella época... y así se relacionan (los sandinistas) con Cuba.

Pregunta: ¿tenían los sandinistas inicialmente intenciones de tomar el camino socialista por ser además una época muy propicia a ese tipo de movimientos de izquierda?

Respuesta: Eso es, crear... frentes de liberación nacional que se proponían eso: la liberación nacional y los sandinistas lo lograron...”

Pregunta: ¿porqué se desgastó la revolución nicaragüense?, factores internos, exógenos, porque el mundo ya había entrado a otra dinámica que no eran las revoluciones...

¹²⁷ Salazar Pérez, *Op.Cit*, p. 21.

Respuesta: *“... yo tengo una versión de por qué pierden ellos (los sandinistas en 1990)... la guerrilla hace la guerra y gana. Si no consigue ganar en el campo militar, ya no tiene respuesta... entonces los norteamericanos desarrollan una “guerra de baja intensidad... no permitir que gane la guerrilla. La población estaba cansada, no veía la pacificación en Nicaragua... no se ve el termino de la guerra... derrotaron a Somoza, la meta estaba cumplida, el objetivo estaba cumplido... entonces vamos a votar por la paz y desde luego, el FSLN no (fue ya) la más cercana oferta de paz. Hubo un error de apreciación del Frente. Ellos habían derrotado a Somoza, habían despertado la simpatía de todo el mundo, habían conducido al país, habían hecho la reforma agraria, los planes de educación, de salud, tenían la amistad y la apertura de todas las oficinas gubernamentales de casi todo el mundo, habían expulsado a la “contra” de Nicaragua en un momento de descenso de la capacidad guerrera de la “contra”... buscaron reafirmarse con nuevas elecciones dentro del conjunto de esquemas de política interior universalmente aceptados y respetados por todos... y van a las elecciones (1990), pero el pueblo estaba sumando el tiempo de la guerra contra Somoza y los años de guerra contra la “contra”... Daniel Ortega se quita el uniforme militar, se viste de civil y no logra convencer al pueblo de que van a hacer la paz, si ellos no han hecho más que la guerra... La señora Chamorro de la Unión Nacional Opositora si ofrecía la paz, una paz más consistente...”*

Yo creo que el FSLN cumplió la función que se propuso: modificar la historia de Nicaragua...

Pregunta: ¿podemos decir que modificarla fue el triunfo de la Revolución?

Respuesta: *“Así es”*

La disyuntiva de paz y democracia, sobre todo esta última de la que habían carecido también los nicaragüenses en los últimos años, fueron las banderas que también enarboló la nueva oposición, que al final fueron las que decidieron los destinos de Nicaragua en las elecciones de febrero de 1990.

Pregunta: en otro momento, ¿valió la pena el apoyo de México?

Respuesta: *“la política exterior es un instrumento (para) mejorar las condiciones interiores de un país y así lo consideró López Portillo...”*

“Los principios son un ingrediente necesario pero a veces no suficiente en la ejecución de la política exterior”

Antonio Carrillo Flores

4. La dimensión internacional de la política exterior

En este capítulo se presenta la política exterior de México en una nueva dimensión en el ámbito internacional, una vez que se institucionaliza la relación con el gobierno sandinista de Nicaragua.

En el tránsito de la administración de José López Portillo al de Miguel de la Madrid, todo hacía suponer inicialmente que había una reconsideración de posiciones debido al malestar que generaban las acciones de México a Estados Unidos.

Las transformaciones mundiales que se comenzaron a sentir en la década de los ochenta, obligó al gobierno mexicano a cambiar su estrategia de apoyo para la resolución de conflictos en Centroamérica.

De ahí la importancia de una nueva diplomacia que va a permitir la creación del Grupo Contadora, el cual va a ser un mecanismo de varios países entre los que se encontró México, en un papel protagónico, hasta los Acuerdos de Esquipulas.

El tema de la seguridad nacional supeditado a la resolución de la crisis centroamericana fue uno de los motivos centrales para buscar aplicar la solución pacífica de las controversias, con miras a lograr la paz en la región. Bajo la amenaza de intervención de la Casa Blanca, “México juzgó oportuno poner en práctica sus principios de política exterior, producto de su experiencia histórica...Uno de los principales elementos que tomó en cuenta... fue el concepto de seguridad y en este sentido, la

frontera sur estaba considerada como un espacio vital”¹²⁸ ya que para México se ponía en peligro precisamente su seguridad.

De esta forma se inaugura un nuevo activismo de México modernizando la participación regional, teniendo en cuenta las modificaciones que se estaban produciendo en la escena internacional, como fue la desintegración de la URSS y sus consecuencias.

Los antecedentes inmediatos de la participación de México previos al Grupo Contadora, se localizan en el ejercicio de la diplomacia multilateral para buscar soluciones a los conflictos subregionales, como fue el apoyo a las negociaciones para la soberanía panameña sobre el Canal y la cooperación de Costa Rica y México en el triunfo de la Revolución Sandinista. En este mismo orden de ideas, fue el apoyo en especie con el petróleo, a través del Pacto de San José de 1980; en otro ámbito, la Declaración Franco–Mexicana sobre el Frente Farabundo Martí de El Salvador en 1981 y las iniciales propuestas de 1982 para destrabar el nudo conflictivo Nicaragua–El Salvador–Cuba–Estados Unidos.¹²⁹

Al aumento de las tensiones en paralelo a la gestión administrativa de Miguel de la Madrid (1982–1988), México consolidó su presencia internacional a través del Grupo Contadora, mecanismo de apoyo al proceso de paz en Centroamérica, pasando de ser un “comunicador” a un “mediador”.

Los esfuerzos realizados por este Grupo durante los tres años de existencia, donde también participaron otros países, significaron por una parte, la consolidación del apoyo que México había dado a los procesos de cambio democrático en el área y concretamente a la revolución de Nicaragua. Por la otra, las negociaciones que se llevaron a cabo durante esos años, van a ser el dique de contención a un mayor intervencionismo por parte de las grandes potencias, particularmente de los Estados Unidos, así como evitar que la guerra se extendiera más allá de sus confines de origen.

A la vez, este importante periodo de las relaciones de México con sus vecinos del sur, le permite a nuestro país poner en marcha un nuevo estilo de diplomacia, la de los “grupos” y una más activa política exterior en donde se conjugan las voluntades de

¹²⁸ Lourdes Sánchez M, *La política exterior de México hacia América Latina (1945–2000). ¿Cambio de rumbo o metamorfosis?*, tesis, FCPyS–UNAM, México, 2003, p. 128.

¹²⁹ *Ibidem*, p. 130

varios países. Este es el antecedente de la siguiente etapa de negociaciones entre los principales actores de los conflictos en el istmo centroamericano, identificada por el nombre de los Acuerdos de Esquipulas y que alcanza su principal objetivo a comienzos del año de 1987, momento en que todas las partes en conflicto acceden a negociar la paz sin mediaciones entre ellos.

Es hasta lo que se conoce como Esquipulas IV, cuando el así identificado “principal punto de conflicto”, Nicaragua, y ante las presiones externas, acepta adelantar las elecciones presidenciales para febrero de 1990.

Aunque ya había habido un cierto retiro o una presencia más discreta de México, durante el año anterior al electoral, en 1989, la diplomacia mexicana baja de perfil sustancialmente en Centroamérica y en concreto en Nicaragua, entre otros motivos, por el cambio del gobierno federal. Sin embargo, las acciones de solidaridad se mantuvieron todavía y sobre todo se canalizaron en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, a través de los organismos internacionales.

4.1. Los primeros ajustes

La década de los ochenta fue el escenario de los prolegómenos a la “occidentalización” del mundo de fines del siglo XX, que va a concluir con un “nuevo orden internacional” americano. Durante esos años, se gestaron el fin de la Guerra Fría, la reestructuración de la economía mundial, la caída como gran potencia de la URSS, los cambios en Europa del Este, la reunificación de Alemania, la multiplicación de centros de poder, los movimientos democratizadores en Latinoamérica, el cuestionamiento de sistemas que preveían con antelación su caducidad como el mismo modelo soviético y cubano. Se anunciaba ya la sustitución de los estados–naciones por los estados–continentes ante una nueva dinámica de las relaciones entre bloques más que entre naciones.

Todos estos cambios incidieron a nivel regional y por ello mismo los acontecimientos que tuvieron lugar en el istmo centroamericano paradójicamente llamaron más la atención por el momento mismo en que se estaban produciendo; no por ello dejaron de convertirse las naciones del área en actores principales de las relaciones internacionales.

Inclusive, al término de los años ochenta, no parecían vislumbrarse cambios en la crisis centroamericana cuando fueron los de mayor incertidumbre e inseguridad colectiva en la historia moderna de esa parte del subcontinente, a consecuencia de la aguda crisis económica, la inviabilidad de muchos o gran parte de sus programas económicos, la enorme deuda externa, las difíciles y vulnerables transiciones políticas. Ello trajo como consecuencia que la seguridad fuera vista como uno de los temas centrales de la agenda política en toda la zona, incluyendo principalmente a los Estados Unidos y sobre todo cuando estaba de por medio una de sus zonas de influencia.

De todos los conflictos que tuvieron lugar en el mundo después de la Segunda Guerra Mundial hasta 1984, más de 38 se produjeron en América Latina y de ellos, 14 correspondieron a Centroamérica. México no entró en esta lista aunque no fue la excepción de haber tenido problemas internos que llevaron a la violencia. Y como uno de los más terribles resultados, simplemente en tres países del istmo hubo más de 200 mil personas muertas en un periodo que fluctúa entre 1980 y 1988, con una cantidad también impresionante de refugiados y expatriados.¹³⁰

El común denominador de los conflictos centroamericanos fueron las expectativas frustradas de progreso económico y social, junto con la defensa del territorio nacional y la soberanía como sus componentes básicos: “la capacidad de generar crecimiento y desarrollo es hoy en día un poderoso legitimador social en estos países, que se utiliza para justificar tanto la necesidad de orden, estabilidad y paz, como la guerra y el uso de la fuerza” ¹³¹.

Junto a esos componentes, las ideologías también se utilizaron como legitimadoras de la fuerza armada y de la violencia organizada. Esta tendencia detuvo y revirtió el proceso de crecimiento al utilizar el gasto público en armas y a la militarización en lugar de aplicarlo a las frágiles economías. La seguridad estaba más influida por los términos militares que por el desarrollo, y tanto los grupos en el poder como los revolucionarios se sirvieron de su significado o lo que consideraban que representaba.

¹³⁰ Agustín Cueva, *El Desarrollo del Capitalismo en América Latina*, México, SXXI, México, pp.258–259.

¹³¹ Javier Elguea, “Seguridad internacional y Desarrollo Nacional; la búsqueda del concepto”, *En Busca de la Seguridad Perdida*, en S. Aguayo y B. Bagley, (comp.) Siglo XXI, México, 1990.

Esto es lo que impidió que hubiera una conceptualización de la seguridad y que inclusive se prefiriera mejor definir la inseguridad: todo aquél país que no puede dar respuesta a las demandas de la población, es un territorio inseguro; si no tiene la alimentación adecuada, salud, educación, recursos, comunicaciones, energéticos, entonces está en juego su seguridad nacional.¹³²

En Centroamérica, el concepto de seguridad estaba íntimamente relacionado con el manejo específico del cambio social, político y económico, en la esfera nacional e internacional; en otras palabras, cómo evitar la inseguridad o cómo hacer menos insegura el área en función de buscar los satisfactores internos necesarios así como responder a la defensa, preservación, ensanchamiento de los valores asociados al conflicto Este–Oeste.

La contención del comunismo se sobrepuso a otros asuntos. Según la definición que da Elguea, “los intereses nacionales prioritarios que representan una amenaza para la sobrevivencia de la nación y en los que los recursos de la fuerza armada y de la violencia están comprometidos, son verdaderos intereses de seguridad nacional”¹³³.

Así es que cuando el 30 de diciembre de 1982, José López Portillo concluye su gestión al frente del Ejecutivo, había también en el ámbito nacional mexicano un clima de tensión interna por los últimos acontecimientos como el de la nacionalización de la banca, el aumento de la deuda externa y una seria crisis financiera y económica. Hacia el exterior, aunque había logrado fuertes simpatías por su política centroamericana y sus esfuerzos en hacer más equitativa la relación con los países ricos a través del Diálogo Norte– Sur, la situación frente Estados Unidos era bastante tensa, a pesar de que había tratado de recomponerla al inicio de su mandato. Durante los años que siguieron y por el mismo liderazgo que ejerció el Presidente en la región latinoamericana, la relación con el vecino del norte siguió siendo altamente incómoda.

Sin embargo, es un hecho que el Plan Global de Pacificación que propuso México le abrió la puertas a una dimensión internacional a la política exterior mexicana, lo que ya en si misma, por otro lado, había conseguido la Revolución nicaragüense. Los ojos

¹³² Los trabajos de Sergio Aguayo y B. Bagley permiten una referencia sobre el tema más amplia.

¹³³ Javier Elguea, *Op.Cit*, p. 82.

del mundo se volcaron hacia el área centroamericana que hasta entonces había pasado desapercibida. Fueron dos hechos, la revolución y la posición mexicana, que ocasionaron una reacción en cadena que iba a conducir a estos dos actores, Nicaragua y México, a otros esquemas diferentes hasta ese momento.¹³⁴

En ese ambiente fue el que se encontró el nuevo gobierno de Miguel de la Madrid Hurtado, el 1 de diciembre de ese mismo año de 1982. Así heredó, como su predecesor, un país en crisis al interior y un ambiente internacional poco favorable que en la década precedente, enfrentó graves problemas económicos, pero que en lo político, tuvo determinados avances.

En los cinco lustros anteriores, el fortalecimiento de la diplomacia multilateral fue una de las características del empeño del gobierno mexicano para hacer más activa la presencia internacional; aspecto que retomó muy a fondo el nuevo Presidente conforme fue transcurriendo su mandato, lo que trajo como consecuencia, en efecto, que México fuera particularmente reconocido en ese ámbito. No sólo ante los foros internacionales o creando nuevas instancias de participación de México frente a grupos de países o en conjunto con otras naciones. Ello sin menoscabo de mantener una política internacional bilateral que era una tradición para estrechar lazos con algún país en particular a través de la cooperación o por identificación de propósitos, como sucedió en sus relaciones con Nicaragua y que fueron señalados en el anterior capítulo.

A pesar de lo que muchos pensaron, la política exterior de Miguel de la Madrid no fue relegada a un segundo plano, en gran parte, en el caso de Centroamérica, por las presiones particularmente de sectores vinculados con el partido oficial, comprometido con los cambios democratizadores, por lo que al Presidente le impusieron severas presiones para evitar un cambio de política. Sin embargo, por debajo de la “retórica

¹³⁴ La persecución de la paz fue más “dolorosa y tormentosa” que la guerra. Es por eso que en mayo de 1981, Omar Torrijos, el hombre fuerte de Panamá, propuso un primer plan de paz para Centroamérica, tomando en cuenta el éxito de la mediación diplomática de países como México, Venezuela, Colombia y Jamaica en los acuerdos canaleros de Panamá con EUA. “Este plan tomaba en cuenta lo que en ese entonces eran los problemas más apremiantes de los países centroamericanos... que también incluía una negociación entre los gobiernos de Cuba y estados Unidos. Este plan no pudo llevarse a cabo por el fallecimiento de Torrijos el 31 de julio de 1981 y por los obstáculos visibles en la actitud norteamericana” Ricardo Córdova Macías y Raúl Benítez Manaut, “La Paz en Centroamérica”, México, UNAM, 1989, p. 12. Esta referencia es importante porque denota el interés por terminar la guerra, de uno de los personajes con más peso político en el istmo, durante los primeros años de la Revolución sandinista; sin embargo, no trascendió y no tuvo el efecto que posteriormente si adquirió la propuesta mexicana como se ha venido insistiendo y tampoco su alcance internacional.

continuista”, se advertían algunos signos de cambio en la estrategia mexicana hacia el conflicto. Desde un principio, se comenzaron a reestructurar las bases para prolongar la política hacia Centro América, sobre todo a consecuencia de la crisis económica mexicana que por lo mismo, ya era motivo de fuertes críticas por parte de ciertos sectores principalmente empresariales que se habían manifestado en ese mismo sentido desde el gobierno anterior.

El licenciado de la Madrid confirmaba muchos años después que ante la grave crisis y los conflictos planteados en el área, decidió mantener su apoyo a la región por su importancia estratégica, en virtud de su cercanía, orígenes históricos y culturales y que al lograr una política de cooperación para el desarrollo de Centroamérica, también beneficiaría a México y se disminuirían los riesgos del desbordamiento de los problemas hacia nuestro país, como de alguna manera sucedió con la llegada de los emigrantes o su paso para Estados Unidos. Adicionalmente, el ex presidente desde un principio de su gestión, percibió los “barruntos” de una intervención militar de Estados Unidos en Nicaragua.¹³⁵

De la Madrid además justifica su decisión de mantener el apoyo, debido a que en “el caso de Nicaragua, los sandinistas habían declarado públicamente que su modelo era el de la Revolución Mexicana...”. Sin embargo, el conflicto se agravaba día a día ante la percepción norteamericana de que los sandinistas se aproximaban cada momento más a la URSS y a Cuba y “ello representaba una avanzada más del bloque comunista en el mundo... que muy pronto habría también situaciones parecidas en otros países de América Central que tendrían un efecto en México y en todos los países de América Latina”. Así lo percibió el ex Canciller Antonio Carrillo Flores.¹³⁶

¹³⁵ Entrevista concedida a la autora el 4 de octubre de 2000, en la ciudad de México.

¹³⁶ El ex secretario de Relaciones Exteriores sugirió años después, en 1985, que la situación por la que se estaba atravesando en Centroamérica, podría haber generado un conflicto como el de octubre de 1962 con Cuba. “Reflexiones y Testimonio acerca de la política exterior y la diplomacia mexicanas” en *Política Exterior de México. 175 años de historia*, S R E, México, 1985, vol. IV, p. 31.

4.2. El Grupo Contadora: la modernización de la participación regional

***“...ningún camino es unidimensional.
La Historia se hace a través de vías
múltiples”***

***Ricardo Valero, al referirse a la
actuación del Grupo Contadora.***

Recién iniciado el año de 1983, el 9 de enero, se creó el “Grupo Contadora” integrado por México, Colombia, Venezuela y Panamá, en una isla del mismo nombre perteneciente a este último país. Aunque está reconocido como una iniciativa de todos estos países, desde un principio se percibió un mayor protagonismo de parte de México.

La propia personalidad de Miguel de la Madrid y las condiciones en el país internas y externas en el momento en que asume la presidencia, así como de respetar y hacer valer la acción conjunta que emprendían varias naciones, hizo que la participación de México apareciera muchas veces diluida en el contexto en que se dio todo el proceso para el diálogo, la pacificación y la cooperación con Centroamérica, independientemente de que todos compartían la misma preocupación. Pero desde el momento en que México toma su papel de mediador, asume el propósito de crear condiciones que alentaron un potencial constructivo, ante los conflictos en ciernes.

Ricardo Valero, entonces subsecretario de Cooperación Internacional, a quien le tocó llevar la ardua y cotidiana tarea de la negociación definió en los siguientes términos el rostro de la región que se encontraba trazado por las numerosas variantes de la confrontación que se estaba librando. Y esto fue fundamental para buscar alternativas para resolverlo, pues los mediadores debían entender la naturaleza del conflicto: “guerras intestinas, unas; indirectas, otras; guerras encubiertas o embozadas; guerras de liberación, reivindicadoras, nacionales y revolucionarias; guerras de contención en todos los frentes de la actividad política, económica y social. Y por si alguna faltara:

guerras de propaganda, de información y psicológicas, ejercidas con gigantescos recursos. Efectos y gajes de los tiempos modernos”.¹³⁷

El origen de la transformación de la diplomacia bilateral a multilateral, se encuentra precisamente en el Plan de Acción Plan Global que el año anterior había propuesto López Portillo, pero en la forma que se presentó, no había tenido éxito. Son precisamente los países que más se habían comprometido con el istmo centroamericano, los que toman la nueva iniciativa para conformarse en Grupo como una instancia mediadora entre las partes involucradas “a fin de alcanzar una paz firme y duradera en la zona y sentar las bases para el desarrollo económico y social de los pueblos del área”¹³⁸. El interés de México en la mediación constituyó un reflejo tanto de la época, como del deseo de encontrar la forma de actuar con justicia.

*“En un principio, la situación era muy particular porque en aquellas reuniones de cancilleres observamos (sic) que era tal la hostilidad recíproca que había entre ellos que no aceptaban reunirse en el mismo salón..., no estaban de humor para platicar entre ellos, porque había gran desconfianza...” El gran mérito del Grupo Contadora, es que “fue muy eficaz en lograr gradualmente el diálogo entre los gobiernos centroamericanos y se empezó a trabajar en un esquema... bajo los principios que el Grupo iba proponiendo y que los centroamericanos iban aceptando...”*¹³⁹.

Así es que la mediación se convirtió en una intervención que tuvo como objetivo resolver las desavenencias para la toma de decisiones. Durante los años de existencia del Grupo (1983–1988) y sobre todo en los tres primeros, la mediación cumplió la meta de reducir los conflictos y proporcionó un foro de encuentro.

De esta forma alcanzó cinco objetivos que constituyen al mismo tiempo sus logros más importantes : 1) reunió a las partes en conflicto; 2) identificó los asuntos que preocupaban a los distintos grupos centroamericanos; 3) definió una plataforma de negociación de compromisos específicos para la paz y la estabilidad de la región, a

¹³⁷ Había tres niveles principales de negociadores: los presidentes, los cancilleres y los subsecretarios o vicescancilleres. Vid: R. Valero, “Contadora: la búsqueda de la pacificación en Centroamérica” en Política Exterior de México, 175 años de historia. S R E , México, 1985, vol. IV, p. 191.

¹³⁸ Objetivos de lo que después se va a convertir en el Acta de Contadora para la Paz y la Cooperación en Centroamérica, en junio de 1984.

¹³⁹ Entrevista citada con Miguel de la Madrid.

partir de la cual se registraron importantes avances que culminaron con la elaboración del “Acta de Contadora para la Paz y la Cooperación en Centroamérica”; 4) actuó como un dique de contención que (evitó) el estallido de un conflicto generalizado en la región, cuyas consecuencias serían irreversibles; 5) por último, el Grupo de Contadora se convirtió en la estancia reconocida por la comunidad internacional, para la solución de los problemas que atravesaba la región.¹⁴⁰

Con el cumplimiento de estos objetivos se alcanzaron las etapas de la mediación, como una alternativa a la violencia:

- a) La preparación de un plan;
- b) La preparación de los participantes para que aceptaran las consecuencias de sus propias decisiones;
- c) La reducción de la ansiedad y otros efectos negativos del conflicto mediante la ayuda a los participantes para que llegaran a una resolución consensual.¹⁴¹

En julio de 1985 en Lima, Perú, se reunieron los miembros del Grupo Contadora para formalizar lo que se conoció después como “Grupo de Lima” o “Grupo de Apoyo” a través de la participación de Argentina, Brasil, Perú y Uruguay, como apoyo a la gestión diplomática del primero. Así, se dio un paso político más para inducir a los países centroamericanos a la solución de sus graves problemas y a la vez, lo que señaló Ricardo Valero, que dentro del “horizonte regional... este acto se inscribe en la búsqueda de un sistema de concertación latinoamericana y en las corrientes que postulan la superación de los regímenes autocráticos y el retorno a la vida democrática e institucional en el continente”¹⁴².

Por lo tanto, el Grupo Ampliado ayudó a:

- a) Reducir los obstáculos a la comunicación entre los participantes;
- b) Realizar al máximo la exploración de alternativas;
- c) Buscar atender las necesidades de todos los que intervienen en el conflicto;
- d) Proporcionar un modelo para la futura resolución de conflictos.

De este último se pudo desprender la creación de los “Acuerdos de Esquipulas”.

¹⁴⁰ Rosario Green. *El nacionalismo revolucionario en la política exterior del México contemporáneo*, PRI, México, 1987, pp. 243–244.

¹⁴¹ Las fases señaladas fueron adaptadas de las que señala R.J. Rummel, *Understanding Conflict and war*, Nueva York: Wiley, 1976. Citado por Jay Folberg y Alison Taylor, México, Limusa, 369 pp. (p. 40–41).

¹⁴² R. Valero, *Op.Cit.*, p. 190.

Las economías centroamericanas cada vez se deterioraban más ante el clima de guerra prevaleciente en la mayoría de ellos. Por lo mismo, los cancilleres participantes en ambos Grupos, concluyeron que la parte económica estaba íntimamente ligada a la solución de los problemas políticos, por lo que resultaba indispensable avanzar simultáneamente tanto en la pacificación como en la distensión política como en la reactivación económica del área. A la vez subrayaron que los problemas esenciales no eran exclusivamente de carácter militar.

Ahora bien, es importante señalar que en esos años, así como los que siguieron, la característica de Latinoamérica como de otras partes del mundo, era la grave situación financiera y económica de los países en desarrollo, lo que hacía más difícil avanzar en los procesos de paz y de democracia.

Es por eso, a pesar de que México estaba más adelante en su desarrollo que los centroamericanos, que lo hacía coincidir con ellos en la forma de salir de ese gran bache económico. También sostenía que la falta de canales democráticos y las condiciones de marginación e injusticia social, eran los principales puntos a atacar para que toda la zona conviviera en paz.

Dentro de las líneas de comportamiento internacional que se siguieron todavía en esos años, el llamado “nacionalismo revolucionario” fue la “vía mexicana que (permitió) tomar conciencia de la plena participación de la vida mundial...”¹⁴³.

Habrá que subrayar que todavía en esa década, el sistema bipolar había cobrado muchas víctimas, sobre todo con la presencia de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, como líderes del modelo neoliberal, quizá el más aplastante de la época contemporánea. En el otro extremo, comenzaba a mediados de los ochenta, los cambios en la Unión Soviética que culminarían con la desaparición de la misma y el resquebrajamiento del bloque socialista.

A la par que la política exterior mexicana se transformaba con acciones de modernidad, el nacionalismo ayudó a preservar la soberanía y la independencia de esos cambios que ocurrían en el mundo. En el sistema bipolar, ese aspecto fue básico para una política exterior independiente, con una mayor capacidad de iniciativa propia en el inter juego de la política mundial dando estabilidad al sistema político mexicano.

¹⁴³ R. Green, *Op.cit* p. 250.

Estos mismos planteamientos solo podrían esgrimirse en esa época. Lo que hay que subrayar es que en el tiempo en que se produjeron, el nacionalismo revolucionario fue el escudo y el arma de defensa de México, además que afirmaron la identidad nacional frente al exterior. Así lo expresó Miguel de la Madrid: *“El nacionalismo revolucionario tiene su manifestación exterior en la firme voluntad de permanecer como Nación independiente que se gobierna a sí misma...”*¹⁴⁴.

Esta justificación del nacionalismo revolucionario mexicano, trascendió las fronteras para el caso de Centroamérica: al defender lo propio, se defendía cualquier otro tipo de intervención que pudiera vulnerar el soberano derecho de las naciones. De esta forma, México manifestaba su convicción de que la defensa de la soberanía era una cuestión de “dimensión universal” y la única garantía de un orden mundial regido por el derecho y la armonía. Asimismo, México defendía su propia integridad y soberanía nacionales, como lo había hecho en otros casos y que fueron su principal apoyo para el respeto de su orden jurídico. “Practicar entonces el nacionalismo revolucionario, no (significó) desatenderse de los restantes Estados que sustentan diversas y diferentes peculiaridades nacionales concretas, sino la búsqueda de la concertación que pueda llegar a transformar la cooperación internacional en algo no sólo liberador sino creador”¹⁴⁵.

Al hacer una retrospectiva de esos años, se da uno cuenta que de la Madrid se encontró en la encrucijada entre sus raíces que lo identificaban como “producto” de la Revolución mexicana y con su nueva concepción del cambio económico que llevaría a cabo en el país y que conduciría a lo largo de seis años, desligado de aquello que lo vinculara con todo lo que significaba un pasado de estancamiento y atraso. Tan fuerte fue su influencia, que el modelo económico que comenzó a construir, es el que se ha venido consolidando hasta nuestros días.

Esa es la explicación que encuentro a su decisión de seguir apoyando los esfuerzos de paz en Centroamérica y su firme convicción de que al cooperar en el desarrollo del área, todos los esfuerzos de intervención extra continental, no tendrían resultado alguno.

¹⁴⁴ *Ibidem.* p. 252

¹⁴⁵ *Ibidem.* p. 256.

Dentro de los cambios en la política exterior en el gobierno del presidente de la Madrid, se advierten el enfoque y las estrategias. La más relevante y que es el punto de partida, es que transitó de una política por sistema unilateral, a acciones multilaterales o como la llamó Mario Ojeda, “la acción diplomática colectiva”, cuando se propició la creación del Grupo Contadora.

Esta nueva diplomacia de grupos ¹⁴⁶ vino a romper el aislamiento regional y hasta mundial en que se había mantenido México y porque cortó la antigua práctica de no asociación y no proselitismo. “En consecuencia México ya no puede ser acusado por Washington de ‘provocador solitario’ y en Contadora tendrá que negociar sus propios puntos de vista” ¹⁴⁷.

Desde esta perspectiva, aquí también se marcó una nueva pauta de modernidad. El Presidente, palpó los nuevos tiempos y de una manera realista, concluyó que la única forma de poder participar en los cambios mundiales y no marginarse de los procesos, era a través de la unión con países que buscaban los mismos fines. De ahí que la mediación constituyó un proceso de búsqueda del equilibrio del poder.

El tránsito de México de “comunicador” en el proceso de paz en Centroamérica, a “mediador” “incluyó el paso de partidario a intermediario y por lo tanto a guardar una posición más neutral y equidistante entre las partes en conflicto...” ¹⁴⁸. Tan fue así, que en el discurso que pronunció de la Madrid el 24 de febrero de 1984 en Managua, con motivo del aniversario número 50 del asesinato de Augusto César Sandino, manifestó que: “...México ha mantenido sin tregua su apoyo a la reconstrucción de Nicaragua y al compromiso sandinista por consolidar un régimen nacionalista, democrático y no alineado, que se funde en un sistema de economía mixta y en un pluralismo político e ideológico” ¹⁴⁹.

A un poco más de un año de haber iniciado su administración sexenal, el Presidente palpó la necesidad de insistir en la no alineación de Nicaragua y en que debía mantener una economía abierta. Asimismo enfatizó que el mejor camino era el del pluralismo, como un mensaje a que no cayeran en manos del socialismo cubano y

¹⁴⁶ Otros ejemplos más son los del Grupo de Río, el Grupo de los Seis, etc.

¹⁴⁷ M. Ojeda, *El surgimiento.... Op.Cit.*, p. 208.

¹⁴⁸ *Ibidem.* p. 209.

¹⁴⁹ Esto mismo lo enfatiza MMH en la entrevista citada.

soviético. Ello lo hacía suponer que Estados Unidos no intervendría en la vida interna de Nicaragua, si garantizaba que sus intenciones no eran crear otra Cuba u otro foco de insurrección que afectara los intereses de Estados Unidos en la región tan próxima a sus fronteras. De paso, el impacto sería para México.

De cierta forma, de la Madrid fue un visionario de los acontecimientos que se vendrían pocos años después, a partir de 1989. Considero que su percepción de los cambios que se estaban produciendo en el mundo era mucho más abierta lo que lo hacía mantenerse entre dos posiciones: entre la tradicional, en este caso interpretada como conservadora, y su pragmatismo. Por otro parte hubo muchos sectores sobre todo en el nivel del partido oficial que presionaron mucho para mantener esa política de apoyo y solidaridad con los cambios revolucionarios que se estaban dando en América Latina. No obstante, no perdió el punto de vista de que tenía que mejorar sus relaciones con Estados Unidos, como así lo hizo y con los organismos financieros internacionales que lo ponían de ejemplo de buen gobernante, que cumplía con sus responsabilidades y obligaciones sobre todo en cuanto al pago de la deuda, cosa que muchos países en desarrollo no estuvieron de acuerdo.

De una manera más atemperada, el secretario de Relaciones Exteriores, Bernardo Sepúlveda, afirmaba en su segundo informe de labores, de agosto de 1984, que la decisión de México de seguir apoyando a Centroamérica reafirmaba los intereses del Presidente de no mantenerse aislado y sobre todo de no marginarse de la vida internacional cada día más interdependiente: “Actuamos con la convicción de que una política exterior activa no es privilegio de las potencias, sino capacidad y derecho de todos los países que, por un criterio fundado de responsabilidades, participan en la comunidad de Estados para preservar una convivencia armónica, benéfica y justa”.

Al referirse a la política exterior, se aprecia que el excanciller continuó con el manejo del calificativo de “activa” lo que nos lleva a concretar, que había una aceptación y reconocimiento a la nueva y “moderna”, como se había manejado pocos años atrás, o sea a partir de 1979, con el reconocimiento a la Revolución sandinista y que toma un segundo aire más consolidado, a partir de 1982.

Contadora resultó a la vez ser un mecanismo eficaz para “encubrir” los cambios en el manejo de las acciones de política exterior, que rebasaron a la misma Cancillería.

Así, cada secretaría de Estado, o dependencia gubernamental otorgaron por su cuenta los apoyos a Nicaragua.

Aunque lentos y costosos, los avances a favor de proceso de paz fueron significativos. Los trabajos de Contadora y del Acta que de ellos se derivaron, lograron un muy importante resultado en cuanto a la seguridad regional, estabilización política y crecimiento y bienestar, que restringieron el comportamiento político y militar de los países centroamericanos, como condición de equilibrio regional. Ello significaba la renuncia de Nicaragua a su proyecto de alineamiento internacional, expresado en la presencia militar del campo socialista, armamentismo, militarización y políticas antidemocráticas. “Contadora finalmente regresó al punto de partida: la consolidación del sandinismo era incompatible con la estabilización del área. Es el momento en que los presidentes deciden asumir directamente la solución de la crisis en los acuerdos de Esquipulas” ¹⁵⁰.

Los esfuerzos de Contadora no lograron la firma de un tratado y se consideró que los países participantes en el Grupo habían fracasado. La diferencia estribó en que ahora se trataba de lo que René Herrera ha llamado “una acción internacional coordinada” entre varios países y otros que los apoyaron. Una de sus mayores virtudes, como lo precisó Valero, fue que le correspondió desarrollar la síntesis y la ordenación de las experiencias y trabajos, que sin ellos, no hubiera sido posible la construcción de nuevos caminos que siguieron. En esta forma se insertó en el diálogo latinoamericano, hemisférico, en el que México fue el único país que mantuvo al mismo equipo negociador desde la creación del Grupo.

Y también tuvieron sus contrarios. Pese a los múltiples esfuerzos hechos por la diplomacia mexicana, a raíz del Foro Pro Paz y Democracia que había promovido Estados Unidos a través de Costa Rica, también llamado Foro Enders y al cual México no asistió, se creó el Bloque Tegucigalpa (Honduras, Costa Rica, El Salvador), que sistemáticamente se opuso a Contadora como eje central de la negociación y del diálogo y los miembros habían tomado abiertamente partido por la política de Ronald Reagan en Centroamérica.

¹⁵⁰ Herrera, *Nicaragua...Op.Cit.* p. 54.

Inclusive Costa Rica que había sido un aliado de la diplomacia mexicana poco tiempo atrás, a partir de entonces se convirtió en su abierto confrontador. El canciller Fernando Volio inclusive declaró que México había excluido a Costa Rica de Contadora, “porque (su país) compartía inquietudes y responsabilidades con Estados Unidos...”¹⁵¹.

Asimismo habría que señalar que tampoco fueron invitados otros países del Istmo, porque se consideró desde un principio, que lo que se necesitaba era un “mediador” y los países del área no podían ser juez y parte, sobre todo, ante la hostilidad hacia Nicaragua.

Con todo, a casi veinte años de los esfuerzos de Contadora, considero que este ha sido uno de los más importantes esfuerzos a nivel regional y multilateral y que en esos momentos, países de la talla de México, lograron detener o evitar que evolucionara aún más el conflicto, porque además logró “neutralizar la presencia de otros actores internacionales gubernamentales y no gubernamentales que en ese año pretendían convertir a la zona en un escenario de las más diversas confrontaciones”

–En Managua circulaba una gama de grupos y movimientos revolucionarios de todo el mundo–¹⁵². Esta situación fue valorada por Contadora y expuesta principalmente por la cúpula militar de México que vieron como una realidad muy peligrosa la existencia de un gran parque armamentista, proveniente principalmente de bloque soviético, así como los 200 “asesores” cubanos entre 1985 y 1988.

Era un hecho que el conflicto se había internacionalizado y no únicamente era un asunto de la confrontación Este–Oeste. Las posiciones de los países considerados tercermundistas, estaban radicalizadas todavía como secuela de su “éxito” en la década anterior y por algunos magros resultados en los ochentas, al presionar como bloque sobre todo en las Naciones Unidas, a favor de la solución de sus demandas.

En términos prácticos, nos dice R. Herrera, las negociaciones entre los países de Centroamérica dentro de Contadora, fueron útiles para definir las responsabilidades del conflicto, según las perspectivas de cada uno. Como resultado de las mismas, se avanzó en aspectos de seguridad estratégica y de democratización, al punto tal, que los

¹⁵¹ H. Rodrigo Jauberth R. “Procesos y alternativas de negociación y paz en la región en el marco de la triangulación México–Centroamérica–EUA, en *La triangulación Centroamérica–México–EUA ¿una oportunidad para el desarrollo y la paz?* PACCA, San José, C.R. p. 91.

¹⁵² Herrera, *Nicaragua...* Op.Cit, p.55.

gobiernos de Honduras, El Salvador y Guatemala se convirtieron por la vía electoral en gobiernos civiles; ello fue una peso adicional sobre Nicaragua que había reforzado su imagen militarizada a través del gabinete del presidente Daniel Ortega.

De forma gradual, el proceso de discusiones entre los centroamericanos fue útil para que Nicaragua fuese ubicada como ‘el problema de Centroamérica’ y así se fue quedando aislada con todo y los esfuerzos de México, “Frente a la posibilidad de un derrumbe dramático, la fórmula negociadora ofreció a Nicaragua una salida negociada. Ese fue un particular logro de Contadora, porque consiguió demostrar en especial a Nicaragua y Cuba, que no habría posibilidades de ganar lealtades latinoamericanas a un proyecto de cambio político que se sustentara en el apoyo soviético para la confrontación con Estados Unidos. Tendrían que arriesgar, dijo México –y luego señalado específicamente por el presidente de la Madrid–, su existencia en un marco competitivo y democrático”¹⁵³.

Los líderes sandinistas advirtieron que la presión por solucionar el conflicto por la vía negociada pondría las prioridades de solución en las áreas de conflicto internacional en donde más habían colocado sus prelaiones: desvinculación del proyecto sandinista con el bloque socialista, limitación de armamentos, reducción de efectivos militares y acomodo de intereses políticos entre las facciones opuestas. En pocas palabras, la cancelación de su propio proyecto político. A pesar de ello, se decidieron, en efecto, por la negociación como una opción para su sobrevivencia.

No se puede pasar desapercibido que para cuando ya se cuestionaba la participación de Contadora –y empezaba a ser un mecanismo de malestar para los países del área por la insistencia de que estaba constituido por naciones ajenas al conflicto y ante las presiones de Estados Unidos–, la gran potencia y la URSS ya habían iniciado secretamente conversaciones para arreglar sus diferencias de la Guerra Fría.

En los años que siguieron a 1986, la URSS redujo su ayuda económica de manera sustancial como “un mensaje a la dirigencia sandinista de iniciar correcciones a su deficiente conducción de la economía por la vía de la perestroika” y la ayuda militar comenzó a decaer hasta que declinó en 1988 ¹⁵⁴.

¹⁵³ *Ibidem*. pp. 56–57. Vid, Declaraciones de MMH al periódico *Excelsior*, 4 de julio de 1984.

¹⁵⁴ *Ibidem*. p. 63.

Centroamérica nuevamente se había puesto en el centro de la atención de las dos grandes potencias, por la llegada al poder en 1985 de Mihail Gorbachov, quién fue el que comenzó a distender la relación con su principal oponente. Así mismo, él no tenía más interés en mantener la confrontación con EE.UU. debido a sus propios conflictos internos y su cuestionado papel en el mundo y en América Latina. Tan es así, que pocos años después le retira también su ayuda a Cuba.

En este panorama internacional, el Grupo Contadora cumplió con un objetivo que si bien no había sido planteado desde un principio, se fue reforzando en la medida en que los actores principales de las pugnas centroamericanas, entraron en los procesos de negociación.

La posibilidad que se abrió con la existencia del Grupo como una fórmula de negociación y solución de los conflictos rumbo a la paz, introdujo cauces políticos y sentó un valioso precedente de unión política regional que no se ha vuelto a dar. De no haber sido por su existencia, seguramente estaríamos lamentando graves consecuencias hasta nuestros días. Fue el muro de contención de otra gran guerra, que para algunos hubiera tenido mayores proporciones.

Sin embargo, por el desgaste mismo que representaron las arduas y permanentes actividades de Grupo y en este caso del gobierno mexicano frente a la triangulación del conflicto con Estados Unidos, “México se queda sin cartas en el área y por interés nacional (habría que agregar la crisis interna), (por lo que) a partir del (nuevo mecanismo de negociación) Esquipulas III” (1988) se vuelca en sí mismo y se diluye su presencia. Este espacio de Contadora y la presencia activa de México, es llenado por la Iniciativa de Esquipulas y, dentro de ella, por la participación de Oscar Arias (Costa Rica), Vinicio Cerezo (Guatemala) y Daniel Ortega” (Nicaragua).¹⁵⁵

Habría que hacer notar que a pesar del protagonismo mexicano en todo el proceso, el Presidente de la Madrid no quiso figurar como centro de la negociación sino como “alguien” que facilitaba las cosas. El cedió su papel dentro de ese protagonismo a su canciller, Bernardo Sepúlveda. Ese mismo proceso de Contadora, continuó construyéndose de un modo difícil y contradictorio pero progresivo desde mayo de 1986, a través de declaraciones y acuerdos generales y después de compromisos específicos

¹⁵⁵ R. Jaubeerth, *Op.Cit*, p. 86

recogidos en las resoluciones de Esquipulas, que llevó en diferentes tiempos a la paz a los centroamericanos.

Es posible como dijo Henry Kissinger, que al carecer de poder real, la acción de Contadora tendería a agotarse en su propia retórica.

A la aparición de los acuerdos de paz conocidos como Esquipulas II, prácticamente Contadora desapareció como mecanismo de negociación en los conflictos centroamericanos.

Gabriel Aguilera Peralta, quien muchos años después sería subsecretario de Relaciones Exteriores de Guatemala, plantea un interesante estudio del cómo impactó el *Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centro América* en la búsqueda de una solución política negociada en los conflictos internos.¹⁵⁶

Este mismo esquema me pareció adecuado y novedoso al análisis de cómo repercutió la participación de México y en su caso del Grupo Contadora, tomando esta instancia como base del protagonismo mexicano, salvo que a diferencia de Aguilera, asumo el análisis tomando el nivel de conflicto entre los Estados y la confrontación que significó entre ellos la Revolución sandinista. De ahí que no se profundiza mayormente, porque tampoco era el objetivo.

La participación de México planteó un problema teórico relevante al igual que el Grupo Contadora: la mediación por parte de terceros Estados o de organismos internacionales en relación con estados que tienen una disputa entre sí, así como la búsqueda de soluciones negociadas a esos problemas, que constituye un área importante de las relaciones internacionales y del sistema internacional contemporáneo. La cuestión de intervenciones similares en conflictos internos y de negociación para los mismos, se encontraba en los años ochentas poco desarrollada. De allí se desprenden incertidumbres que aun se debaten, en especial las características que pueden tener las soluciones negociadas y la naturaleza de la acción de actores externos en ellas.

No es que este tipo de mediaciones no se hubieran dado en el pasado, ya que inclusive durante la misma Revolución mexicana hubo acciones que buscaban incorporar a otros países en las negociaciones entre los actores internos del conflicto,

¹⁵⁶ G. Aguilera, ponencia titulada Esquipulas y el Conflicto Interno en Centroamérica en el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Puerto Rico, enero de 1988 .

como fue el del grupo ABC (Argentina, Brasil y Chile). La diferencia entre aquél y los intentos modernos de México y el Grupo Contadora, es que los integrantes de éste no tenían intereses hegemónicos como los que propiciaron la creación del ABC, en este caso por los Estados Unidos.

Más adelante en el siglo XX se encuentran diversos ejemplos de la acción de actores externos como mediadores o bien como parte involucrada que respalda o impulsa las negociaciones de la parte a la que está ligada.¹⁵⁷

En el caso del Istmo se puede afirmar que la participación de México y el Grupo fue exitosa en la medida que pudieron contener, aunque no terminar, por una parte, los conflictos entre los estados involucrados; y por la otra, a contribuir con su cooperación y buenos oficios, a soluciones negociadas entre los actores internos en conflicto en Nicaragua.

La presencia misma de Estados Unidos y la confrontación Este–Oeste, hicieron más compleja y difícil la solución a los conflictos internos en Nicaragua y la solución se presentó en el contexto de otro mecanismo negociador que involucraba únicamente a los actores en conflicto, marginando a los que no lo eran. Así nació Esquipulas.

Otro de los aspectos fundamentales para acabar con el conflicto en Nicaragua, fue el que los rebeldes que un día tomaron el poder, tuvieron que aceptar el establecimiento de un nuevo orden consensual a través de acceder adelantar las elecciones y aceptar el escrutinio de 1990.

Los esfuerzos realizados por los Grupos Contadora y de Apoyo constituyeron un ejemplo único de concertación política regional entre varios estados considerados democráticos.

4.3. Esquipulas: continuación de Contadora

Aunque México junto con los demás países que conformaron el Grupo Contadora se hicieron a un lado al surgir la nueva iniciativa de Esquipulas, es importante dar una

¹⁵⁷ Idem. G. Aguilera da una serie de ejemplos sucedidos hasta antes del decenio de los 90, aún a costa de que algunos corrieron el riesgo que fuera la misma potencia colonial quien mediara como el de Zimbabwe (antigua Rhodesia), cuya participación de Londres resultó exitosa. Los otros casos son los de Sudán, Sri–Lanka y la India; Filipinas, Afganistán y Colombia.

visión general de ella porque fue inicialmente paralela a Contadora hasta 1988 y después su alternativa, y en mucho, el seguimiento de la idea de la negociación de paz que se había presentado desde 1982. Este nuevo modelo negociador toma en cuenta “sin mediaciones” los asuntos internos.

La primera reunión de los presidentes centroamericanos tiene lugar el 25 de mayo de 1986 en Esquipulas, Guatemala, ya sin la presencia de Contadora. Aunque reconocían a ésta como la mejor instancia política, por lo menos hasta ese momento, más adelante va a ser descartada como ya se mencionó. También se manifestó el deseo de firmar el “Acta de Contadora para la Paz y la Cooperación en Centroamérica”, cosa que nunca se concretó. De esta forma se acordó formalizar las reuniones de los presidentes, lo que sí se llevó a cabo durante varios años hasta 1990, en el mes de junio, cuando tuvo lugar el último encuentro en Antigua, Guatemala, (Esquipulas VIII), después de las elecciones en Nicaragua que le dieron el triunfo a la Unión Nacional Opositora.

A partir de la primera reunión de Esquipulas, Oscar Arias, presidente de Costa Rica comenzó a elaborar un plan de paz que es conocido como el Plan Arias. Inicialmente su objetivo era constituir una alianza con los países “democráticos” europeos y latinoamericanos con el fin de presionar a Nicaragua para que llevara a cabo negociaciones con los contrarrevolucionarios. De alguna manera quiso repetir el ejemplo de México, pero al revés.

Sin embargo el 7 de enero de 1987, altos funcionarios estadounidenses se reunieron con el embajador de Costa Rica en Washington “para trabajar una iniciativa diplomática para Centroamérica”¹⁵⁸. De hecho aquí se elaboraron los borradores del “Plan Arias”, aunque después se insistió que había una coincidencia con la propuesta del Presidente Reagan. Desde un principio este Plan pretendió imponerse a Contadora y excluía a Nicaragua de cualquier negociación. Para el 25 de febrero de 1987 cuando tuvo lugar Esquipulas II, las posiciones sobre todo de Costa Rica respecto a Nicaragua, estaban más flexibilizadas y se inició una dinámica de distensión.

Entre la primera reunión y la segunda, ya existían cuatro planes de paz: el de Contadora, el de Arias, el de Reagan (Enders) y el de Honduras, también bastante

¹⁵⁸ R. Jaubeerth, *Op.Cit*, p. 102.

similar al norteamericano. Era de interés principal para Estados Unidos, separar a Contadora, cosa que inicialmente no lo logró y fue incorporada junto con la ONU y la OEA a la propuesta de Esquipulas.

El *Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica* fue el inicio para destrabar el conflicto, no exento de muchas vicisitudes y altibajos entre los negociadores y en las condiciones que se quisieron imponer sobre todo a los sandinistas; además coincidió con el inicio del ocaso de la segunda administración de Ronald Reagan, que había sido precipitada por el escándalo “Irán–contras”.

En las negociaciones siempre partieron del reconocimiento de las naciones centroamericanas como zona de seguridad de la superpotencia. Los acuerdos nunca fueron un obstáculo para la recomposición de la hegemonía estadounidense en Centroamérica.¹⁵⁹

Pero a partir de “Esquipulas II” se estableció una serie de mecanismos tendentes a resolver los conflictos locales y a promover la democratización en toda Centroamérica. De esta manera los acuerdos presidenciales buscaron limitar el involucramiento externo en los asuntos internos, especialmente en los conflictos militares. Para llevar adelante los acuerdos en materia de reconciliación nacional, cese del fuego, democratización y elecciones libres, solicitaron la suspensión de cualquier clase de ayuda militar, logística, financiera, propagandística, en efectivos humanos, armamentos, municiones y equipo a fuerzas irregulares o movimientos insurreccionales. También iniciaron la discusión en materia de seguridad, verificación y control de acuerdos que habían sido planteados desde las negociaciones de Contadora. Se puede decir que este fue el arranque real para comenzar a “destrabar” el conflicto.

La Cumbre de Esquipulas III, celebrada el 15 de enero de 1988, en La Garita de Alajuela, Costa Rica, se dio ante la complejidad en la interacción y contradicciones en el desarrollo de los modelos Contadora–Arias–Reagan y fue el inicio de la ‘descontadorización’ como lo califica Jauberth al proceso de la separación de México como instancia mediadora. En esa ocasión, inclusive, hubo fuertes críticas por parte de

¹⁵⁹ En 1987 el Presidente de Costa Rica, doctor Oscar Arias Sánchez, recibió el Premio Nobel de la Paz, después que todos los gobiernos del área centroamericana firmaron los acuerdos de Esquipulas II. La posición de Arias en los asuntos de América Central se convirtió en un parámetro por el cual muchas personas en el Congreso y en otras partes, se guiaron para juzgar la política de los Estados Unidos.

los gobiernos de Honduras, El Salvador y Nicaragua contra el mexicano, acusándolo una vez más de su parcialidad respecto a Nicaragua. “La eliminación de Contadora en esta cumbre significaba para algunos gobiernos de Centroamérica, y por supuesto para EUA luz verde para presionar con mayor fuerza a Nicaragua” ¹⁶⁰.

En esta cumbre, otra vez Estados Unidos amenazó a todos los centroamericanos de retirarles la asistencia económica, en caso de que no se llegara a una negociación para formalizar pláticas tripartitas entre la oposición civil interna–contra–sandinistas; o sea diálogos no sólo para el cese de fuego, sino también para abordar asuntos de política interna.

En cuanto a una mayor concreción de los acuerdos, ésta se alcanzó durante la reunión de Esquipulas IV celebrada en Costa del Sol, El Salvador, el 14 de febrero de 1989 como un mecanismo de presión militar sobre el gobierno sandinista. En esa oportunidad el presidente Daniel Ortega se vio obligado a plantear el compromiso de su gobierno de celebrar elecciones adelantadas el 25 de febrero de 1990, ‘de modo tal que se garanticen la organización y la acción política de los partidos en su sentido más amplio’ con verificación internacional de la ONU y la OEA. A cambio, Nicaragua obtuvo el compromiso de los presidentes para elaborar en un plazo de 90 días, ‘un Plan Conjunto para la desmovilización, repatriación o reubicación voluntarias en Nicaragua y en terceros países miembros de la Resistencia nicaragüense y de sus familias’ ¹⁶¹.

“Por primera vez los gobiernos centroamericanos aspiraron a un replanteamiento de los términos en el trato con Estados Unidos desde una negociación de los asuntos interregionales. Uno de los resultados positivos de los acuerdos de Esquipulas, fue precisamente el cuestionamiento internacional de la doctrina militar ensayada por Reagan en Centroamérica” ¹⁶².

Con la firma del “Acta Bipartidista” del 24 de marzo de 1989 por parte del nuevo presidente George Bush y los líderes de los dos partidos en el Congreso y el Senado estadounidenses, se pensó en una nueva posibilidad de cambio y fue presentada como una ‘política unificada hacia América Central’. Los objetivos más concretos estaban

¹⁶⁰ R. Jauberth, *Op.Cit.*, p.114.

¹⁶¹ Abelardo Morales. “Seguridad y Rigidez frente al cambio: la política de Estados Unidos en Centroamérica” en M. Vereá, *La política exterior norteamericana hacia Centro América. Reflexiones y perspectivas*, UNAM, FLACSO–M.A.Porrúa, 1991, p. 43–45.

¹⁶² *Ibidem.* p. 46.

directamente relacionados con la política hacia Nicaragua. Los firmantes (demócratas y republicanos) reconocieron su aspiración de lograr en ese país la “democratización”, el fin de las amenazas sobre sus vecinos y el rompimiento de los vínculos militares de los sandinistas con la Unión Soviética. Pero reconocieron el compromiso de colaborar con los presidentes centroamericanos en la suspensión de hostilidades en Nicaragua.

La cuestión centroamericana desde entonces, dejó de ser motivo de encono en la política interna de EUA y por supuesto, ya lo había empezado a dejar de ser frente a la Unión Soviética, puesto que ésta además reconoció no tener ningún interés específico en la zona, mientras que para el primero, era parte de seguridad.

Como era de esperar, el significativo mejoramiento de las relaciones estratégicas entre las dos grandes potencias, había permitido a su vez el inicio de la colaboración entre ambas para la limitación y resolución de los conflictos regionales.

El entusiasmo de un “cambio” del nuevo presidente norteamericano respecto al proceso centroamericano, en especial el nicaragüense, duró muy poco, ya que el presidente Bush comenzó a modificar su política en la segunda mitad de 1989 y los focos de tensión alcanzaron sus niveles más altos en El Salvador, Panamá y Nicaragua.

Sin proponérselo, México se había puesto en medio de los intereses de las dos grandes potencias, sobre todo cuando EE.UU. buscaba afianzarse como la potencia súper hegemónica en la década de los ochenta.

Una última acción por parte de Estados Unidos en el Istmo, dejó un claro mensaje para el resto de los países del área, principalmente hacia Nicaragua, hasta donde podía llegar en la defensa de sus áreas de interés nacional y fue la invasión a Panamá en diciembre de 1989.

Aunque previamente ya se había acordado en la reunión de Esquipulas IV de adelantar las elecciones nicaragüenses, el año de 1989 estuvo más que nunca inmerso en fuertes tensiones. Inclusive se llegó a afirmar que los sandinistas en el poder no permitirían unas elecciones abiertas y libres, por lo que el aviso de la detención del hombre fuerte de Panamá, el general Antonio Noriega, puso en estado de alerta a toda la región, incluyendo a México por su respaldo al futuro proceso electoral.

Este hecho vino a demostrar otra vez, que Mihail Gorbachov ya no tenía interés en apoyar a un personaje como Noriega, acusado de narcotraficante, puesto que se

marginó, contra lo esperado, de la intervención norteamericana y como en Nicaragua, solamente se abstuvo de participar y se comprometió a suspender el envío de armamentos, frente a la inflexibilidad de su contraparte.

A diferencia de Panamá, Estados Unidos no tenía límites de tiempo para lograr sus objetivos en Nicaragua como lo demostró a lo largo de los diez años que combatió a los sandinistas. Sin lugar a dudas, los acontecimientos de Panamá influyeron en los ánimos de los electores nicaragüenses, hartos y cansados y nada dispuestos a seguir la confrontación con los norteamericanos. Tampoco se puede perder de vista el desencanto de la población “nica” ante su creciente depauperación y el aumento de sus problemas económicos que se los atribuían entre otros, a la falta de ayuda del norte.

“El éxito de la guerra contra los sandinistas no fue militar: primero fue un éxito económico y después político”.¹⁶³ Lo que vino después fue el resultado de las elecciones del 25 de febrero de 1990: el triunfo de la Alianza Opositora y la derrota del sandinismo en el poder.

Los acuerdos de paz crearon las condiciones favorables para iniciar las negociaciones pero no modificaron directamente las causas que originaron esos conflictos.¹⁶⁴

4.4. Expresiones de solidaridad de México en apoyo a la paz

El difícil proceso de negociación tanto de Contadora como de Esquipulas que duró más de siete años (1983–1990) dio lugar a un impresionante número de acciones político–diplomáticas de gobiernos, partidos políticos, organizaciones civiles, organismos internacionales y regionales; congresos, medios de información y de la opinión pública mundial, regional y local.

México participó en casi todas ellas. En el nivel de gobierno, desde la presidencia de la República, secretarías de Estado, subsecretarías, hasta jefaturas de departamento. Asimismo los legisladores mexicanos y los institutos políticos se vieron involucrados en reuniones, visitas, comunicados conjuntos, declaraciones,

¹⁶³ *Ibidem.* p. 55.

¹⁶⁴ Aguilera, *Op.Cit.*, p. 40

comparecencias, que permitieron una presencia permanente en todos los actos de apoyo a la paz en Centroamérica.

El éxito de las gestiones mexicanas durante los cinco años de vida del Grupo Contadora fue el hecho determinante de haber sido México el único país que mantuvo una sola línea de negociación a través del secretario de Relaciones Exteriores, Bernardo Sepúlveda y del negociador, el subsecretario de Cooperación Internacional, Ricardo Valero.

En instancias nacionales como el Plan Nacional de Desarrollo 1983–1988 del Poder Ejecutivo Federal, se incorporó por primera vez “el carácter prioritario de la relación de México con los países de América Central...y se subraya la necesidad de que no se produzcan conflictos bélicos en el área... y se reafirme que México seguirá actuando conforme a derecho, a favor de la distensión de la zona y de la negociación política como medios para solucionar los conflictos y diferencias entre los países de la región, y mantendrá su compromiso responsable y persistente, para el logro del progreso del área sobre bases estables y la conveniencia de regímenes de distinto sistema político con pleno respeto a su soberanía”.

En congruencia, el presidente Miguel de la Madrid en todos sus informes presidenciales destacó tanto la situación de crisis de las naciones centroamericanas, como el porqué México se ocupaba, en su política exterior, con tal intensidad en el Grupo Contadora y todo lo que apoyara sus esfuerzos.

“La posibilidad de una diseminación del conflicto se convertía aceleradamente en una amenaza para toda la región. La necesidad de conjurar el peligro fue entonces una cuestión de interés y de seguridad nacional inaplazable para cada uno de los países del Istmo y para las naciones más cercanas a esa zona geográfica”¹⁶⁵. El mismo presidente revelaba sus inquietudes de que un conflicto regional se prolongara y se ampliara a un conflicto entre las grandes potencias, por lo que México hubiera sido afectado ineluctablemente. De ahí que el interés nacional se definió como la defensa de la soberanía y la independencia extendidas a los países vecinos del sur.

¹⁶⁵ Bernardo Sepúlveda A. Prólogo a *Relación de Contadora*, edición de Víctor Flores Olea, SRE–FCE, México, 1988, p.7.

Ya desde el primer informe presidencial de 1983, de la Madrid expresó que el Grupo Contadora había contribuido “a detener los peligros inminentes y reducir los riesgos de una confrontación generalizada de la región”.

Unos meses después, en mayo de 1984, en la sesión conjunta del Congreso de los Estados Unidos con motivo de la visita oficial de Miguel de la Madrid a Washington, llamó la atención el discurso del presidente por tres motivos: el primero, porque desde el inicio de su mandato y aún antes, siendo candidato presidencial, había buscado un acercamiento con la Casa Blanca después del cierto deterioro de las relaciones que el anterior gobierno había ocasionado por el apoyo que daba a la Revolución sandinista. El segundo, porque el gobierno mexicano había iniciado precisamente una proximidad económica-financiera con Washington desde el inicio de la administración, ante la crisis heredada; y, tercero, porque era precisamente en el corazón del imperio en que de la Madrid manifestaba una posición independiente y soberana frente al presidente de ese país, aunque su discurso fuera en el Congreso.

Esto último es doblemente significativo, porque la Cámara de Representantes felicitó a México por las acciones del Grupo Contadora, por sus esfuerzos pacificadores, lo que fue un reconocimiento tácito al papel que estaba jugando la política exterior mexicana a través de su diplomacia, para además impedir bases extranjeras y la disminución del armamentismo en la región. Sin embargo, más adelante como ya se apuntó, el presidente Ronald Reagan logró imponer una política contraria a la de su Congreso.

En el 2º Informe Presidencial de 1984, el Presidente reiteró: “la disposición de México de continuar actuando en los foros correspondientes para propiciar el cese de las hostilidades y el arreglo negociador de la paz en Centro América”. En esa ocasión, expresó una inquietud que fue dirigida a exhortar a otros países del continente y fuera de él, a contribuir a superar los problemas de esa región. Y aquí hizo una mención importante que aludía a que tal participación debería de ser “sin condiciones políticas o influencias hegemónicas”, por lo que era claro el mensaje de alerta por las posiciones adoptadas por las dos grandes potencias, pero principalmente ante las postura de Washington.

Un año después, en 1985, el Presidente de México señalaba ante el Congreso mexicano con motivo de su Tercer Informe, que aparte de reafirmar la solidaridad regional de su gobierno, reiteraba la voluntad de México en la negociación en el Grupo Contadora, sobre todo ante la continua violencia que se suscitó en ese año, por lo que vuelve a mencionar los objetivos básicos de los países que lo integraban: reducir la escalada militar en la región, establecer acuerdos de paz y respeto mutuo y consolidar una atmósfera de cooperación y diálogo entre las naciones.

Ya para 1986, en el 4º Informe, de la Madrid se concretó más a confirmar su vocación pacifista y a señalar que México no había cejado de fomentar el diálogo y la negociación para salvaguardar los intereses legítimos de las naciones en la región y la seguridad en el área, ante la guerra generalizada.

Cabe destacar que ya para entonces, habían surgido las negociaciones de Esquipulas, entre los contendientes centroamericanos, por lo que en dicho Informe por primera vez señalaba el Primer Mandatario que el proceso de negociación diplomática “Depende ahora, fundamentalmente, de la voluntad política de las partes en conflicto”. En ese tiempo fue cuando se comenzó a dar un deslinde de la participación mexicana en las negociaciones, por lo que para 1987, en el 5º Informe, el titular del Ejecutivo se refirió de manera general a la evolución de las iniciativas de concertación política e integración económica con los países latinoamericanos y su impacto en la conformación de acuerdos políticos. Por primera vez desde su inicio en 1983, ya no se mencionó al Grupo Contadora, pero el Presidente fue muy enfático al afirmar que para el gobierno de México era un “imperativo ineludible evitar la guerra y la confrontación en la región y de continuar apoyando los esfuerzos de los cinco presidentes centroamericanos”.

A la luz de las cinco comparecencias de Miguel de la Madrid ante el Congreso de la Unión, el verdadero activismo en la mediación y de los reales apoyos del gobierno en Centroamérica, se demostró que no fueron una hueca retórica, como además se vio con la permanente cooperación que durante todos esos años continuó prestando México.

En otro orden de acciones, estuvieron también las que impulsó México a través de Contadora ante el Consejo de Seguridad y la Asamblea General de las Naciones Unidas. La Resolución aprobada por unanimidad en mayo de 1983, reafirmó “el derecho de Nicaragua y de todas las demás naciones de la región a vivir en paz y en seguridad,

libres de injerencia extranjera”. Asimismo encomió los esfuerzos de Contadora, exhortó a los demás países a apoyarla y a no escatimar esfuerzos para encontrar soluciones al problema.

En ese mismo año, en noviembre, la Asamblea General aprobó por consenso la Resolución 38/10 que contenía el mismo espíritu que la anterior del Consejo de Seguridad, señalando además que los Estados debían abstenerse de continuar o iniciar operaciones militares en la región para no entorpecer a Contadora.

En ese sentido también la Organización de Estados Americanos, en noviembre de 1983, reafirmó sus principios aplicados a Centro América –que son los mismos de la política exterior mexicana– en su Resolución 675 de la Asamblea General, aprobada por unanimidad. Las siguientes resoluciones de ese organismo regional mantuvieron esa misma posición de apoyo a los esfuerzos de Contadora.

En 1984, la Resolución 39 de la OEA presentada por México, Panamá y Venezuela fue aprobada también por unanimidad con el fin de culminar el proceso de negociación y firma del Acta para la Paz y la Cooperación Centroamericana.

Y para 1985, la Resolución 562– del Consejo de Seguridad de la ONU destacó el hecho mismo de la exhortación a los gobiernos de EUA y de Nicaragua, a reanudar las negociaciones iniciadas en Manzanillo, México, “con el objeto de celebrar acuerdos para la normalización de sus relaciones y para cooperar en el logro de la distensión regional”.

Los años de 1986 y 1987 fueron en los que la ONU continuó exhortando a los contendientes a dirimir sus diferencias a través de las resoluciones de la Asamblea General 41 y 42, respectivamente. La OEA siguió el mismo camino hasta que por fin se dieron los acuerdos de paz.

Como resultado de todos estos pronunciamientos, países fuera de la región, europeos principalmente, llevaron a cabo una serie de acciones en los que no fue casual la consulta a México.

Sin contar los discursos u otras declaraciones en diferentes escenarios o a través de los medios de comunicación, de todas las más de 150 acciones emprendidas en los años de Contadora, México fue el mayormente activo. Fue anfitrión de 17 reuniones en diversos lugares de la República y propició en tierras mexicanas siete de las nueve

rondas de negociaciones entre Estados Unidos y Nicaragua; a la vez que buscó por diferentes medios acercamientos entre Washington y La Habana.

Todos los esfuerzos de México no fueron inútiles. La paz se concretó en Centroamérica.

“... la revolución mostró más una capacidad imaginativa sobre el futuro, que creativa”
Marvin Ortega.

5. La retracción de la moderna política exterior

A partir de los Acuerdos de Esquipulas, México comenzó a tener una presencia diplomática marginal entre sus vecinos del sur. El hecho mismo que se hubieran firmado los acuerdos de paz en Centroamérica y que Nicaragua se mostrara favorable a adelantar el proceso electoral para el mes de febrero de 1990, fueron también factores que se juntaron para que el cambio de actitud de México no se resintiera como un alejamiento profundo de la “tradicional” postura diplomática.

Ese fue el contexto aprovechado por el nuevo gobierno mexicano encabezado por Carlos Salinas de Gortari para un cambio de estrategia hacia Centroamérica y concretamente en su relación con Nicaragua a partir de 1989.

A la par del desarrollo de los acontecimientos en esa zona, el declive de la bipolaridad del poder con los consecuentes y conocidos cambios mundiales, fueron detectados por el propio presidente Salinas. De ahí que desde el inicio de su mandato, comenzó a aplicar una serie de medidas tendientes a cambiar tanto la política exterior, como la imagen del país. Dentro de esta estrategia de cambio, estaba incluida una serie de reformas internas, principalmente en materia económica, que no podrían ser compatibles con la hasta entonces política exterior que habían seguido sus predecesores. Se plantea la “imperiosa” necesidad de ‘modernizar a México’.¹

Propiciado por una nueva forma de observar la realidad global, las transformaciones que se venían gestando indujeron a que los paradigmas

¹ Cf. C. Puga, *Op. cit.*, p. 446. Hace mención al Plan Nacional de Desarrollo del gobierno de Carlos Salinas en donde identifica elementos reconocidos en la teoría de la modernización: la voluntad del gobierno en transformarse, la democratización en la economía basada en las exigencias del mercado y el replanteamiento del proceso educativo, para formar un nuevo tipo de ciudadanos que sepan enfrentar los retos mundiales.

revolucionarios como parte de la modernidad del siglo XX, comenzaran a ser rebasados por políticas que se adaptaron más a una estrategia occidental posmoderna.

5.1. El impacto de la globalización en la política exterior

El proceso de recomposición mundial formalizado en 1989, con sus antecedentes en la misma década de los ochenta, comenzó con las contradicciones del sistema socialista, su cada vez mayor debilidad para sostenerse como una opción real de poder y desarrollo, y la fortaleza en esos años del neoliberalismo, trajeron como consecuencia el fin de la Guerra Fría. “Bajo el término de globalización cabe la diversidad de cambios que han transformado al mundo en un periodo de alrededor de treinta años. Incluye las comunicaciones, el mercado, muchos cambios tecnológicos, cambios en la soberanía, el fin de la Guerra Fría...”².

El acercamiento del presidente de la URSS, Mihail Gorbachov, al bloque occidental, fue un aviso casi imperceptible de los acontecimientos posteriores a ese año, como lo fue la destrucción del Muro de Berlín. Con el derrumbe del sistema soviético, la supremacía de los Estados Unidos “significaba el triunfo de la economía de mercado y de la filosofía del capitalismo, y con ello la uniformidad de los valores y las creencias de todas las sociedades en torno a los ideales del gobierno democrático al estilo occidental. Las contradicciones del mundo deberían cesar y acomodarse a la nueva realidad dominante”³. Se había instalado una “civilización” capitalista.

El presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, ascendió al poder en el año previo, en 1988. Un año después, oficialmente se inició el resquebrajamiento de todo el bloque soviético y por consiguiente del llamado “socialismo real”. La transformación mundial que había comenzado con los cambios de Gorbachov no fue tan clara y el fin de la bipolaridad tomó por sorpresa a prácticamente todo el mundo.

Con independencia de las causas estructurales que originaron la desintegración de la URSS y de las transformaciones de los países socialistas, otra expresión, el de la globalización, se introdujo como elemento fundamental en los cambios mundiales. “El

² Anthony Giddens, *Lecciones Globales*, Nexos, noviembre de 2001, pp. 28–36.

³ F. Solana, *Op. Cit.* p. 5

impulso más importante de la globalización no es primordialmente el mercado, sino la revolución de las comunicaciones –especialmente la revolución electrónica–... Lo que ha transformado tanto y tan profundamente a la sociedad global es la creación de redes de comunicación globales. Una vez que la comunicación instantánea ocurre sin frontera alguna, cambian muchas cosas en nuestras vidas... Sin la revolución de las comunicaciones no hubiera sucedido la revolución de terciopelo en Checoslovaquia, ni la caída del muro en Berlín de 1989, ni la transformación de la Unión Soviética. A la pregunta de por qué en 1989 no hubo violencia, hay quien responde que fue la primera revolución posmoderna porque la televisión jugó un papel muy significativo en las transformaciones de Europa del Este”⁴.

En un mundo ambivalente, de permanente mutación, América Latina se enfrentaba a la búsqueda de su nueva inserción en la realidad internacional. Los países del área se vieron obligados a evolucionar ante la ola de emancipación de los pueblos, la lucha por la democratización que se hacía cada vez más necesaria y por último enfrentar y asumir la globalización.

La cita de Giddens da la pauta para extenderla al caso de México, ante los cambios suscitados. Mucho se habló en su momento de que las transformaciones que estaba impulsando Carlos Salinas se estaban realizando sin una ola de violencia y de alguna manera se le comparó con el mismo Gorbachov; uno haciendo los cambios políticos y el otro en materia económica.

Dentro de las diferentes líneas de investigación sobre la modernización que señala Puga, hay una particularmente a destacar en este orden de ideas y es la que se refiere al “carácter necesariamente conflictivo del proceso modernizador” al crear resistencias como las hubo, al inicio de lo que esta misma autora llama la “segunda modernización”. No obstante, Salinas pudo manejar los primeros años de su administración y detener conflictos de gran envergadura a través de acciones impactantes y contundentes para la opinión pública, como fue por un lado, con grupos marginales y por el otro, empresariales y financieros que le permitieron sobrellevar esos años, introducir modificaciones al sistema e impregnar su estilo personal y modernizador en lo política tanto interna como externa. “Desde la perspectiva de la modernización de

⁴ A. Gidens, *Op.Cit*, p. 28–35.

Huntington, podría argumentarse que los cambios realizados mitigaron los efectos del inevitable conflicto derivado tanto del efecto de la modernización entre sectores tradicionales como el desequilibrio entre el cambio económico y social, por un lado, y el político por el otro”⁵.

El nuevo presidente, Salinas, con esa visión y otra proyección y pragmatismo, vivió los cambios mundiales que ya flotaban en el aire: el ecologismo, la idea de la democracia integral, el auge del neoliberalismo, la globalización y por lo mismo, la inviabilidad de sostener a la nación y sus principios sobre las bases de un proyecto emanado de la Revolución mexicana.

“Sumergido en la confrontación Este–Oeste, el mundo había avanzado aceleradamente hacia la globalización de la economía mundial. En esos años se había dado un fenomenal aumento en la interdependencia de las economías, de los flujos de inversión, de comercio, de corrientes financieras y de información entre los países desarrollados, con una creciente exclusión de los países en desarrollo”⁶.

Como sus predecesores, Salinas recibió un país debilitado y con una severa crisis por el endeudamiento, aunque la diferencia estribó que su antecesor le había dejado “puesta la mesa” para un cambio económico y político que de la Madrid no pudo concretar durante su periodo. Para ese momento (1989) había trascurrido ya casi una década de crecimiento nulo de la economía, altos niveles inflacionarios, deterioro de la cotización del peso, parálisis en las inversiones productivas y una pérdida significativa de la confianza en el futuro del país. “El nuevo gobierno concentró sus energías en revertir estas tendencias. Se buscó, en una primera etapa, reanimar las fuerzas internas del país y restablecer la credibilidad de los centros financieros internacionales en el futuro económico de México...”⁷.

Es así, que ya siendo presidente, Carlos Salinas inició las transformaciones que como se apuntó anteriormente, habían sido preparadas en el gobierno anterior y en las que a todas luces, él había contribuido como el miembro más importante del gabinete de

⁵ C. Puga, *Op. Cit.*, p. 447.

⁶ F. Solana, *Op.Cit* p. 558. El autor continúa con los resultados de esa primera etapa que va a tener lugar en los años posteriores a 1989, lo que se sale del periodo fijado en esta investigación y dice: “la privatización de las empresas públicas, la corrección del déficit presupuestal, el pacto para la estabilidad económica y de precios y el ajuste económico (que) fueron las primeras señales de cambio comprometido que envió México al mundo.)

⁷ *Ibidem* ,p. 557.

Miguel de la Madrid. A él le había correspondido ser el ejecutor de los cambios económicos que fueron el precedente para las reformas que en éstos y en otros ámbitos, haría poco tiempo después.

Casi nunca, en la historia de México, se había dado el caso que hubiera una misma línea de continuidad política y con la misma visión económica entre dos administraciones federales como la que se da entre esos dos últimos presidentes; pero adicionalmente, que hubiera un entorno internacional propicio al cual se hubieran ajustado en la forma como lo hicieron. Esa coincidencia proviene, aunque pertenezcan a dos generaciones diferentes, de que parte de su formación académica la realizaron precisamente en universidades estadounidenses, donde encontraron otra percepción del mundo: más realista y más apegada a los cambios mundiales. Sin embargo, el nuevo presidente a diferencia de su mentor, ya no se sintió identificado ni formó parte de la generación emanada de la Revolución mexicana; tampoco compartió el sueño colectivo del siglo XX, de las revoluciones de la modernidad.

“¿Por qué insistir en la Revolución Mexicana que ya enseñó todas sus grandezas y sus miserias, sus logros y sus limitaciones? Es la pregunta que Enrique Semo Caleb, ideólogo de la izquierda mexicana preguntará años más tarde en otro contexto totalmente diferente. De esa misma comunicación epistolar tomo algunos de los párrafos en donde el autor expone lo que para él viene siendo la Revolución mexicana y que se adapta, valga la paradoja, a lo que Salinas ya venía proclamando con los hechos, aunque perteneciendo a otra corriente ideológica: “Para mi, el concepto de Revolución Mexicana tiene varios sentidos. Es historia, memoria e ideología. El primero se refiere a un gran movimiento social que duró de los años de 1910 a 1939. Como tal, produjo cambios epocales (sic) que cambiaron profundamente al país. Como memoria, la Revolución vive en la tradición, en la forma de pensar y sentir de millones de personas. No siempre corresponde a lo que realmente pasó, la verdad se mezcla con mitos, pero representa un aspecto importante de la cultura popular. El último significado sirve para designar una ideología que fue usada como ideología oficial y dominante en los años 1940–1982... (los gobiernos de esa época) siguieron usando el nombre y las ideas de la Revolución, transformadas en mito para amparar una política que era, en realidad, todo lo contrario... Reivindicamos (la oposición independiente) la Revolución Mexicana como

movimiento social, la respetamos como memoria popular, pero rechazamos rotundamente la ideología oficial de la Revolución que sirvió para amparar prácticas autoritarias y antisociales de los gobiernos del PRI...”⁸.

La Revolución mexicana que se había venido agotando como modelo terminó de sucumbir con la nueva realidad internacional de esos años, así como por la falta de identificación con una utopía que no respondió con el tiempo a las necesidades de la población. Con Carlos Salinas, la revolución terminó por convertirse en un desencanto posmoderno ante una economía deteriorada y una cuestionada democracia. No obstante, si se considera que la inercia misma de los procesos no concluyen en una fecha determinada, el mito revolucionario terminó al cumplirse un ciclo de 70 años.

La dinámica interna altamente conflictiva se conjugó con una de mayores dimensiones: los cambios en la correlación de fuerzas a nivel mundial plagados de tensiones que culminaron con la bipolaridad del poder. Son las “fuerzas profundas” como las define Pierre Renouvin, o sea aquellos actores nacionales e internacionales los que van a obligar a cambiar las prioridades y el manejo de la política exterior del país. La globalización es la que va a determinar las acciones de los nuevos actores que se fueron presentando a lo largo de la década de los ochenta, obligando a que la prioridad fuera la economía.

Los principios tradicionales aplicados hacia el exterior durante el largo periodo del mito revolucionario, que fueron los pilares fundamentales de la política internacional de México, comenzaron a moverse, a ya no permanecer estáticos.

Por eso, frente a la transformación mundial y ante una percepción realista de los cambios internacionales, Salinas inició reformas en las estructuras de la sociedad mexicana: “la administración del presidente Salinas estableció con claridad lo que era necesario preservar y lo que había que transformarse. Entre las constantes que habría que mantener inalteradas, destaca... el apego a los principios rectores de (la) política exterior, así como los esfuerzos de México a favor de la paz, la cooperación...”⁹.

La anterior afirmación del entonces canciller Fernando Solana, da a entender que de hecho ya existía un cambio en lo que había que conservar y lo que había que

⁸ Carta de Enrique Semo al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas en *Proceso*, No. 1398, México, 17 de agosto de 2003.

⁹ Solana, *Op.Cit*, p. 560.

transformarse; entre esto último, como se vio en los siguientes años, se dejaba a un lado intereses “nacionalistas”, como producto de la Revolución, que hasta entonces habían prevalecido. En una relación dialéctica, se buscaba mantener lo fundamental, la gran tradición, para impulsar una nueva época y una nueva política exterior.

Por eso, “el apego a los principios rectores de la política exterior” comenzaron a ser cuestionados, ya que los radicales cambios que se produjeron en la política económica desde el inicio del sexenio, hicieron que comenzara a variar la dinámica tradicional de esa política. Una prueba de ello, fue que el principal apoyo para legitimarse en el poder que recibió Carlos Salinas después de las controvertidas elecciones presidenciales de 1988, en que arribó a la Presidencia de México, lo obtuvo de la potencia del norte, Estados Unidos.¹⁰

Durante el primer año de su mandato, Salinas no quiso enfrentarse abiertamente a una sociedad mexicana que ya había comenzado a resentir las transformaciones económicas que había iniciado Miguel de la Madrid. Tampoco a proponer reformas legislativas puesto que la conformación del Congreso de la Unión en ese momento, – principalmente de la Cámara de Diputados que le era adversa– no le garantizaba que sus iniciativas fueran a ser aceptadas. Por lo mismo, en ese primer año, tuvo que mantener una serie de acciones dentro de los compromisos internacionales, que se habían iniciado durante los ejercicios administrativos de los dos últimos presidentes. “El reto de nuestro tiempo es reconocer que las tendencias hacia la globalización obligan a la vigencia del derecho internacional para fijar las reglas de la cooperación, frente a problemas, de suyo, internacionales. Pero nunca supone diluir la soberanía de los Estados bajo el pretexto de una supuesta comunidad de individuos... Soberanía y democracia son indispensables en un mundo de interdependencia. Sólo así, autogobernarse permite comprometerse, ligarse, abrirse hacia la comunidad de naciones. Sólo en la distensión real pueden esperarse transformaciones auténticas”¹¹.

¹⁰ Rosa María Villarelo, “Escenarios de la Política Exterior de México”. Ponencia presentada en el Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Internacionales, AMEI, octubre de 1995, en *La República*, 2 de noviembre de 1995. En ella hago un balance y una prospectiva de lo que habían sido los primeros años de la gestión internacional presidencial y lo amplío a todas las regiones.

¹¹ Discurso pronunciado por el presidente de la República Mexicana, licenciado Carlos Salinas de Gortari, en la XL Asamblea General de las Naciones Unidas, Nueva York, 1 de octubre de 1990.

Una de las principales posiciones que desde un principio se manifestaron en política exterior, se refería al papel que México debería tener ante la realidad mundial, así como la de reconocer su doble característica: pertenecer a un bloque en ese momento de incipiente formación, el de América del Norte y su verdadera prioridad: sus vínculos con Estados Unidos en función de la alta dependencia económica, financiera y comercial. La otra faceta de esa dualidad, era la histórica y cultural, la de formar parte de una civilización sureña, la latinoamericana. Si bien ese reconocimiento no era nuevo, lo realmente novedoso resultó aceptarlo de manera abierta, ya sin ningún tapujo y no veladamente como hasta entonces había sucedido. Después inclusive se habló de la pertenencia a una tercera zona, la caribeña y hasta se le mencionó como la tercera frontera.

Por eso, Carlos Salinas fue congruente frente al todavía bloque del Este y en especial con respecto a la URSS, cuando decide distanciarse de todo aquello que significara un distorsionado o erróneo mensaje hacia Estados Unidos. Seguir con la misma dinámica hacia Centroamérica en apoyo a gobiernos o grupos revolucionarios que olían a socialismo, serviría únicamente para exacerbar a su principal socio, en momentos de definiciones que afectarían la nueva relación que se comenzaba a construir. Sin embargo, caso diferente fue la reacción de México frente a la intervención norteamericana en Panamá en diciembre de 1989, puesto que la rechazó aunque de manera un poco tardía, exigiendo el respeto al principio de no intervención. Lo mismo sucedió ante la Ley Torricelli que pretendía penalizar a las empresas estadounidenses establecidas en otros países, México entre ellos, que tuviese relaciones comerciales con Cuba. En ambos sucesos, el gobierno mexicano mantuvo ante todo la defensa de los principios de no agresión armada y el de la preservación de la autodeterminación en cuanto a sus asuntos diplomáticos y comerciales, y ello le significó un reconocimiento a la no sujeción de su política exterior y el respeto al derecho internacional, como parte inicial de su capital político. "... México ha sostenido como principios de la convivencia civilizada entre las naciones, el respeto al derecho de los pueblos a la autodeterminación y a la no intervención externa, la igualdad jurídica de los Estados, la

resolución pacífica de los conflictos; ha sido una cruzada a favor del derecho internacional”¹².

Jorge Montaña escribe diez años después de terminada la Revolución nicaragüense, que el conflicto centroamericano pasó del debate inicial sobre cómo superar las profundas e históricas carencias económicas de la zona, a un deterioro de las instituciones políticas y finalmente en violencia descontrolada” y que es precisamente en esta etapa, que “el conflicto se hizo más complejo y se volvió rehén del enfrentamiento Este–Oeste.”¹³

Al desembarazarse la región y en particular Nicaragua del “estigma” de la influencia soviética, cuando en realidad la URSS ya había comenzado tiempo atrás a abandonarla en su apoyo político y económico, significó un tremendo esfuerzo para los propios sandinistas en el momento en que estaba en juego su supervivencia en el poder.

Independientemente, la apertura electoral de 1989 y la preparación de las elecciones para el año siguiente en Nicaragua, no fueron suficientes para que el nuevo gobierno de Salinas mantuviera el soporte político que hasta entonces México le había estado otorgando por 10 años.

En ocasión de la entrevista ya consignada al ingeniero Gilberto Ruiz Almada quién estuvo de embajador de México en Nicaragua durante dos años y medio, de 1987 a mediados de 1989, no comentó ninguna acción especial de apoyo hacia Nicaragua que hubiera tenido lugar durante los primeros 7 meses del gobierno salinista, en contraste con las menciones que hizo de los periodos presidenciales anteriores.

A la vez, en conversación con el licenciado Fernando Solana Morales, canciller durante el gobierno de Carlos Salinas, no recordaba algún hecho destacado entre México y Nicaragua durante ese primer año y sí se remitió a la sobresaliente política exterior mexicana hacia Centroamérica durante los años anteriores. En efecto, en el primer informe de labores de Solana como secretario de Relaciones Exteriores, prácticamente desaparece como punto central la relación con el Istmo; pero si enfatizó el nuevo acercamiento con América Latina, con la que se buscó romper con prácticas

¹² *Idem.*

¹³ Jorge. Montaña “Una visión mexicana de Centroamérica” en *Foreign Affairs* en español, ITAM, vol. 1, núm. 2, verano 2001, pp.11–14.

protocolarias y llevar a cabo la promoción de proyectos de interés mutuo y en el fortalecimiento de la concertación política.

No obstante, al principio del sexenio, en enero de 1989, el Gabinete de Política Exterior, aprobó seis objetivos generales de la acción internacional de México y que el último a la letra dice: “apoyar y promover la cooperación internacional en todos sus aspectos, como instrumento esencial para que la comunidad de naciones alcance estadios superiores de paz, convivencia, entendimiento y desarrollo”¹⁴ que sin duda alguna, era una referencia a los vecinos del sur en especial, como lo demostró tiempo después. Tal fue el caso del apoyo a Centroamérica, que aunque años más tarde creció en programas de cooperación en un número sin precedentes e inclusive se le dio una alta prioridad a los vecinos, Guatemala y Belice, al inicio hubo una especie de *impasse*. Lo sobresaliente es que México mantuvo su mediación en la solución de las crisis políticas de Guatemala y El Salvador, que como punto culminante fue la firma de la paz entre los contendientes de esos países.

En estas últimas participaciones del gobierno mexicano frente a los procesos centroamericanos, la percepción oficial fue diferente, en el sentido de que en la medida que no hubiese un acuerdo entre los vecinos del sur, la zona se mantendría dentro de una dinámica ya inoperante.

Aunque la profundidad de los cambios que se avecinaban en la política exterior no se sintieron inmediatamente, si se percibía un aire diferente, tanto al interior, como por las transformaciones del orden mundial. Ese aire en la escala doméstica, estaba impregnado en un deseo modernizador que incluía una “diplomacia activa y anticipatoria”. Un poco tiempo después, los hechos comenzarían a dar la razón a la nueva estrategia gubernamental, por la caída del “socialismo real”. “Fueron, sin duda, años y sucesos de especial complejidad e incertidumbre para el ejercicio de la diplomacia. Acompañó a este escenario el hecho de que México también se hallaba sumergido en un profundo esfuerzo de modernización de sus estructuras económicas e institucionales”¹⁵.

¹⁴ F. Solana, *Op.Cit*, pp.560–561

¹⁵ *Ibidem*, p. 570

La víspera de la terminación de la Guerra Fría provocó en América Central los sucesos a los que ya he referido, pero en especial, la conclusión de regímenes autoritarios y pro socialistas y se tradujo en un catalizador para poner término a los conflictos ideológicos y armados que venían asolando a la zona desde hacía cuatro décadas, pero en especial durante la última.

Fernando Solana dice que la realidad geopolítica de México se vio realzada y modificada sustancialmente por los grandes cambios internacionales. Habría que agregar ante esta verdad, que ello mismo originó una redefinición estratégica de la política exterior mexicana, al pasar de la prioridad otorgada a la búsqueda de una salida política a los conflictos regionales hasta momentos inmediatos anteriores, a la emergencia de la paz y el impulso a los procesos de integración en los ámbitos económico y político. Dentro de este nuevo contexto, el Istmo centroamericano adquirió nuevas perspectivas dentro del marco de la cooperación en muy diversas áreas. A partir de este momento, la relación entre Centroamérica y México se modificó.¹⁶

Repensar el nuevo papel de México en un mundo globalizado, implicó su redefinición también histórica, donde el papel que desempeñan las naciones está cambiando considerablemente día con día. La necesidad de la reestructuración de sus instituciones se vio enfrentada a la nueva realidad, tanto las básicas que conforman la sociedad, hasta llegar a la soberanía, el gobierno y los principios de política exterior que hasta entonces había mantenido donde el nacionalismo seguía jugando un papel central.

La preponderancia que ya había adquirido la globalización en el terreno económico y comercial dentro de los factores estructurales internos y la gradual desarticulación de las bases económico-político-sociales obligaron como factor exógeno a repensar el nacionalismo. Lo local, tendió apresuradamente a perder importancia a favor de lo global que conllevó a una crisis del nacionalismo populista.

La globalización de la economía mundial alteró todos los conceptos y criterios que tradicionalmente regían las economías nacionales por lo que hubo que replantear

¹⁶ Vid. Lilia Bermúdez hace una descripción de las acciones mexicanas que se llevaron a cabo en la década de los noventa con los países centroamericanos y de los mecanismos de cooperación en "La redefinición estratégica de Centroamérica en la política exterior de México" en *La política exterior de México en la década de los noventa*, Senado de la República, México, 2000.

participar activamente en procesos abiertos vinculados a la búsqueda de eficiencia y ventajas comparativas. De ahí que el gobierno de Salinas interpretó que de seguir con la línea nacionalista en sus procesos económico–comerciales lo dejaría fuera del nuevo escenario mundial. Su concepto inclusive de soberanía y seguridad nacional comenzó a transformarse en el entendido que las anteriores definiciones le impedía insertarse en los nuevos procesos, puesto que para México, la seguridad se constreñía a la protección de su soberanía entendida ésta como la defensa del territorio, su zona exclusiva y sus recursos naturales. El nacionalismo, la ideología y los valores políticos, culturales y sociales eran parte de ella.

Ya en las puertas de la década de los noventa y con el estrechamiento de posiciones con Estados Unidos, México fue adaptando su concepto de seguridad a medidas prácticas y “modernizando” la aplicación de sus principios tradicionales de política internacional. La puesta en marcha de las negociaciones del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, TLCAN, convirtió al gobierno de Salinas de Gortari en una administración pragmática que lo indujo a comenzar a retirar los apoyos directos a los movimientos revolucionarios en Centroamérica y a dar paso a una nueva concepción de la cooperación pero ya sin el ingrediente ideológico del apoyo a una revolución. En ese mismo sentido comenzó el alejamiento de otros regímenes como el cubano.

A partir de entonces, la política exterior de México hacia Centroamérica y en especial a Nicaragua dejó de ser una molestia para Washington, quien ya no veía a su vecino como un incondicional de lo que estaba quedando de las guerrillas nicaragüense y salvadoreña. Al contrario; al considerarlo su aliado y futuro socio comercial, las acciones mexicanas en el Istmo comenzaron a ser vistas por la Casa Blanca como parte del equilibrio para la zona y que no ponía en peligro su concepción de seguridad regional, porque inclusive ahora, empujaría a América Central a tomar otros rumbos.

Sin embargo, en el ámbito interno, el cambio de enfoque de la política exterior mexicana comenzó a ser motivo de preocupación en los sectores considerados todavía como herederos de la Revolución mexicana, quienes veían un peligro para la soberanía nacional el excesivo acercamiento con la Casa Blanca porque ya se hablaba de integración y del alejamiento de América Latina.

Esta nueva percepción tan radical que se dio en unos cuantos años pasó a ser un problema de seguridad nacional, o así lo apreciaron muchos, a partir de que lo que había sido un factor de aglutinamiento entre la sociedad –la distancia de las políticas de Washington– se presentaba ahora como un cuestionamiento para los intereses nacionales. Por consiguiente, los diferentes enfoques de política exterior comenzaron a dividir a los diversos sectores políticos y a la sociedad misma.

El nuevo papel de México en la región centroamericana buscó aglutinar iniciativas menos cargadas de ideología y más acordes con la nueva realidad mundial que se comenzaba a vivir, principalmente con los proyectos de apertura comercial con el fin de liberalizar la zona.

Pero antes de ello, las nuevas autoridades mexicanas tuvieron que comenzar un proceso de acercamiento con el nuevo gobierno de Nicaragua, encabezado por la presidenta Violeta Chamorro. No fue fácil, ya que toda la infraestructura de apoyo de México hacia ese país, estaba condicionada a los logros revolucionarios. A la vez, que el partido triunfante nicaragüense veía con escepticismo y preocupación la influencia y apoyo de México a sus antiguos aliados. Por supuesto, esto comenzó a desaparecer.

México siempre mantuvo firme su posición de que respetaría la decisión de la población nica haciendo aquí alusión a un principio de política exterior en el sentido de no inmiscuirse en las decisiones políticas de otras naciones: la no intervención y el respeto a la soberanía de los pueblos.

La posterior aproximación con el nuevo gobierno de Nicaragua mostró un nuevo rostro de los intereses mexicanos en cuanto a la zona del istmo, como la defensa de los derechos humanos de los ex combatientes, su inserción en la vida pacífica y el apoyo a la democratización, como muestra de la voluntad política de cambio de México, como de las naciones que durante tanto tiempo estuvieron inmersas en la lucha revolucionaria.

A pesar del nuevo gobierno antisandinista, la paz y la reconciliación nacionales tardaron en llegar. En ese contexto, México, aunque mantuvo un programa muy amplio de cooperación para toda el área centroamericana, perdió la influencia que a través de su política exterior activa había mantenido en todos los años precedentes.

La ambivalencia en la transición mexicana, comenzó a ser uno de los signos de la visión posmoderna, seguramente como parte del proceso de una nueva época y de otra “nueva” política exterior. La Revolución mexicana como motor del cambio también estaba concluyendo.

“La revolución es un término con un significado preciso: el derrocamiento político desde debajo de un orden estatal y su sustitución por otro. No hay nada que ganar con diluirla en el tiempo o con extenderla a cada porción del espacio social. En el primer caso, resulta imposible distinguir de las meras reformas, es un simple cambio, por gradual o fragmentario que sea... ; en el segundo, se queda en una simple metáfora que puede ser reducida a supuestas conversiones psicológicas o morales... Frente a estas devaluaciones del término con todas sus consecuencias políticas, es necesario insistir que la revolución es un proceso *puntual* no un proceso permanente. Es decir, una revolución es un episodio de transformación política convulsiva, comprimida en el tiempo y concentrada en sus objetivos, que tiene un comienzo determinado (cuando el viejo aparato del Estado está todavía intacto) y un término preciso (cuando este aparato es roto definitivamente y en su lugar se erige uno nuevo)...”¹⁷

¹⁷ Perry Anderson, “Modernidad y Revolución”, en Casullo, *Op. Cit.* p. 114.

“El régimen sandinista es la causa principal de la crisis en Centroamérica... El régimen sandinista es ilegítimo... no se vería con malos ojos su derrocamiento... Sandino sería el primer contra...” Oscar Arias, Presidente de Costa Rica y Premio Nobel de la Paz.

5.2. La derrota de la revolución sandinista como proyecto de la posmodernidad

La primera “revolución posmoderna” como define Giddens a los cambios suscitados en la Unión Soviética fue una variable fundamental para las transformaciones en los países que habían tomado como modelo o como punto de partida la revolución bolchevique. Por lo mismo, las naciones tenían que dar un salto a la reconstrucción de su identidad en un mundo globalizado donde la revolución “moderna” ya no tenía cabida. Se concluyó lo que había comenzado en la Segunda Guerra Mundial, o sea con la vitalidad del modernismo; la modernidad fue el termino mediador entre ese pasado y la modernización impulsada por el capitalismo industrial; la codificación occidental de la modernidad fue la consecuencia de toda una época. “Los cambios implicados en la globalización promueven la autonomía local, el regionalismo, el resurgimiento de las culturas y la revisión de la historia nacional”¹⁸.

Con la comunicación global en un orden más abierto, donde la gente está mejor o más ampliamente informada de lo que sucede fuera de sus fronteras, aprendió a rechazar sistemas rígidos que hicieron a la Revolución nicaragüense volverse obsoleta en muy poco tiempo.

Con independencia de los años de lucha, la revolución sandinista tuvo un periodo muy corto a diferencia del soviético, mexicano o cubano. En pocas palabras, no se consolidó; fue un proyecto inacabado. Al término de diez años fue como el “despertar

¹⁸ Giddens, *Op.Cit*, pp.28–36

de un dulce sueño y de una posible pesadilla”. Hubo muchas razones internas y externas para ello y una de las principales fue ese desencanto que responde a la posmodernidad de una época y que sucumbió como la mexicana, al rigor de la historia. El sueño colectivo en tiempos ambivalentes y en una región, América Latina, donde “algunos mitos de emancipación o desarrollo parecen haber estallado en mil pedazos (aunque), de esos mitos siempre habrá retazos, esquirlas y jirones que proveen parte de la materia prima para elaborar nuevos proyectos colectivos”¹⁹.

De ahí que de los tres países que se encontraban en guerra todavía en las postrimerías del decenio de los años ochenta, Nicaragua, El Salvador y Guatemala, fue el primero el que aceptó firmar la paz antes que los demás, gracias a los Acuerdos de Esquipulas y en concreto al acuerdo de Sapoá en marzo de 1988, en medio de una tremenda crisis económica, para alcanzar el alto al fuego y convocar a elecciones para febrero de 1990. Ello empujó al gobierno sandinista hacer una serie de concesiones como la de aceptar negociar con la “contra”, lo que significó su reconocimiento obligado por las circunstancias mismas, de la inviabilidad de su proyecto que en dos lustros no pudo cuajar.

Edelberto Torres–Rivas acuñó el concepto de “pacificación de la guerra” para englobar no sólo el cese de hostilidades sino la construcción de ‘las estructuras y principios de un régimen de paz’. Así, señala que el periodo de la transición a la paz en Nicaragua fue más lento, a pesar de que se firmó seis años antes y el país prácticamente se apaciguó hasta 1995, cuando ya habían transcurrido cinco años del gobierno de la señora Violeta Chamorro. Esto quiere decir, que no fue suficiente la apertura ni el resultado de las elecciones democráticas que le dieron el triunfo a la Alianza Opositora, al derrotar a los sandinistas; lo que se puede explicar ante el brutal empobrecimiento de la población nica que se agudizó a partir de 1986, los efectos de la “heteróclita” crisis internacional, los resultados de la guerra mercenaria –por la participación de los contras auspiciados por los Estados Unidos– y los desacierto sandinistas.²⁰

¹⁹ Martín Hopenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la Modernidad en América Latina*, FCE., Chile, 1995, p. 17.

²⁰ E. Torres Rivas, *Op. Cit.* pp. 15–19.

Al principio de los años noventas, América Central se había transformado políticamente. En Nicaragua aunque triunfó la revolución, su gobierno fue obligado por la contrarrevolución armada a ceder espacios democráticos con el mismo resultado que en los otros países en guerra: “las élites tradicionales de la región se vieron forzadas a aceptar un acomodo histórico como precio del restablecimiento del orden. A cambio de la desmovilización de la izquierda armada, las élites terratenientes accedieron a buscar la reforma social mediante las urnas y no por la vía revolucionaria”²¹.

En cuanto al pueblo, harto de la guerra, se negó a buscar resolver sus problemas fuera de las instituciones y no quiso saber más de la revolución, a pesar de que la misma fue el antecedente de las transformaciones democráticas y que trató llevar a cabo un proceso de cambios en la economía y en la sociedad misma.

Después de un largo camino, la revolución, envuelta en un conflicto militar, había quedado atrapada en la violencia de la guerra y el centralismo del partido sandinista que no promovió con la misma rapidez la evolución de las instituciones políticas de la sociedad; no obstante que en 1984 se habían llevado a cabo procesos electorales internos que impactaron de manera directa en los esfuerzos de paz. Si en ese año los electores dieron el triunfo al FSLN, no sucedió así para las de 1990. Es por eso que desde las vísperas a estas segundas elecciones, el tema de la paz fue el elemento más importante de la derrota del gobierno en el poder. “La mayor parte de la población entendía que la prolongación de la guerra estaba vinculada a la hostilidad del gobierno norteamericano y a su contradicción esencial con la Revolución Popular Sandinista. Para muchos no era posible entender cómo un triunfo electoral del FSLN podría, con efectividad, acelerar el logro de la paz. Por el contrario, parecía existir la posibilidad de que un triunfo de la UNO – (Unión Nacional Opositora encabezada por la señora Violeta Chamorro) pondría fin a la guerra, dada su alianza con los gobernantes yanquis”²².

Uno de los aspectos innegables de los logros de la revolución, fue el desarrollo de la institucionalidad que permitió la alternabilidad democrática en el poder y como un acontecimiento histórico sin precedentes, por primera vez un gobierno de un partido

²¹ William M. Leo Grande, “América Central: una década de democracia” en *Foreign Affairs* en español, vol.1, num.2, verano de 2001, pp.3–10.

²² Resolución de la Asamblea Nacional de Militantes del FSLN en *Crucero*, 17 de junio de 1990, citado por Marvin Ortega, “Revolución, elecciones y el tránsito a la democracia” en Vereza y Barros, *Op. Cit.* p. 165.

político entrega el poder a otro partido después de perder las elecciones que el primero organizó.²³

Como parte del nuevo proyecto posmodernizador, Latinoamérica estaba viviendo una época en la que se ponderaban los cambios institucionales y democráticos por encima de cualquier modelo autoritario y centralista donde el ejército, el estado y un partido, se concentraban en unas solas manos como era el caso del propio FSLN. Sin embargo, los sandinistas tardaron en percibir los cambios mundiales y que ya ninguna sociedad en América Latina tendría posibilidades de implantar o mantener el rumbo socialista y menos por la vía revolucionaria, porque estaba ya desfasada de la propia historia.

Si no hubiera habido esa revolución en Nicaragua y su triunfo indiscutible, la historia de ese país hubiera sido otra, puesto que cuestionó el sistema hegemónico norteamericano y “levantó las banderas de la dignidad, la soberanía y la independencia nacional” por lo que en su momento luchó Augusto César Sandino. “... la revolución triunfante tuvo también la cualidad de presentarse como el paradigma democrático participativo que no sacrificaba la igualdad por la libertad y viceversa... se vio surgir en el sandinismo una nueva vía revolucionaria capaz de sostener el cuestionamiento de las estructuras injustas del modelo capitalista, así como a las limitaciones burocráticas en las que se enredó la revolución socialista”²⁴. Lo distintivo de esta misma es que al crear una democracia poscapitalista, el nuevo Estado tendría el carácter transitivo hacia su propia autodisolución en la vida de la sociedad en general ²⁵.

Gracias a la revolución, en el país se aprendió a vivir de otra manera después de 40 años de lucha y propició un cambio hacia otras formas de democracia que no su hubieran podido dar, si la misma no hubiera triunfado frente a la dictadura somocista diez años antes. En sí misma la idea de la transición, ya en los años ochentas, fue un gran avance en un contexto latinoamericano que buscaba propiciar acuerdos entre las partes en conflicto y entre los diferentes sectores sociales y productivos, que dejaron de ver en las medidas populistas y autoritarias, una salida a las crisis de la región y por consiguiente una solución a sus problemas.

²³ *Ibidem*. pp. 153–172.

²⁴ *Ibidem*, p. 161

²⁵ Vid, P. Anderson, *Op.Cit*, p. 114.

Si la revolución sandinista significó una forma de modernidad en el momento de su triunfo, así puede decirse que tal revolución, ya ante las elecciones en 1990, resultó ser ese proceso inacabado por la falta de cumplimiento de sus gobernantes que generaron las grandes expectativas en sus inicios, ya que comenzó como una revolución de “estilo” latinoamericano, cuyo modelo fue el mexicano, con profundas raíces nacionalistas y que en el camino quiso cambiar a una transición socialista.

La “revolución incompleta”, llamada así por René Herrera, se refiere al sandinismo como un “socialismo africano en América”²⁶ que no fue capaz de responder a las necesidades mismas de la población que urgían el cumplimiento de los compromisos que se habían hecho al inicio del movimiento. La expresión usada por este autor es hasta cierto punto apropiada, ya que los socialismos del mundo subdesarrollado surgidos en África a partir de la ola de independencias en los años sesenta y todavía veinte años después, no fueron viables; fueron utopías.

La acepción “incompleta” aplicada a la revolución sandinista, en este caso como sinónimo de “fracasada” porque no consolidó su proyecto, se entiende en el sentido contrario a la definición que hace Samuel Huntington de que las “revoluciones completas” son aquellas que ‘logran la creación e institucionalización de un nuevo orden político’.

El mismo Herrera sostiene que uno de los argumentos que utilizaron los sandinistas para justificar la falta de consolidación de su régimen socialista, fue el de muchos países en desarrollo, en cuanto al permanente enfrentamiento en las guerras de agresión, que por lo mismo, les impidieron avanzar en su proyecto económico. “Sin duda, esos argumentos son importantes para explicar las dificultades de consolidación que padecen los regímenes revolucionarios tercermundistas, pero son insuficientes para ocultar que, en el fondo, esos gobiernos fracasan porque no logran descifrar y utilizar, para consolidarse fuera de las armas, las tendencias de largo plazo de desarrollo social y económico de sus respectivos países. La proclamación de objetivos socialistas mediante la aplicación de medidas capitalistas termina en estancamiento del proceso revolucionario en general”²⁷.

²⁶R. Herrera, *Op.Cit, Nicaragua...* p. 99.

²⁷ *Idem.*

Si tomamos como base estas afirmaciones de Herrera, se entiende inclusive, que la misma población haya retirado su apoyo al gobierno sandinista y que los revolucionarios por su parte, hayan querido mantener la unidad revolucionaria sobre el concepto de unidad nacional para buscar mantener su proyecto. Vale señalar que durante el tiempo del gobierno revolucionario, las diversas partes que lucharon para llegar al poder, se fueron fracturando por las serias divergencias que en el camino se presentaron precisamente porque no había un camino unificador. “La lógica económica se contradice, en muchos casos, con la lógica política. En un proyecto como el nicaragüense –se decía en un análisis sandinista– el dilema es decisivo. ¿Cómo conseguir avanzar en los objetivos políticos, cuando las exigencias de la economía van en sentido contrario? Renunciar a la pretensión política es renunciar a la revolución; desconocer el realismo económico puede condenar a la muerte al proceso”²⁸.

Y de esa manera sucedió. No se renunció a los objetivos políticos, pero éstos estuvieron condenados al fracaso desde el momento mismo que el gobierno revolucionario aceptó la negociación con sus opositores, los que a la vez le debieron a la “contra” la apertura electoral. Esa “contra” cumplió con su papel al derrotar antes de las elecciones a los sandinistas en su proyecto político.

5.3. Las elecciones democráticas como respuesta a la revolución.

En otro momento del proceso revolucionario nicaragüense, las elecciones habían significado una forma de reafirmación de la revolución, como lo fueron las realizadas en 1984, independientemente de que las mismas contribuyeron al proceso de paz.

Para 1990 las condiciones habían cambiado de tal forma, que los comicios electorales tuvieron otro significado: acabar con la revolución. Y así sucedió. Los que así lo previeron, fincaron la contrarrevolución en una ideología socialdemócrata que había dado sus triunfos en Guatemala y El Salvador.

En cuanto a la sociedad civil que se había estado organizando en un numeroso grupo de partidos políticos, a la vez divididos en una gran cantidad de fracciones, demostraba en esa forma su desaliento, pero a la vez, su deseo de organizarse ante la

²⁸ *Instituto Histórico Centroamericano*, año 5, núm. 57, Managua, marzo de 1986, p. 9 A.

posibilidad de cambiar el estado de cosas hasta entonces imperante. Los ejemplos de los países vecinos que ofrecían alternativas políticas a los conflictos internos, alentó a la población de querer participar en el proceso electoral.

En ese ambiente, las elecciones llamaron poderosamente la atención internacional y Nicaragua se ponía una vez más en el centro de la observación mundial; se calcula que asistieron más de 2000 observadores. “Una revolución prosoviética (que) se jugaba su suerte política en unas elecciones generales súper vigiladas. Una elección forzada por los acontecimientos de la guerra civil y por las presiones internacionales. Una elección que presentaba una solución institucional a la crisis nicaragüense”²⁹.

A pesar de las difíciles circunstancias, la participación de los ciudadanos fue masiva como lo había sido en las de 1984, con la diferencia de ganadores en las de 1990. En los años que mediaron entre los dos grandes procesos electorales, se sentaron nuevas bases constitucionales que transformaron jurídicamente al país, en este caso, con la creación del Consejo Supremo Electoral, organismo independiente e imparcial. De hecho la existencia de este organismo ya implicaba en sí un gran avance en el proceso democrático y por ende, la voluntad de modernizar las instituciones y las prácticas sociales y políticas, a pesar de que “lo distintivo de una revolución socialista que creara una auténtica democracia poscapitalista sería que el nuevo Estado tendría un carácter de auténtica transición hacia los límites practicables de su propia auto disolución en la vida de la sociedad en general”³⁰.

En las reformas electorales aplicadas en 1989 influyó en gran medida la autorización a los partidos políticos de recibir financiamiento extranjero para sus campañas. Así es que de alguna manera todos los institutos políticos y alianzas se beneficiaron de las contribuciones externas, dependiendo del color o la ideología de cada uno de ellos. Sin embargo, la más favorecida fue la Unión Opositora que recibió ayuda financiera otorgada oficialmente por el gobierno de Estados Unidos.

Antes de 1979, había principalmente cuatro corrientes partidarias, de donde surgieron los 24 partidos políticos, 13 de los cuales aparecieron en los diez años que duró el sandinismo en el poder. Sergio García Ramírez en sus recuerdos revolucionarios

²⁹ Herrera, *Op.Cit*, Nicaragua...p. 115.

³⁰ Anderson, *Op.Cit*, p.114.

señala que gran parte de esos partidos, fueron fomentados por el mismo gobierno, como una forma de fraccionar las inconformidades o de desaparecerlas a través de prebendas y canonjías para sus líderes. Ante el exterior, esa era una forma de querer demostrar la tolerancia política y la pluralidad en el país. El mismo exvicepresidente nos reseña cómo inclusive dentro del sandinismo, había una fuerte división que fue más o menos equilibrada a través de dar a cada una de las facciones en el poder carteras dentro del gabinete y control sobre los sectores que manejaban cada uno de los ministerios.

Por otro lado, los sandinistas siempre calcularon que la contra se desmovilizaría y las elecciones se harían únicamente teniendo como opositores a los de “adentro” y no a la oposición externa. La contra se desmovilizó hasta 1989.³¹

El proceso electoral de 1989–1990 tuvo características muy especiales:

- a) Se desarrolló en condiciones de guerra y la agresión estaba financiada por Reagan, con el objetivo de derrocar al gobierno,
- b) Tuvo lugar cuando Nicaragua sufría las gravísimas consecuencias del progresivo esfuerzo del gobierno de Estados Unidos por aislarla económica, política y diplomáticamente.
- c) Se organizó en medio de una crisis social, económica y política profunda que, entre otras cosas paralizó los programas sociales del proceso revolucionario y polarizó en grado sin precedentes a los distintos sectores de la sociedad.³²

El mes previo a las elecciones, la efervescencia política llegó a su clímax. La disyuntiva estaba entre Violeta Chamorro y Daniel Ortega; entre la paz de la primera y el “todo será mejor” del segundo. Las encuestas daban por seguro vencedor al sandinista con un alto porcentaje frente a un 16% para la opositora. Ni siquiera Cuba, o Estados Unidos que se estaba preparando para contrarrestar una victoria del partido en el poder, le daba alguna ventaja a Chamorro. México inclusive, daba por hecho el triunfo de Ortega. El único país que visualizó la caída del régimen revolucionario, fue nada menos que la URSS. Con seguridad y dado el proceso de descomposición socialista por el que estaban atravesando, los soviéticos apuntaban un resultado incierto y negaban

³¹ El País, Madrid, 9 de agosto de 1989, p. 8

³² Mariano Fiallos Oranguren, “Las elecciones en Nicaragua” en Vereza y Barros, *Op. Cit.* pp 135–151.

credibilidad a las encuestas; en todo caso, el nuevo gobierno se vería obligado a formar un gobierno de transición.³³

El 88.9% de la población apta para votar, se había inscrito: un total de 1 752 080 ciudadanos. Así llegó el 25 de febrero de 1990 y las elecciones demostrarían si las encuestas eran correctas. El 86.2% votó: 1 510 838 personas, aunque en muchas zonas rurales hubo grandes dificultades para votar con una abstención del 13.70%. Del total de votos, 54.73% fueron para la UNO, 40.80% para los sandinistas y un 4.47% para los demás. Los escaños se distribuyeron de la siguiente forma: UNO, 51 (54.8%); FSLN, 39 (41.9%) y otros dos partidos, 2 escaños.³⁴

Alexander Baryshev, director adjunto de Latinskaia América de la Academia de Ciencias de la URSS reflejaba en su análisis de las elecciones el punto de vista de su país: 'La derrota de los sandinistas está ampliamente justificada... es un recordatorio de que los gobiernos deben escuchar a su pueblo...'³⁵.

En la conversación con el ex embajador Gilberto Ruiz Almada, le preguntaba que a qué le atribuía él que los soviéticos hubieran sido los únicos que previeron la derrota de Daniel Ortega y me contestó: "por el escepticismo de esos países –los socialistas–, es de origen y ellos lo practican..."Al final. Ellos mismos se convirtieron en pragmáticos y posmodernos.

Fidel Castro explicó desde su perspectiva al no aceptar los cambios en el mundo, la derrota sandinista: "Los que en la historia han tratado de sobrevivir haciendo concesiones, nunca han sobrevivido... el único camino de la supervivencia de los procesos revolucionarios es la resistencia"³⁶.

En 1990 se cumplían siete años de desastre económico; en 1989 la inflación fue del orden de 3,380%; la deuda externa, per cápita, era la más alta del mundo, con más de 9 mil millones de dólares; la tasa de desempleo era mayor de 40%; los salarios eran los equivalentes a los de 40 años atrás y había miles de familias dolidas por la pérdida de sus hijos en la guerra civil. El país tenía un ejército de 216,500 hombres que absorbía más del 50% del presupuesto nacional. La fuerza y su uso no habían sido

³³ Vid, Nestor Núñez, "Violeta con espinas", en *Bohemia*, num. 37, septiembre de 1989, p. 67.

³⁴ Resultados de las elecciones. Consejo Supremo Electoral, Managua, Nicaragua

³⁵ Citado por Herrera, *Op.Cit*, Nicaragua...p. 125.

³⁶ Carlos Vilas, "La contribución de la política económica y la negociación internacional a la caída del gobierno sandinista, en *Revista Mexicana de Sociología*, num. 4, 1990, p. 329.

suficientes para ganar las elecciones. En cuanto la población tuvo la oportunidad de opinar de manera libre, lo hizo en dirección contraria al sandinismo”³⁷.

El fin de la guerra y el inicio de una nueva era, alentó que las elecciones fueran aceptadas en sus resultados, así como también influyó que el mundo tuviera puesta la mirada en Nicaragua, a través de un gran número de observadores o por medios electrónicos.

Por su parte, el presidente de Estados Unidos, George Bush mencionó que había tenido una conversación “constructiva” con el presidente Mihail Gorbachev para asegurarse que habría una transferencia ordenada del poder en Nicaragua.³⁸

La revolución sandinista había llegado a su termino.

Siguiendo las interpretaciones de Berman, las revoluciones tienen una “duración dilatada”, ya que en un mundo capitalista se producen constantes trastornos en nuestras condiciones de vida que obliga a hombres y mujeres a aprender a anhelar el cambio, a exigirlo, a buscarlo activamente y a provocarlo. Así como los nicaragüenses se decidieron por esa revolución, también se decidieron por su liquidación, a esforzarse por la renovación, a buscar futuros desarrollos en sus condiciones de vida. Aprendieron a “no añorar las relaciones fijas y congeladas de un pasado real o imaginado sino a deleitarse con la movilidad...”³⁹.

³⁷ The Economist. Intelligence Unit, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Country Report, núm. 4, 1990, pp. 15–20.

³⁸ *The New York Times*, 1 de marzo de 1990, p. 10 A.

³⁹ M. Berman, *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire* 95–96, citado por The New York Times Perry Anderson, *Modernidad y Revolución* en Casullo, *Op. Cit.* pp. 92–116.

Conclusiones

Las relaciones internacionales se han vuelto tan vastas y complejas, que han obligado a buscar novedosos enfoques para su estudio, y como extensión, al campo de la política exterior.

Los grandes paradigmas ideológicos son insuficientes para interpretar los fenómenos de cambio de un mundo en transformación. Hay que desestructurar el pasado para observarlo con una óptica diferente a lo que únicamente significó, en el caso de esta investigación, el conflicto Este–Oeste o el hecho mismo de atender los principios doctrinarios que rigieron durante toda una época y que ahora se antojan insuficientes para entender procesos históricos anteriores, aunque sean contemporáneos.

Nuevas corrientes y nuevos enfoques de pensamiento permiten ver que, hechos del pasado, inexorablemente tenían que concluir como concluyeron, por la razón misma que se dan en tiempos que ya estaban siendo rebasados y que correspondían a otros periodos históricos.

De ahí que la diplomacia mexicana se involucró, sin saberlo, en una dinámica de cambio mundial y que ahora la interpreto como parte de la modernidad que aún se dio en los países en desarrollo.

La política exterior de México hacia Nicaragua 1979–1989, muestra un activismo inusitado hacia la región centroamericana. Durante ese periodo en que se había recrudecido la Guerra Fría, aún con los primeros acercamientos entre las dos grandes potencias, la actividad internacional de México incidió en el entorno mundial.

La Revolución Sandinista fue el suceso más importante de ese periodo en el que el Estado mexicano supo acoplar su política externa, a la larga tradición diplomática que había sustentado durante todo el siglo XX. La defensa de la soberanía de los estados, la autodeterminación de los pueblos, la cooperación para el desarrollo y la solidaridad entre naciones, se pusieron en marcha con

mayor vigor como no había sucedido en otras circunstancias. Los cambios de la política exterior mexicana no se podrían haberse llevado a cabo sin que hubiera existido dicha revolución.

Ello nos hace ver que la denominada *nueva* política exterior de esos años se ajustó a las condiciones que se presentaban, en ese momento, en los territorios vecinos del sur, bajo los principios tradicionales jurídicamente aceptados en el mundo y a la conformación de un nuevo orden internacional. Pero no hubo una aplicación rígida de esos principios, sino que se adecuaron a las condiciones que se atravesaban. De ahí que el concepto de *nueva* dio la pauta para un análisis de la política exterior a la luz del enfoque de la modernidad, como sinónimo de cambio y transformación.

Al aplicarse dicha política, se enfatizaba que la continuidad de los principios, independientemente de los matices sexenales, respondían a la gran tradición moderna de la Revolución mexicana que supo inspirarlos. De esa forma, México asumía su propia soberanía e independencia lo que le permitió ir transformando su quehacer internacional.

El interés nacional primero, en cuanto apoyar una revolución, la nicaragüense, y luego apoyar la pacificación del área centroamericana como requisito para preservar la seguridad interna, se hizo en función de la ubicación geoestratégica de México, que constituyó la esencia misma de su posición en diversos foros.

La innovación de sus planteamientos le permitió a México definirse como una nación moderna al ir a la vanguardia del apoyo a procesos revolucionarios que le permitirían nuevas bases para sus relaciones en América Latina, y al advertir que la frontera sur tenía una importancia vital para su propia supervivencia.

La modernidad de la política exterior trajo consigo nuevos caminos de ejercer la diplomacia como la creación del Grupo Contadora para empujar la paz, contribuir a la solución negociada de la crisis centroamericana y prevenir los riesgos de un conflicto militar generalizado en la región, así como sus consecuencias en la estabilidad y el desarrollo nacional.

Gracias al mecanismo de concertación de Contadora y el apoyo a los Acuerdos de Esquipulas, México pudo insertarse en una nueva dinámica de participación regional e internacional que le valieron un reconocimiento y un liderazgo mundial.

Los sucesos en Centroamérica y la derrota electoral de los sandinistas en Nicaragua, también vinieron a significar un vuelco en los ajustes y acomodos de México en el mundo, como diez años antes había tenido lugar, pero en otro sentido.

Ya hacia fines de la década de los ochenta, México se vincula a las tendencias de la globalización dentro de las que ya no tenían cabida, por lo menos en el mundo “occidental”, los cambios por la vía revolucionaria. El fin del mundo bipolar trajo consigo la evolución de las sociedades y un “nuevo” orden que ha cambiado las reglas y la interpretación de las relaciones internacionales. Por lo mismo, una nueva etapa de las relaciones entre México y Centroamérica se abrió al paso de las exigencias de democratización de los pueblos y la modernidad que caracterizó a las grandes revoluciones de la época, concluyó con la aparición de una nuevo pasaje histórico de la posmodernidad, a pesar de que los conflictos que originó la modernidad, no se han solucionado; esto es, la modernidad inconclusa.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

ARCHIVO HISTÓRICO DIPLOMÁTICO MEXICANO. *20 años de política exterior a través de los informes presidenciales 1970–1990*, Secretaría de Relaciones Exteriores –SRE– México, 1990, 137 pp.

AGUAYO QUEZADA, Sergio y Bagley, Bruce, compiladores, *En busca de la seguridad perdida. Aproximaciones a la seguridad nacional mexicana*, Siglo XXI, México, 1990, 416 pp.

AGUILERA, Gabriel, *Esquipulas y el conflicto interno en Centroamérica*, Puerto Rico, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, enero, 1988.

BORJA, Arturo, *Enciclopedia de la política*, FCE, México, 1998, 1083 pp.

CASULLO, Nicolás, (comp) *El debate modernidad–posmodernidad*, Puntosur, Argentina, 1989, 400 pp.

CORDOVA, Macías Ricardo y Benitez Manaut, *La paz en Centroamérica*, UNAM, México, 1989, 460 pp.

CUEVA, Agustín, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1990, 259 pp.

DERRIDA, Jacques. *El otro cabo. La democracia para otro día*. Ediciones del Serbal, Colección Delos, España, 1992, 101 pp.

FLORES Olea, Víctor, editor, *Relación de Contadora*, SRE, FCE, México, 1988, 497 pp.

FONSECA, Carlos. *Ideario Político de Augusto César Sandino*, Departamento de Propaganda y Educación Política del FSLN, Managua, 1984, 78 pp.

FOLBERG, Jay y Taylor Alison, *Resolución de Conflictos sin Litigio*, Limusa, México, 369 pp.

GARZA ELIZONDO, Humberto (Compilador). *Fundamentos y Prioridades de la política exterior de México*, El Colegio de México, México, 1986, 278 pp.

GIDDENS, Anthony, *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Madrid, 1998, 198 pp.

HERNÁNDEZ VELA, Edmundo, *Diccionario de Política Internacional*, Porrúa, México, 2002, dos vols., 1296 pp.

HERRERA ZUÑIGA, RENÉ, *Nicaragua, el derrumbe negociado. Los avatares de un cambio de régimen*, El Colegio de México, México, 1994, 199 pp.

HUNTINGTON, Samuel P., *El Orden Político en las Sociedades de Cambio*, Paidós, Argentina, 1990 (primera reimpresión en español), 404 pp.

IANNI, Octavio, *Teorías de la globalización*, Siglo XXI–UNAM, México, 1996, 184 pp.

ICAZA, Carlos A. DE y RIVERA BANUET, José. *El Orden Mundial Emergente. México en el siglo XXI*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes –CONACULTA– México, 221 pp.

KRASNER, Stephen D. *Conflicto estructural. El Tercer Mundo contra el Liberalismo global*, – GEL– Colección Estudios Internacionales, Argentina, 1989, 305 pp.

LANDER, Edgardo (Editor). *Modernidad & Universalismo*, Edit. Nueva Sociedad–UNESCO, Caracas, 1991, 188 pp.

LYOTARD, Jean–Francois. *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Gedisa, México, 123 pp.

MACAULAY, Nelly, *Sandino*, EDUCA, San José, C.R., 346 pp.

OJEDA, Mario, *Alcances y límites de la política exterior de México*, El Colegio de México, México, 1981, 220 pp.

OJEDA, Mario, *México: el surgimiento de una política exterior activa*, Secretaría de Educación Pública (SEP), México, 1986, 229 pp.

OJEDA, Mario (comp.), *Las relaciones de México con los países de América Central*, El Colegio de México, México, 1985, 155 pp.

OWENS, Craig, *El discurso de los otros: las feministas y el posmodernismo*, Kairos, México, 1988, 93–124 pp.

PELLICER, Olga (comp.), Presentación de Manuel Tello, *Voz de México en la Asamblea General de la ONU, 1946–1993*. Secretaría de Relaciones Exteriores – FCE., México, 1994, 475 pp.

PELLICER, Olga (edit.), *La política exterior de México: desafíos de los ochenta*, CIDE, México, 1983, 303 pp.

RAMIREZ, Sergio. Adiós Muchachos. *Una memoria de la revolución sandinista*, Aguilar, México, 1999, 316 pp.

ROSENTAL, Andrés. *La política exterior de México en la era de la modernidad*, FCE, México, 1993, 198 pp.

ROUQUIÉ, Alain, (coord), *Las fuerzas políticas en América Central*, FCE, México, 1994, 274 pp.

RUSSELL, Robert (comp) *Enfoques Teóricos y Metodológicos para el Estudio de la Política Exterior*, Grupo Editor Latinoamericano, –GEL–, Buenos Aires, Colección Estudios Internacionales, 1992, 159 pp.

SEARA VAZQUEZ; Modesto. *La Política Exterior de México. La Práctica en México del Derecho Internacional*, Editorial Esfinge, S.A., México, 1969, 254 pp.

SEPÚLVEDA, César (comp). *La política internacional de México en el decenio de los ochenta*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, 656 pp.

SELSER, Gregorio, *Apuntes sobre Nicaragua*, CEESTEM, Nueva Imagen, México, 1981, 362 pp.

SOLANA, Fernando, “Balance y perspectivas del decenio 1981–1990”, p. 558. México, (Sobretiro de *La política internacional de México en el decenio de los ochenta*, compilador César Sepúlveda, FCE).

SOLANA, Fernando, *Cinco Años de Política Exterior*, Edit. Porrúa, México, 1994, 840 pp.

SOSA, Ignacio y García Laguardia, Jorge M, (edit), *Centroamérica. Desafíos y Perspectivas*, UNAM, , México, 1984, 193 pp.

TOMASSINI, Luciano, seleccionador, *Las relaciones internacionales de la América Latina*, FCE, , México, 1981, 519 pp.

TOMASSINI, Luciano. *La Política Internacional en un Mundo Postmoderno*, Grupo Editor Latinoamericano S.R.L –GEL– Buenos Aires, 1991, 302 pp.

VATTIMO, Gianni. *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Gedisa, Madrid, 1990, 160 pp.

VELAZQUEZ, F. Rafael. *Introducción al Estudio de la Política Exterior de México*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 302 pp.

VEREA, Mónica Y BARROS HORCASITAS, José Luis, *La Política Exterior Norteamericana hacia Centroamérica. Reflexiones y Perspectivas*, UNAM, FLACSO – sede México– Miguel Angel Porrúa, Grupo Editorial, México, 1991, 442 pp.

WILHELMY, Manfred (Edit.). *La Formación de la Política Exterior: Los Países Desarrollados y América Latina*, GEL, Buenos Aires, 1987, 432 pp.

ZEA, Leopoldo, *Latinoamérica en la encrucijada de la historia*, UNAM, México, 1988, 205 pp.

Artículos de libros

AGUILAR ZINZER, Adolfo. “El nuevo reto de Estados Unidos en Centroamérica”, en Vereza y Barros, pp. 95– 109.

ANDERSON, Perry. “Modernidad y Revolución” en Casullo pp. 92– 116.

BERMAN, Marshall. “Brindis por la Modernidad” en Casullo pp. 67–91.

BERMÚDEZ, Lilia, “La redefinición estratégica de Centroamérica en la política exterior de México” en *La política exterior de México en la década de los noventa*, Senado de la República, México, 2000. pp.

CARRILLO FLORES Antonio, “Reflexiones y testimonio acerca de la política exterior y la diplomacia mexicanas”, pp. 11–35, en *Política Exterior de México. 175 años de Historia*, Vol. IV, México, S R E., 1985.

CASTRO, José Rodolfo. “El balance militar y la correlación de fuerzas en Centroamérica”, en Vereza y Barros, pp. 67–86.

CASTRO LEIVA, Luis. “Historia Terminal” en Lander, E. 126– 144.

EICHLER, Arturo. “Oiko–cultura como necesidad y alternativa” en Lander, E. pp. 17–26.

FIALLOS OYANGUREN, Mariano. “Las elecciones en Nicaragua”, en Vereza y Barros, pp. 135–151.

FOSTER, Hal. “Introducción al posmodernismo”, en *La posmodernidad*, México, Kairos, 1988, pp. 7–36.

GOODMAN, Louis W. “La desmilitarización de América central y la política de Estados Unidos”, en Vereza y Barros, pp. 87– 94.

GREEN, Rosario. “Fundamentos y principios de la Política Exterior mexicana y su capacidad de respuesta a los retos de las grandes potencias”, en Wilhelmy, M. pp 349.

GREEN MACIAS, María del Rosario, *El Nacionalismo Revolucionario en la Política Exterior del México Contemporáneo*, pp. 221–258. Memoria de las conferencias “El Nacionalismo Revolucionario Mexicano”, 7–8 de noviembre de 1985, México, Partido Revolucionario Institucional, ICAP, 269 pp.

GUDIÑO, Florencio M, “Nuevos problemas teóricos en las relaciones internacionales: una visión desde América Latina”, en Navarro García, Raúl, coordinador, *Sistemas políticos y procesos de integración económica en América Latina*, Escuela de Estudios Hispano–Americanos de Sevilla, Sevilla, 2000, pp21–33.

HABERMAS, Jurgen. “Modernidad: Un Proyecto Incompleto” en Casullo, pp. 131–144.

HAZLETON, William, “Los Procesos de Decisión y las Políticas Exteriores” en Wilhelmy, M. pp. 15–35.

HANAFI, Hassan. “La nueva ciencia social. Algunas reflexiones” en Lander, E. pp 43–61.

HAKIM, Peter. “América Central: el desvanecimiento de la participación de Estados Unidos”, en Vereya y Barros, pp. 13–19.

HÉLLER, Claude, “Los principios de política exterior a la luz del nuevo contexto internacional” en Rafael Fernández de Castro (coord.), *Cambio y continuidad en la política exterior de México*, Ariel–ITAM, México, 2002, 271 pp.

HERNÁNDEZ García, José Antonio, “Las relaciones entre México y Costa Rica”, en Ojeda, *Las relaciones de México con los países...* pp. 75–90.

HERNÁNDEZ GARIBAY, Jesús. “México y los Estados Unidos frente a Centroamérica”, pp. 35–48, en Jauberth.

HERRERA ZÚÑIGA, René, “Las Relaciones entre Nicaragua y México”, en M. Ojeda (comp.), *Las relaciones de México...* pp. 133–151

HOPENHAYN, Martín. “¿Qué queda de positivo en el pensamiento negativo? Una perspectiva desde América Latina” en Lander, E. pp. 87– 100.

HUYSEN, Andreas. “Guía del Posmodernismo” en Casullo pp. 266–318.

JAMESON, Frederic, “Posmodernismo y sociedad de consumo”, en Lyotard, Jean–Francois, *La posmodernidad*, Kairos, México, 1988, pp.. 165–197.

JAUBERTH R., H. Rodrigo, “Procesos y alternativas de negociación y paz en la región en el marco de la triangulación México–Centroamérica–EUA”., pp. 79–105, en *La Triangulación Centroamérica–México–EUA ¿Una oportunidad para el desarrollo y la paz?*, PACCA, San José, C.R., 1990.

LABASTIDA, JAIME, Prólogo: “Centroamérica y Estados Unidos: Insurgencia y Mesianismo Despótico”, en *Centroamérica, crisis y política internacional*, Siglo XXI, CECADE–CIDE, México, 1982, 318 p. (11–15).

LANDER, Edgardo. “El fin de la historia y el futuro del mundo periférico” en *Modernidad & Universalismo* pp. 7–15.

LANDER, Edgardo. “Retos del pensamiento crítico latinoamericano en la década de los noventa” en *Modernidad & Universalismo* pp. 145– 177.

MAIRA, Luis. “Los escenarios internacionales y el proceso de formación de las políticas exteriores” en Wilhelmy, M. pp. 393– 432.

MALDONADO, Tomás. “El Movimiento Moderno y la cuestión “Post” en Casullo pp. 259– 265.

MORALES G., Abelardo. “Seguridad y rigidez frente al cambio: la política de Estados Unidos en Centroamérica”, en Vereza y Barros, pp. 37– 58.

MUÑOZ, Heraldó. “El estudio de las políticas exteriores latinoamericanas: temas y enfoques dominantes” en Wilhelmy, M. pp. 287– 315.

OJEDA, Mario, comp. “México: su ascenso a protagonista regional” en *Las relaciones de México con los países de América Central*, El Colegio de México, México, 1985, 11–42 pp.

ORTEGA, Marvin. “Revolución, elecciones y el tránsito a la democracia”, en Vereza y Barros, pp. 153–172.

PASTOR, Rodolfo, “Las relaciones entre Honduras y México”, 117–132 pp., en Ojeda Mario, compilador, *Las relaciones de México...*

PELLICER, OLGA, “Política hacia Centroamérica e interés nacional en México”, en *Centroamérica, crisis y política internacional*, Siglo XXI, CECADE–CIDE, México, 1982, 318 p. (227– 252).

PUGA, Cristina, “Modernización política” en Baca Olamendi, Laura et.al. (comp.) en *Léxico de la política*, FLACSO, SEP, FCE, México, 2000, pp 44–449.

QUIJANO, Anibal. “Modernidad, identidad y utopía en América Latina” en Lander, E. pp. 27–42.

ROSENZWEIG, Gabriel, “La cooperación económica de México con Centroamérica a partir de 1979” en Pellicer, *La política exterior de México: desafíos de los ochenta* pp. 235–272.

SCHIEL, Tielman. “La idea de la modernidad y la invención de la tradición: cómo la universalidad produce la particularidad y viceversa” en Lander, E. pp. 63– 86.

SCOTT PALMER, David. “Actores y Factores en las relaciones contemporáneas de Estados Unidos con América Latina” en Wilhelmy, M. pp. 37–51.

SUBIRATS, Eduardo. “Transformaciones de la Cultura Moderna” en Casullo pp. 218–228.

TORRES–RIVAS, EDELBERTO, “Notas para comprender la crisis política centroamericana” en *Centroamérica, crisis y política internacional*, Siglo XXI, CECADE–CIDE, México, 1982, 318 p. (39–69).

VALERO, Ricardo. “Contadora: La búsqueda de la pacificación en Centroamérica” pp. 188–234, en *Política Exterior de México. 175 años de Historia*, Vol. IV, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1985.

VAN EEUWEN, Daniel, "Nicaragua", en Rouquié, Alain, pp 173– 227.

VERGARA, Jorge. "Crítica latinoamericana al neoliberalismo: acción comunicativa y desarrollo del pensamiento crítico en América Latina" en Lander, E. pp 101– 123.

VIANO, Carlos Augusto. "Los Paradigmas de la Modernidad" en Casullo pp. 175– 193.

VILLASEÑOR, Ignacio, "México y la diplomacia bilateral" pp. 212–214, en *México y la Paz*, S R E., México, 1986.

VUSKOVIC, Pedro. "Centroamérica: Crisis regional y disyuntivas para la paz y el desarrollo", pp. 135–166 en Jauberth.

WELLMER, Albrecht. "La Dialéctica de Modernidad y Posmodernidad" en Casullo pp.319–356.

Artículos de revistas académicas

GARZA ELIZONDO, Humberto, "Desequilibrios y Contradicciones en la Política Exterior de México", El Colegio de México, *Foro Internacional*, México, 1984, vol. XXIV, No. 4, pp. 443–457.

HERRERA ZÚÑIGA, René y CHAVARRIA, Manuel, "México en Contadora: una búsqueda de límites a su compromiso en Centroamérica", *Foro Internacional*, México, Vol. XXIV, No. 4 (96), pp. 458–483.

MONTAÑO, Jorge, "Una visión mexicana de Centroamérica" en *Foreign Affairs* en español, ITAM, México, vol 1, núm. 2, verano de 2001, pp. 11–14.

OJEDA, Mario, "El lugar de México en el mundo contemporáneo", El Colegio de México, *Foro Internacional*, México, Vol. XXIV, No. 4 (96), pp. 415–426.

PELLICER DE BRODY, Olga, "Veinte años de política exterior mexicana: 1960–1980", El Colegio de México, México, *Foro Internacional*, octubre–noviembre, 1980, Vol. XXI, No. 2, (86) pp. 149– 160.

SALAZAR Pérez, Robinson, "La revolución sandinista en Nicaragua", *Universidad de México*, UNAM, México, no. 617, noviembre 2002, pp 13–21.

SEPULVEDA, Bernardo, "Política Exterior y Derecho Internacional: los fundamentos de una política de estado", *Revista de Comercio Exterior*, Banco de Comercio Exterior, SNC, México, vol. 49. No. 6, junio de 1999, pp. 549–559.

SEPULVEDA, Bernardo, "Reflexiones sobre la política exterior de México", México, El Colegio de México, en *Foro Internacional*, vol. XXIV, No. 4 (96), pp. 407–414.

SPENSER, Daniela, "El embalsamamiento de la Revolución Bolchevique", *Universidad de México*, no. 617, UNAM, noviembre de 2002, 4–11 pp.

Artículos mecanografiados

ZIMMERING, Raina, *Nuevos Enfoques de la Cultura Política: El Mito Político en Alemania y Nicaragua*, Conferencia del curso impartido por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales en el IFE, México, noviembre de 1999, (s/pp).

– ZIMMERING, R. “Los mitos en la política– problemas teóricos iniciales–” (s/pp).

– ZIMMERING, R. “El mito de Sandino y los mitos del nuevo mundo”, (s/pp).

Artículos de revistas de divulgación

GIDDENS, Anthony, “Lecciones Globales, México”, *Nexos*, noviembre 2001, pp. 28–36. 1989.

NÚÑEZ, Néstor, , “Violeta con espinas”, *Bohemia*, Nicaragua núm. 37, septiembre de 1989.

SEMO CALEB, Enrique, Carta de Enrique Semo al Ing. Cuauhtémoc Cárdenas, *Proceso*, México, 1398, 17 de agosto de 2003.

VILLARELLO Reza, Rosamaría, “Escenarios de la política exterior de México”, *La República*, PRI, México, 2 de noviembre de 1995.

Tesis

GONZÁLEZ CABRERA, Ma. Luisa, *El poder eclesial en la patria de Sandino*, tesis para obtener la licenciatura en Sociología, FCPyS, UNAM, 1984, 153 pp.

SÁNCHEZ MENDOZA, Lourdes, *La política exterior de México hacia América Latina: 1945–2000. ¿Cambio de rumbo o metamorfosis?*, tesis para obtener el grado de doctora en Relaciones Internacionales, FCPyS, UNAM, 2003, 259 pp.

Documentos

CONASUPO, Gerencia de Relaciones Públicas, 1981–1982.

DIRECCIÓN GENERAL DE ASUNTOS INTERNACIONALES, Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, México, 1985–1988.

DIRECCIÓN GENERAL DE CRÉDITO PÚBLICO, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1989.

DE LA MADRID HURTADO, Miguel, I, II, III, IV, V y VI Informes presidenciales correspondientes a los años de 1983–1988.

LÓPEZ PORTILLO, José. II y III Informes de Gobierno, 1978 y 1979.

PLAN NACIONAL DE DESARROLLO, 1983–1988, Presidencia de la República, México, 1983.

SALINAS de Gortari, Carlos, Discurso pronunciado por el Presidente de los Estados Unidos Mexicanos en la XL Asamblea general de naciones Unidas, Nueva York, 1 de octubre de 1990.

SEPÚLVEDA, Bernardo. II Informe de Labores, SRE, México, 1984.

Periódicos

El Nacional, 1980, 1981, 1982.

Unomásuno, México, 28 de enero de 1982.

Excelsior, México, 29 de enero de 1980.

El País, Madrid, 9 de agosto de 1989.

Entrevistas:

Con el Ing. Gilberto Ruiz Almada, Embajador de México en Nicaragua, 1987–1989, 2 de mayo de 2000.

Con el Lic. Miguel de la Madrid Hurtado, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos en el periodo 1980–1988, 4 de octubre de 2000.

Con el Lic. Fernando Solana Morales, Secretario de Relaciones Exteriores, 1988–1993, noviembre de 2000.